



HISTORIAS

de MUJERES
de LIBERTAD



Josefina Vázquez Mota
Secretaria de Desarrollo Social

Antonio Sánchez Díaz de Rivera
Subsecretario de Desarrollo Social y Humano

Rodolfo Tuirán Gutiérrez
Subsecretario de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio

Miguel Székely Pardo
Subsecretario de Prospectiva, Planeación y Evaluación

Julio Castellanos Ramírez
Oficial Mayor

Daniel Hernández Franco
Coordinador de Asesores

Eduardo Bravo Esqueda
Coordinador de Delegaciones

Abelardo Martín Miranda
Coordinador de Comunicación Social

Cecilia Loría Saviñón
Titular del Instituto Nacional de Desarrollo Social

Yoloxóchitl Casas Chousal, *Historias de mujeres, historias de libertad*, Sedesol, 2004

Edición de textos: Yoloxóchitl Casas Chousal, con la colaboración de Sara Lovera, Lucía Lagunes, Miriam Ruiz, Soledad Jarquín, Carolina Velásquez, Socorro Chablé y Román González, Comunicación e Información de la Mujer, A.C.

Coordinación editorial: Miguel Székely Pardo, Claudia Nateras Sandoval, Yoloxóchitl Casas Chousal y Emiliano Pérez Cruz

Portada
Rocío Mireles

Fotografía
Frida Hartz

Diseño
Editorial Colibrí S.A. de C.V.

Secretaría de Desarrollo Social
Paseo de la Reforma No. 116, Col. Juárez, C.P. 06600 México, D.F.

ISBN: 968-838-586-7
Impreso en México / Printed in Mexico

Yoloxóchitl Casas Chousal

HISTORIAS DE MUJERES, HISTORIAS DE LIBERTAD



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
GLAFIRA, LA QUE SABE DE LA PALABRA Y DE SER P'URHEPECHA	13
ÁNGELA: "UN PEDACITO DE CIELO"	19
MICAELA ICÓ BAUTISTA: UN PRIVILEGIO DE VIDA	25
JOSEFINA ESTRADA: PARTERA DE BIOGRAFÍAS	33
DOÑA MERE O LA GESTIÓN DE LA JUSTICIA	43
MAGDALENA JUÁREZ: LA CONQUISTA DE LA NORMALIDAD	49
VICTORIA ESTRADA: VIGILANTE CIUDADANA	57
CIRILA SÁNCHEZ, UN TEJIDO DE ORGULLO POR LA IDENTIDAD	65
DOÑA JUANA: MUJER QUE EMANA OLOR A BARRO	73
AIDA OROZCO: UN MOTOR DE LUCHA Y TENACIDAD	79
GINA ENRÍQUEZ: UNA ÓPERA ABIERTA	85

DOMINGA HERNÁNDEZ: ES INDÍGENA, ES JOVEN, ES BANQUERA	93
MARCELINA BAUTISTA: DEL <i>QUEHACER</i> A LA CONCIENCIA	101
MINERVA ÁLVARO: LA ILUSIÓN POR EL ORO VERDE	109
TERESA ESCALANTE, EL VALOR DEL TRABAJO	117
ZEFERINA ROMERO: UNA GUARDERÍA PARA HIJOS DE JORNALEROS	123
CARMELA VÁSQUEZ: UN FARO DE SALUD	131
SORAYA: LA NECEDAD DE VIVIR*	139
MARTINA RODRÍGUEZ: RECOGE LO QUE SE SIEMBRA	147
MARÍA ISABEL SEGURA: AL MAL TIEMPO, BUENA CARA	153

¹ Su nombre real, así como el de algunos otros personajes han sido cambiados para proteger su identidad y memoria.

PRESENTACIÓN

Minerva, la indígena ch'ol, dice que la pobreza duele, duele “en el estómago cuando tienes hambre”, y en el alma cuando se mira alrededor y las condiciones de una vida mejor parecen lejanas para exorcizar el analfabetismo, la enfermedad o la muerte.

Y es cierto, lo he visto, pero también he tenido la oportunidad de encontrarme con mujeres que son capaces de mover el mundo, su mundo. Mujeres capaces de revertir un destino de por sí marcado por costumbres ancestrales, por tradiciones sociales, y que han sido valientes y transgresoras de su tiempo.

A ellas les queríamos dar voz en una edición como ésta. Queríamos mostrar algunos ejemplos propios y ajenos de la entereza que las lleva, sobre todo a ellas, a empujar sus vidas. Pero nos hemos topado con historias mucho más valiosas. Aquí hay 20 mujeres que han sufrido en carne propia la ignorancia, la violencia, el desamor, el abandono, circunstancias de vida cotidiana cuando se nace en la pobreza, cuando se nace con carencias; pero ha sido precisamente allí donde todas han encontrado la entereza suficiente para resurgir de entre las cenizas y trascender hacia su futuro.

Conocerlas de viva voz, escudriñar sus intimidades, mirar la transformación de su entorno, nos da sustento para afirmar que efectivamente somos las mujeres las que hemos contribuido al desarrollo de nuestras sociedades. Ser la mitad de la población no tendría mayor trascendencia si no participáramos en el diseño de nuestro país, en ese intrincado tejido que se hace con hilos finos, con puntadas certeras, con pequeños pasos que en su conjunto marcan una huella profunda en la construcción de una sociedad mucho más pujante y democrática.

Esos hilos finos son muchos más que estas 20 mujeres. Pero ellas nos muestran, con sus vidas, con sus batallas, con su constancia y osadía, que cuando “se quiere, se puede”. La frase la he tomado de Aída, una pintora de brocha gorda, michoacana, que vino a la ciudad persiguiendo sueños, como lo hizo Marcelina, la trabajadora doméstica de Oaxaca, o Emerenciana, la defensora de mujeres víctimas de violencia intrafamiliar. No se arredraron ante nada hasta lograr cumplir sus desafíos. Como ellas, que cayeron en esta ciudad de claros-curos buscando la esperanza de una vida mejor, muchas otras pasaron de largo y se internaron, a cientos de kilómetros de donde nacieron, en busca del milagro mexicano.

Y es en la migración, en esa carrera que devasta almas y espíritus, donde ellas son las más frágiles. Zeferina, jornalera en Sinaloa; Chabelita, en San Luis Potosí; o Carmen, pizcadora en Guanajuato, son aves fénix que surgieron del hacinamiento de los galiones agrícolas, que sobrevivieron a los candentes rayos de sol en los campos y a las fumigaciones. Son ejemplos vivos de las frías cifras que nos colocan como productoras de la mitad de los alimentos en el sector rural; son carne y hueso del trabajo invisible, de la doble jornada, de esa que inicia antes de que nadie despierte y termina cuando el otro descansa.

¿Cuántas veces no hemos señalado en discursos políticos que las mujeres encabezamos más de la quinta parte de nuestros hogares? Los ejemplos sobran en este esfuerzo editorial: Juana, la artesana de Cocucho; Glafira, la pescadora de Pátzcuaro; Martina, la ejidataria; Cirila, la política chatina; o Teresa, la tendera de Progreso; todas ellas son jefas de sus familias. Solas unas, abandonadas las otras, casadas o viudas las menos, todas son emprendedoras artífices del bienestar y progreso de sus hijos.

He señalado que estas 20 mujeres, como muchas otras que viven sus historias allá afuera, en las calles, en las montañas o las cañadas, en las rancherías o en sus comunidades, fueron transgresoras de sus tiempos. Enseñadas todas a que el futuro nos depara un marido sin el cual no somos nadie, Dominga, la banquera, Carmela, la enfermera, o Glafira, la pescadora, nos demuestran aquí lo contrario. Fueron, sobre todo, las ganas de aprender, de crecer como personas, de saber, lo que movió a este colorido rebozo de mujeres intrépidas. Pocas, en este muestrario, sucumbieron al matrimonio a temprana edad. La mayoría enfocó la mira en el estudio, arma fundamental para su desarrollo, herramienta que las hizo únicas en sus comunidades. Las unas aprendieron a leer y escribir, como Josefina, la escri-

tora, o Aida, la telefonista. Las otras, aprendieron el español, como Juana, la artesana, o la hidalguense Dominga. Alguna más hubo de enseñarse otras lenguas, como Micaela, la yerbera.

No hay aquí pedazo de nuestra historia que falte. Son mujeres dispuestas a la conquista de la libertad, como dijera la poeta Rosario Castellanos. Desde Gina, nacida en la abundancia, que la logró a través de la música; Magda, que a pesar de su discapacidad visual, la obtuvo con el deporte; Soraya, desde las calles, o Ángela, que la ha encontrado en su dignidad.

Todas ellas son fervientes defensoras de su libertad. La pelearon con intuición, se la disputaron al destino tradicional con uñas y dientes. Todas son ahora impulsoras de sus vidas, pero también modelos estoicos en sus comunidades, son muestra palpable de cómo nuestros deseos pueden hacerse realidad.

Las 20 historias que contiene este libro, *Historias de mujeres, historias de libertad*, son narraciones de vida unidas por la constante lucha por la superación, son mujeres que se construyen día a día, que construyen un país más justo y más equitativo, son mujeres a la conquista de la libertad.

Josefina Vázquez Mota
Secretaria de Desarrollo Social



GLAFIRA, LA QUE SABE DE LA PALABRA Y DE SER P'URHEPECHA

Glafira Cira tiene 41 años, es una mujer orgullosa de su raza, de ser *p'urhe*, es decir, persona. Es una mujer orgullosa de pertenecer a una comunidad singular: “Nosotros tenemos nuestra manera de pensar, como de una etnia. Nos caracterizamos por nuestra lengua, vestuario, a lo mejor hasta por un carácter. Tenemos nuestra propia manera de ser. En la lengua somos p'urhepechas, primero que todo, también en la costumbre: todos convivimos en las fiestas, en compartir las faenas, las mejoras de la comunidad”.

Como sus ancestros, aprendió a negociar, a sobrellevar su condición y las costumbres que les han permitido sobrevivir desde la llegada de los españoles al reino p'urhepecha. Con la Conquista, los *acháekuicha* —señores de poder del reino p'urhepecha— entregaron su territorio sin combatir. Lograron, de ese modo, preservar su casta. De entonces quedaron los santos patronos, las tradiciones religiosas y civiles, pero también el orgullo de un pueblo, la convicción de vivirse como ser humano.

Glafira es pescadora, participa en los quehaceres del hogar. Es catequista e integrante del equipo de capacitación de *Uárhi* —mujer, en p'urhepecha—, asociación civil con influencia en 23 comunidades de la región en temas de desarrollo comunitario y género con mujeres indígenas.

Fue madre soltera por primera vez a los 31 años y sufrió el rechazo de su familia y de la comunidad, pero se sobrepuso. Su trabajo en la Pastoral Indígena le había dado un rango que todos respetaban, así que acabaron por aceptarla.

Lo mismo ocurrió cuando años después volvió a estar embarazada sin que se supiera del padre; ya no hubo reclamos. Su trabajo era importante en esta comunidad de apenas 335 almas (30 por ciento emigró a otras ciudades del

país o a Estados Unidos), 65 familias que en los años 30 llegaron desde Janitzio a levantar su vida en esta orilla del lago, en el lugar que ellos llaman “árbol que está detrás de la casa”, es decir *Ukasanástakua*, aunque es conocida como *Espíritu* por los fuereños.

En medio de un laberinto

Para encontrarla hay que avanzar 300 metros desde el camino de terracería, llegar a la escuela, bajar escaleras. Se llega a un laberinto de casas —de bloque y ladrillo— construidas sobre pequeñas terrazas. Su vivienda de piedra y madera está en la ribera del lago. Tiene dos habitaciones, cocina, portal y un huerto; se distingue de las demás. Aquí vive Glafira, “una mujer indígena”, como se define a sí misma. Delgada, pelo castaño a la cintura, que a veces trenza, rostro moreno con ceño marcado en el entrecejo. Ojos cafés, pequeños y pómulos prominentes. Su boca es delgada. Al sonreír muestra una dentadura blanca, cubierta al frente por una corona plateada. Viste falda y blusa ligera de tonos claros, y usa pantalones cuando pesca.

Se inició como catequista porque “quería entender lo que se decía en la misa, en el sermón, confesarme... pero hasta eso era difícil. Cuando ya supe, les enseñaba a las otras. Les traducía y ellas lo agradecían. Lo de mis hijos, decían, era sólo cosa mía”. Pero eso fue sólo el principio. Como parte del equipo de *Uárhi* quedó como responsable de los talleres de capacitación. Bajo el lema “Dios creó al hombre y a la mujer en igualdad de condiciones”, imparte temas como La Creación, un mandato de Dios, Iguales ante la ley, familia, trabajo, Igualdad en la organización de la comunidad...

Cuando no está catequizando o dirigiendo un taller en alguna comunidad de la Sierra Tarasca, Pátzcuaro, Cañada de Chilchota, Ciénega de Zacapu..., cumple con su hermano Baldomero su labor cotidiana en el lago, o en el tequio, el trabajo comunitario.

Las manos las tengo bien callosas

Aprendió a pescar desde niña con su padre, don Cayetano Cira, quien murió hace unos años. Primero como un juego, después, como un oficio, cuando dejó la escuela a los diez años. De eso vive con sus hijos Gesel, de diez años, y Eze-

quiel, de 7, y con su madre, doña Virginia Bruno, de 82. Su hermano, todavía soltero, dirige la pesca.

“Ya uno se acostumbra a la pesca. Nunca dije ya no voy a ir. Si yo necesito dinero, no voy a gastar con miedo... Necesita uno acostumbrar las manos. ¿Por qué cree que las tengo bien callosas? Porque los lazos nos maltratan. Se me ampollaban y se ponían rojas, rojas. El chinchorro también tiene sus pantalones; hombres y mujeres, también sus fuerzas. Ya me lo estoy dominando a él. Ahora ya me sé cómo tender el lance, manejar la canoa; hay que enseñarse”, dice orgullosa de su oficio de pescadora.

Vende a 15 pesos el kilo, y en un buen día puede pescar de tres a cuatro. La carpa, una especie sembrada que amenaza la vida nativa del lago, no se vende, “nadie la quiere —dice Glafira—, los pescadores la utilizan para el trueque los viernes, el día de tianguis en Pátzcuaro... Con eso consigo tortillas cuando no hago; verdurita, fruta, a veces ropa, pan”... El gasto se completa con la venta de tapetes que teje doña Virginia, su madre: 30 pesos cada uno. Ocho horas de trabajo.

Con la falda blanca de manta y su blusa bordada, todos los días se le ve en el mercado. Sonríe todo el tiempo y esto es lo que más la adorna, además de las arracadas que compró con sus ahorros cuando cumplió 15 años. Nunca tiene miedo, pues suele decir: “con eso no se come”, pero también: “Las mujeres debemos prepararnos” mientras alija las redes para la pesca de mañana.

Pescadora y carguera de los símbolos

Andaba siempre descalza. Las travesías en canoa, a veces de día, a veces de noche, la hicieron fuerte. Crecía y jugaba. Dejó de ser niña. Pero la pesca no era su única labor: ayudó durante 12 años en la casa parroquial de Isidro Huacuz, en Santa Fe de la Laguna.

A los 18 años conoció al padre Agustín García Alcaraz, quien le abrió otros horizontes. Sin parroquia, el padre Agustín viajaba por la región. Su legado: la integración de la Pastoral Indígena y la renovación de la fiesta del Año Nuevo p'urhepecha.

Él le ayudó a reafirmar su identidad indígena. Apenas sabía “hacer cuentas” y leer y escribir en español. Entonces se aplicó a hacerlo bien, pero en español y p'urhepecha, a aprender en los libros la organización del pueblo antiguo, la impor-

tancia de los cargos, quienes tenían el mando en las costumbres. Llegó incluso a participar en la traducción de La Biblia y la *Relación de Michoacán* al p'urhepecha.

Ser madre soltera sólo le impide ostentar cargos de mando en su comunidad, los cuales están destinados a quienes “están en matrimonio”. Participa hasta donde lo permite la costumbre. En la celebración del Año Nuevo, en febrero de 1999, fue nombrada “carguera de los símbolos”. Ese año recorrió la zona central de Michoacán promoviendo charlas, festivales, conferencias sobre su cultura.

En *Uárho* participa en la discusión de los contenidos, orientación, método de enseñanza y diseño de materiales, actividad que le permite tener en ocasiones un ingreso económico extra: es un enlace fundamental de la asociación en la región.

Con su comunidad comparte lengua, fiestas, traje regional (que ella borda), ritos religiosos, faenas colectivas... y dirige en su familia la organización de la casa.

Glafira tiene un cariño especial por el lago. Sentada en un tronco, bajo la sombra de un árbol de aguacate, de vez en cuando mira el paisaje lacustre, el vaivén del agua, los juncos, las garzas revoloteando de aquí para allá.

Se niega a pensar que algún día, como lo auguran los expertos, pueda secarse. Lo ha visto bajar y recuperar su nivel: “El lago regresa siempre, reconoce su lugar”.

Ella es libre de hacer las cosas

Aprendió de su padre a vivir “haciendo las cosas ligeras”, relata doña Virginia. “Ella le hace como aprendió de él. Tiene paciencia”.

“Cada persona elige su vida”, comenta Margarita Sandoval al referirse a Glafira, su vecina y amiga: “Es madre soltera. A lo mejor ésa es su vocación. Sólo ella sabe por qué lo escogió. Ha tenido que enfrentarse con muchos problemas por eso: la falta de apoyo económico, ir sola al tequio. Pero a pesar de todo, sabe salir adelante. Es como su papá. Sociable, amable, sencilla. No es orgullosa y sabe compartir con todos”.

Para Baldomero hay algo en su hermana que la hace diferente de otras: “Algunas mujeres... como que no son libres. Algo les impide salir, juntarse con amigas. Glafira las invita a donde pueden aprender otras cosas. Les habla pero no van. Como que ella, mi hermana, es libre de hacer las cosas. Es su decisión salir, participar; es la determinación de ella, que todos respetamos”.

Nana Lu, de *Uárho*, la conoció en el INEA, le llamó la atención su carácter. Alegre, atenta, participativa: “Era alumna en las clases de alfabetización; estaba

aprendiendo a leer en español y p'urhepecha. De ahí se fue a su comunidad y formó grupos durante tres años. Una cosa importante es que, además de hablar dos lenguas, es catequista. La religión es importante para los p'urhepechas. Nos une. Así le llega más a la gente. En eso el trabajo de ella fue muy, muy importante”.

Luis Sereno, responsable de capacitación en *Uárhi*, conoció a Glafira en la parroquia de Huacuz, pero como aclara “quien realmente marcó la vida de Glafira no fue Huacuz, sino el padre Agustín. Un cura muy crítico”.

La presencia del padre Agustín fue significativa en la región. Dice Sereno: “Aprendió p'urhepecha y fue él quien se encargó de formar la Pastoral Indígena—donde luego participó Glafira— y de darle otro sentido al Año Nuevo p'urhepecha”.

Fue en una reunión de estudio cuando la miró de otra manera: “Creo que fue hace como 12 años, en Coanaja, cerca de Pátzcuaro. Glafira y su hermana, María de la Luz, eran las encargadas de registrar a la gente. Ya en la reunión ella participó para aclarar la importancia de la comunión. Habló tan preciso y claro. Estaba informada. Se hizo un silencio. ¡Ah, Caramba! Ahí me di cuenta del potencial que tenía. Ya no la perdí de vista”.

“La empecé a buscar. Con ella impulsamos trabajos generales: que si una biblioteca, aprender medicina natural (pomadas, jarabes, yerbas), brindar ayuda a las mujeres más pobres. Así estuvimos como cinco años”.

El desarrollo comunitario es el tema de *Uárhi* en la región p'urhepecha: “La presencia de Glafira nos ayuda mucho. Habla con las mujeres sobre un nuevo concepto de desarrollo, que se den cuenta de la necesidad de crear unidades productivas y no depender de un apoyo a cambio de votos. Trata asuntos relacionados con democracia, partidos políticos, proceso electoral. No tenemos mucho presupuesto y según el proyecto hay viáticos: le compramos pescado o le damos un pago”, dice Sereno, quien precisa que lo que distingue a Glafira son las ganas de vivir y salir adelante, “sin perder nunca el amor por su pueblo”.



ÁNGELA: “UN PEDACITO DE CIELO”

Batzmarú, pájaro negro tan tierno como su amiga Kitty, es uno de los personajes queridos de esta joven defeña —irreconocible entre miles—, quien un día salió del hospital bajo la custodia de personas del Consejo Tutelar de Menores, que la miraban con repulsión, pues estaban convencidos de que era infanticida.

Ella decide llamarse Ángela, a secas, como llamó a la hija que hoy tendría diez meses de nacida. Como no está totalmente exculpada por la ley ni por la sociedad, y como siempre habrá quien le crea y quien no, accede a mostrarse con otro nombre y los velos que la fotografía pueda tender sobre su persona.

La lente de la Canon tiene que ceder a la tentación de retratar completa esa cara que llega a ser tan dulce, redonda, de ojos grandes y bien maquillados de lila, acompañada con la risa sonora de los 18 años y medio. Tendrá que limitarse a mostrar las luces rojizas de su cabello, más parecida a la cantante Dido que a Britney Spears. La imagen deberá limitarse al oscuro abrigo bajo el cual se esconde la falda apenas arriba de las rodillas y el jersey vino al estilo de las revistas españolas.

Y no es que Ángela sea rica, pero tampoco es pobre. Ella insiste en calificarse como normal. Tuvo, por tanto, una infancia normal, “igual que todos”, “donde no sobresale absolutamente nada”, con dos hermanos menores y una madre y un padre que, como tantos ahora, se divorciaron.

Una chica normal de nueves y dieces

Creció en unidades habitacionales del rumbo de Santa Fe, que brillan hoy por no brillar. Sin ningún sobresalto por los avatares del último milagro económico

mexicano de finales de los 80, Ángela pasó hacia la pubertad mirando, como toda su generación, las caricaturas del nuevo decenio.

“Nueves y dieces, toda la primaria” fueron las calificaciones que obtuvo porque no tenía muchas amistades y no jugaba en la calle. En la secundaria las calificaciones bajaron: llegó el novio y se ahondó la incomunicación familiar, como ocurre a tantas otras chicas.

Cambiábamos de milenio cuando conoció a su mejor amiga, Karen, quien la acompaña a contar su historia y a mirar, por primera vez desde que salió, la fachada del Centro de Mujeres, sede femenina del *Tribilín* (Consejo Tutelar de Menores). Ya eran amigas cuando se hizo novia de otro muchacho normal, el padre de la bebé Ángela. Fue cuando entró a la Prepa 8, conocida como Plate-ros, y que hoy es recipiendaria de la buena fama de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Hora de probarse

“Podría decir que todo comenzó el 16 de agosto del 2003, pero no es así”, se inicia el texto que Ángela prefirió redactar antes que permitir abrirse frente a desconocidas.

“Una más, yo, embarazada a los 17 años como muchas otras chavas, después de casi tres años de relación con mi novio”, agrega, “un apoyo incondicional”.

Aun hoy no encuentra cómo hubiera podido comunicarles a sus padres y amigos su inminente maternidad. “En ese entonces había muchísima incomunicación en mi familia, así que opté por callarlo hasta encontrar la oportunidad para poder hablar”. La fecha elegida fue el 13 de septiembre, día en que alcanzó la mayoría de edad. Estaba suficientemente adelantada a la fecha probable de parto. “Así lo pensé yo”, acota en su testimonio.

El embarazo siguió en secreto gracias a su complexión robusta y al escaso aumento en su peso (ocho kilos). “Fue la experiencia más hermosa de toda mi vida pues, a pesar de todo, el poder sentir que una vida estaba creciendo dentro de mí y el sentir que se movía, me hacía olvidarlo todo”.

El trabajo de parto se inició mientras el novio sin nombre trabajaba en Morelia. Ángela tomó la decisión que cobra 98 por ciento de nuevas vidas durante partos sin atención en el mundo en desarrollo: dio largas a ir con un médico para que determinara la causa de sus cólicos. Ajena a la fisiología del parto, en espera de los insoportables dolores bíblicos que nunca llegaron, se encerró a pujar en el baño.

En la misma casa donde hoy vive y guarda su privacidad, dio a luz. “Entré en un *shock* tremendo y me desconecté del mundo. No podía creer lo que estaba pasando. Lo único que hice como pude en ese momento fue sentir una angustia muy honda, pues mi hija, al nacer, no se movía”.

“Al ver a mi hija inmóvil, recuerdo que arranqué el cordón umbilical, la tomé en ambas manos y la sacudía sin cesar, esperando alguna reacción suya, la cual nunca obtuve. En ese momento me sentí muy mal, sentí algo que —la verdad— no puedo explicar con palabras. Fue una angustia muy fuerte, algo que no podía creer. No soportaba la idea de que mi hija estuviera muerta. Fue tanta la impresión, que no creía que me estuviera pasando eso. Era como si lo hubiese visto en una película y no fuera real. En ese momento me desconecté totalmente del mundo. Al ver a mi hija muerta, sólo la cubrí con la toalla de baño que yo traía puesta y la cargué. Después sólo me senté en la taza del baño con mi hija en brazos y ahí me quedé no sé cuánto tiempo sin poder creer nada”.

La madre tocaba y tocaba a la puerta. La instaba a salir del baño, y cuando al fin Ángela la escuchó, débil, obnubilada, “no supe qué hacer, al grado que metí a mi hija en una bolsa de plástico que había en el bote de basura del baño”.

“Creo haberme desmayado, pues casi no recuerdo nada. Sólo recuerdo que vi de repente a mi mamá con una toalla limpia y diciéndome que me levantara. También recuerdo estar tirada en la regadera golpeándome en la cara y diciendo que lo único que quería era morirme”.

La vida en overol de cuadritos

Con la velocidad de un video de *Evanescence* en MTV, siguen los recuerdos. El padre. Salir en camilla del hogar hacia un viaje sin retorno. El hospital. La agente del Ministerio Público. Y la peor noticia: la niña tenía vida al nacer y ella estaba acusada de homicidio premeditado. No la consideraron una más entre el millón de decesos entre recién nacidos de madres adolescentes.

Dos días en el Tutelar de la colonia Narvarte y luego el traslado al centenario edificio del Centro de Diagnóstico y Tratamiento de Mujeres, frente a los Viveiros de Coyoacán, el cual está escondido del tráfico de Avenida Universidad por sauces llorones y un casi secreto riachuelo sobre la misma calle.

Desde la segunda y tercera ventana junto a la puerta, una cuarentena de presuntas infractoras, vestidas con overol de cuadros guindas y azules, se asoman

subrepticamente a mirar la avenida. Oficialmente el único espacio abierto está en los patios interiores del edificio colonial, desde donde Ángela miraba “un pedacito de cielo”.

“Nunca me imaginé que pudiera estar viviendo eso, y aunque a decir verdad el lugar no es tan horrible como todo el mundo piensa, el sólo pensar en por qué estaba yo ahí me volvía loca y me hundía en un grado muy fuerte de depresión. Además de perder a mi hija, estaba lejos de mi familia y recluida en una correccional acusada de que yo la había matado”.

“En ese entonces mi papá —con quien había guardado un silencio de años— empezaba a hacer contacto con la organización *Reintegra*, y estaba muy pendiente de mí, lo cual —a pesar de todo lo malo— me daba fuerzas para seguir, pues por primera vez me sentía apoyada incondicionalmente”.

Francisco Castellanos, director de *Reintegra* A.C., quien desde hace 21 años brinda asesoría jurídica y defensa legal a presuntos menores infractores, y como intermediario con la justicia capitalina, tomó el caso de Ángela.

Culpable de “delito de amor”

Le llamó la atención por ser mujer, pues ellas constituyen 10 por ciento de casi tres mil casos que ingresan al Consejo Tutelar de Menores. “Nos llamó mucho que la infracción por la que la acusaron fue muy grave, un homicidio, y al conocer las circunstancias del caso —que tuvo a su bebé en el baño de su casa, donde murió— se nos hacía una situación demasiado injusta: inicialmente todos los dictámenes legales del proceso apuntaban a hacerla responsable de ese delito”.

Al tenerla frente a frente “me di cuenta de que era una chica que sí quería tener a su bebé, que estaba pasando por una situación muy difícil y que era demasiado el peso de lo legal”, rememora Castellanos en la casona de la colonia Del Valle, donde funciona la asociación civil y adonde Ángela acude, sin falta, todas las semanas. En su caso “estaba involucrada una víctima, por decirlo en términos legales —su hija—, y enfrentaba una situación de pareja, familiar y de contexto social, que no le ayudaban en nada”.

Después de dos semanas llegó el día de la primera audiencia. Ella tenía esperanzas, pues todo parecía favorecerle. Sin embargo, le diagnosticaron internación por cometer homicidio imprudencial. Esto era equivalente, en la jerga jurídica, a declararla culpable.

En ese patio, y con el pedacito de cielo arriba, Ángela “pasó por una crisis muy severa. La batalla legal fue muy dura”, recuerda Francisco, quien se sentó en ese mismo patio a ayudarla a enfrentar su otro gran problema y a liberarse del sentimiento de culpa “que ella se impone, pero que le venía cargando la familia y la sociedad y la ley”.

Ángela confiesa que en esta crisis “se dio al destrampe”, aunque no llegó a la desesperanza: “No puedes dejar que te juzguen cuando sabes que de lo que te acusan no es cierto”.

Elena Azaola, del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (Ciesas), retomó el caso en su investigación *El delito de la mujer y el delito de ser mujer; testimonios de niñas infractoras*. Hizo notar que las faltas que cometen las menores están relacionados con el lugar que la sociedad asigna a las mujeres.

Al caso de Ángela lo clasifica como “delito de amor” y lo equipara con el robo de infante o la complicidad con el compañero. Son casos que ponen al descubierto la condición femenina, asociada a la maternidad o a la compañera-dependiente del varón.

Reintegra utilizó dictámenes psicológicos, periciales y todos los recursos a su alcance para probar que lo ocurrido era una circunstancia y no una conducta premeditada. Alegó la alteración de los estados de conciencia alrededor del evento traumático del parto. El 19 de noviembre Ángela pudo pisar las calles empedradas de Coyoacán bajo un programa de externación determinada por la Sala Superior del Consejo. Regresó a vivir con su familia, en libertad condicional y sometida a terapia.

El cielo abierto

“A partir de entonces empezó a hallarle sentido a la vida, pese a que había vivido un hecho muy duro, con mucha dificultad para entenderlo conscientemente y darle una explicación”, cuenta Francisco Castellanos, especialista en menores en riesgo desde hace más de 10 años.

Casi un año después del parto “a cada momento pienso”, dice Ángela, que de no haber tomado esa opción, “todo sería distinto, y aunque ya estoy al lado de mi familia, lo más importante jamás lo voy a poder recuperar: mi hija Ángela.

Su amiga Karen la mira diferente: “Ha madurado”. Y al volverse hacia esa joven tan parecida a ella, reconoce la gran admiración que siente y lo mucho

que aprendió de su experiencia: “He madurado mucho, pero a pesar de eso no me gustaría que otra persona tenga que sufrir lo que yo he sufrido para madurar y crecer en la vida al tener que pagar un precio tan alto”.

Apenas se va recuperando del golpe y todavía no cumple los 19. Por eso, para ser otra vez una chica normal, con Karen oye música pop y baladas, compran discos de Dido o Ana Gabriel, corren a ver a Maná al Zócalo y *chatean* en internet con sus pretendientes. Con una beca de Reintegra acude a una escuela donde ha aprendido a hacer páginas Web y batalla con programas de bases de datos como Access. Este verano regresa a la Prepa 8 y luego estudiará una carrera donde tenga contacto con las personas, aunque no sabe aún cuál.

La herida no acaba de sanar: “Que digan misa. Yo sé qué pasó y lo que me digan no es cierto... Siempre va a haber quien te crea y con eso basta”, dice de viva voz, mientras expresa gusto porque se acercó a su papá, a quien ahora valora más, al igual que a su madre y amigos.

Tiene una lección que quiere compartir: el valor de la comunicación en la familia y en las instituciones. “Hay que aprender a decir todo lo que sea necesario, por fuerte que sea”, expresa en su primer intento por abrirse a lo que vivió. Ella participó en el libro porque confía en que su experiencia le puede servir a otras. Quizás en el futuro decida compartirla todavía más...

MICAELA ICÓ BAUTISTA: UN PRIVILEGIO DE VIDA

A esta menuda tzotzil, que hoy se la ve caminar descalza por sierras, cañadas y valles de Chiapas, hace más de 24 años que se le clavó una espinita en medio del corazón: la del conocimiento.

De pie pequeño y andar seguro, deambula recogiendo la sapiencia medicinal de sus ancestros, misma que anota con sumo cuidado en un desgastado cuaderno que siempre lleva bajo el brazo y crea lazos de amistad duraderos con esas mujeres que necesitan de su ayuda en el momento de traer un nuevo ser a este mundo.

Es partera, pero también celosa guardiana de la tradicional medicina maya. Además, es aprendiz perenne de esa sapiencia que comparte en sus itinerantes visitas a las más de 12 comunidades donde hoy tiene contacto directo con 57 parteras reconocidas.

Micaela viste falda azul hasta los tobillos, blusa blanca bordada con flores de colores y un delgado suéter que apenas la cubre del intenso frío. Andar es su forma de vida. Su tarea no sólo es recopilar la información y llevarse muestras de las plantas que ella misma recolecta en los cerros, sino retransmitir ese conocimiento y esparcir la semilla entre sus “hermanas” indígenas.

En el viejo cuaderno de apuntes anota la posología de cada planta, de cada emplaste, de cada infusión que los abuelos, los sabios, le revelan en cada una de las comunidades que visita. Su paso ha dejado huella. A sus 40 años, Micaela Icó es responsable del Programa Mujeres y Parteras de la Organización de Médicos Indígenas del Estado de Chiapas (OMIECH).



Quería seguir estudiando

Por ser la primera de ocho hijos que procreó la familia Icó Bautista en San Andrés Puerto Rico, Chiapas, a Micaela le tocó la dura faena de cuidar a sus hermanos y ayudar en los quehaceres de la casa mientras sus padres trabajaban en el campo.

Creció lavando platos y pañales, torteando. A los 10 años su padre la inscribió en la escuela de San Gregorio, “una comunidad adonde llegaba todos los días tras media hora de camino”. Al concluir la primaria, sin mayor alternativa de estudio, sólo tenía como opción quedarse en la casa, pero “yo quería seguir estudiando”.

La tenacidad de Micaela obligó a su padre a viajar hasta San Cristóbal de las Casas para entrevistarse con Solís González Cervantes, médico en el Instituto Nacional Indigenista (INI), y solicitarle un “puesto médico” para ella. “Si tiene ganas de estudiar, que venga”, le dijo, porque necesitaban mujeres para un nuevo programa de salud. Micaela no tiene idea de cómo se le ocurrió, pero durante el siguiente año y medio estuvo haciendo prácticas con el doctor, quien con los años se convertiría en una especie de tutor para ella.

“Íbamos a los albergues, uno por uno, entre las montañas, generalmente caminando. Revisábamos a los niños y hablábamos con ellos sobre cómo cuidar su salud. Cuando la práctica se terminó había sólo una plaza para trabajar como auxiliar de enfermería, y el puesto se lo entregaron al que tenía más antigüedad”, recuerda con tristeza.

Con pesadumbre regresó al hogar. “Otra vez no sabía qué hacer ni de qué iba a vivir. Entonces se me hizo fácil trabajar de sirvienta”, por eso volvió a San Cristóbal. “Pero seguía llena de angustia porque lo que hacía no me gustaba. No había paz en mí”.

“Así estuve una temporada, pensando”. Quiso entrar a la secundaria abierta “pero no tenía para pagar el uniforme”, su sueldo era muy bajo. Siguió “dándole vuelta y vuelta, sin saber qué hacer, totalmente sola, sin nadie a quien preguntar, porque finalmente no quería preocupar a mi familia”.

Con casi 18 años cumplidos, se armó de valor y volvió con el doctor Solís González, quien le sugirió hacer prácticas de auxiliar en enfermería. Al mismo tiempo le ofreció un trabajo de medio tiempo que le permitiría seguir estudiando. “Me advirtió que no iba a ganar mucho dinero... Yo pensé que eso no

importaba, luego me explicó que ganaría seis pesos. ¡Uuuyyy! Yo sentí esa cantidad como si fuera mucho”. Y en realidad lo era, pues como trabajadora doméstica ganaba 1.50 pesos, con lo que podía pagar cinco bolillos y un sobrecito de café Legal. El sueldo prometido en el INI ascendía a seis pesos, “¡eso era para mí como millones!”. Aunque tampoco era un gran sueldo, con eso podría comprar un cuaderno, un lápiz, pan de dulce y café. “A las indígenas nunca nos han pagado bien”, acota.

Solís le explicó que el trabajo consistía en ir a las comunidades para platicar con las mujeres, con las parteras, recopilar la información de la medicina indígena y tomar muestras, incluso, de las plantas curativas. Le aseguró que no iría sola, que un equipo del mismo instituto acudiría con ella. “¿Puedes?”, le preguntó. “¡Cómo no!, respondí de inmediato”.

Un largo peregrinar por la ciencia ancestral

“Eran verdaderas aventuras”, recuerda Micaela. Día tras día se iniciaba un nuevo viaje, incluso de varias lunas, todo dependía de la distancia por recorrer o las gestiones por realizar. En esas correrías por selvas y cañadas conoció y se enamoró de Sebastián. Él trabajaba para el INI, y muy pronto compartieron no sólo el trabajo, sino la vida también.

En muchas comunidades, comenta esta incansable tzotzil, la idea de entregar el conocimiento a una “desconocida” es inadmisibles. Hubo que dialogar largas horas con las autoridades, luego con las parteras, los curanderos, los hueseros, los rezadores, los pulsadores (quienes diagnostican enfermedades con sólo tomar el pulso del enfermo) y con quienes fuera necesario.

Como era mujer, empezó a trabajar con las mujeres, con las parteras, pues eso les daba confianza. “Para mí ellas abrían sus corazones, se animaban cuando yo les explicaba para qué quería recopilar toda esa experiencia, la sabiduría de las comunidades”. En esos andares aprendió a cargar con su cuaderno. En él anotaba el nombre de las yerbas, para qué servían y la cantidad que se utilizaba para cada mal. Después, acompañada de la partera, caminaba en el campo o subía los cerros para recolectar hojas, tallos, flores, pastos, y de ellos tomaba alguna cantidad y los prensaba. Cada planta tiene una ficha que hoy suman decenas. Ese trabajo requirió años de subir montañas, viajar por caminos de terracería y veredas angostas sólo transitables a pie o en bestias.

El trabajo que en la década de los 80 desempeñó con la gente del INI devino en la conformación de la Organización de Médicos Indígenas del Estado de Chiapas (OMIECH), proyecto en el cual contó con amplio apoyo de su compañero Sebastián. Esta asociación civil agrupa a médicos y médicas indígenas, parteras (*jve't'ome*), hueseras (*tzak'bak*), rezadores de los cerros (*k'oponej witz*), pulsadores (*i'lol*) y yerberos (*ac'vomol*). Todos juntos tienen el objetivo de preservar la sabiduría de los antiguos médicos y sacerdotes mayas, tanto hombres como mujeres.

La probada dedicación de Micaela Icó Bautista, su afán por aprender para compartir e intercambiar información curativa, enriquecerla con otras formas de tratamiento y el conocimiento de otras comunidades, le ha valido seguir siendo, desde 1984, la responsable del Programa de Mujeres y Parteras.

El parto: un lazo de vida

Micaela tiene una cita con las parteras. Desinhibida frente a su público, se convierte en instructora, en maestra, en guía para hablar sobre el parto, los cuidados a la mujer durante ese proceso descrito por ella como un “momento mágico, lleno de misticismo”. Ella misma lo ha vivido en cuatro ocasiones. De su unión con Sebastián tuvo cuatro hijos, José Alfonso, de 19 años, Jorge Antonio, de 18, Filiberto Sebastián, de 13, y muchos años más tarde, Julio César, de seis años.

El proceso del nacimiento en el mundo indígena es una batalla frontal entre la vida y la muerte, siempre acechante. Parir es más que un evento médico, es una cita con el destino. Tanto es así que los aztecas mandaban a las parturientas fallecidas al cielo de los guerreros.

El nacimiento es también una prueba de obstáculos: hay que superar cada contracción a sabiendas de que una terminará y la próxima será más fuerte. Se suda. En cuclillas, las mujeres deben saber cuándo contener y cuándo dejarse ir. Hay que hacerlo bien porque la vida se va en ello. Hay que contar con las manos reconfortantes de las hermanas, de las madres y las parteras para seguir adelante. El parto del que habla es como su vida, una cadena de esfuerzos repetidos, permanentes.

A pesar de que a la partera no se le paga, en las comunidades todos reconocen su importancia. La mayoría de los partos en la región son atendidos por ellas. “Algunas familias —dice Icó—, cuando pueden, regalan un pollo o dan un refresco”, pero lo que realmente hacen las parteras es tender lazos de amistad

con las mujeres. “Cuando atendemos un parto estamos comprometidas con la parturienta y con el recién nacido y muchas veces ese compromiso se extiende por toda la vida”.

La semilla del conocimiento

Rafael Alarcón Lavín, médico de profesión y asesor de la OMIIECH, explica que en las zonas indígenas de Chiapas la práctica de la medicina tradicional es muy importante y una forma única de atención a mujeres durante la maternidad. Es ahí donde Micaela tiene un peso específico al recuperar, sistematizar y transmitir los conocimientos a las más jóvenes. Es una iniciativa de esta mujer de 40 años, quien además ha elaborado un recetario de plantas para la atención del embarazo, parto y puerperio. Las yerbas que no se utilizaban en algunos pueblos ahora ya se emplean en otros para curar, y viceversa. La semilla del conocimiento ha crecido.

Lo que no sabían unas comunidades, lo han aprendido de otras. “Nos dimos cuenta que que todas tenemos diferentes experiencias y conocimientos de la forma de atender un parto. Es muy importante escribir estos conocimientos y las experiencias de las parteras para que sus hijas y las mujeres jóvenes puedan leerlas y aprender de ellas. Me preocupa que las más jóvenes se interesen, que haya nuevas parteras, que aprendan el conocimiento de nuestras abuelas, que conozcan las yerbas y cómo efectuar un parto”, sostiene Micaela Icó.

Por eso no termina su andar por las comunidades chiapanecas. Organiza talleres y pláticas, prepara sus materiales didácticos. A veces en alguna lengua indígena hace un boletín y ha representado a las parteras en distintos encuentros de partería que se realizan en el país.

En las bancas de madera del salón de usos múltiples de El Carmen Yalchuchu, Huixtán, más de 15 mujeres, algunas de ellas de más de 60 años, la escuchan atentas, y otras preguntan desinhibidas cuando no entienden. Durante más de dos horas han escuchado con atención, en silencio, la enseñanza. Micaela muestra en láminas, dibujos y apoyada en papelógrafos, cómo atender un parto.

Ella misma ha supervisado cuidadosamente la elaboración de sus herramientas de capacitación. Desde su oficina en el Museo de la Medicina Maya, en San Cristóbal de las Casas, ha guiado al dibujante para que “su material” sea claro

para sus hermanas indígenas. También lo ha forrado de plástico para evitar que se maltrate con las lluvias, el frío o el polvo de los caminos.

Micaela sabe que tiene que ser muy clara. Sus hermanas no saben leer ni escribir. Todo lo que ella dice se quedará grabado en su memoria. Nadie sabe tomar un apunte. Así que debe ser clara, hablar despacio, repetir y repetir para que no olviden el nombre del aceite o la planta que van a ocupar para acomodar bien al producto, lo que han de hacer para evitar o detener una hemorragia, lo que tienen que preparar para disminuir el dolor o apurar el parto... Su metodología implica un diálogo permanente. “Así todas participan”, aunque su mayor atención se centra en las más jóvenes, el relevo generacional.

Cuando ha terminado, casi sin voz, exclama su satisfacción mediante un gesto de alegría casi infantil. Se lleva las manos a la cara y esboza una sonrisa. Debe ahora volver al camino, visitar otras comunidades indígenas para seguir compartiendo la sabiduría de los ancestros, enseñar cómo se usa la ruda para la planificación familiar, el palo de escoba y la manzanilla para los problemas de la menstruación, el romero para regularizar el sangrado menstrual, las hojas amarillas y casi secas de chayote para apurar el parto...

Con permiso para transmitir secretos

Hace dos años un paro cardíaco terminó con la vida de Sebastián. “Yo estaba en San Cristóbal. Me vinieron a decir que se había quedado como dormido. Todavía no puedo creer lo que ha pasado”, explica mientras su semblante se torna triste y en sus ojos asoman lágrimas fugaces. Le agobian los problemas con los hijos, le duele aún el recuerdo de ese hombre en el cual encontró la comprensión y el arrojo por saber más.

Hay momentos en que quiere claudicar, pero las mujeres le dicen que no van a dejar que se vaya y “otra vez estoy en lo mismo”. De su trabajo le gusta compartir con la gente el conocimiento de los demás. “Lo reparto como si fuera una semilla y ellas lo agradecen como yo a ellas, porque ellas han abierto sus corazones y sus conocimientos para que otras hermanas lo aprovechen”.

“Yo creo —explica Margarita Pérez, partera y pulsadora—, que con Micaela hemos avanzado las mujeres indígenas. Yo al menos he aprendido que organizadas podemos hacer más, podemos cuidarnos unas a otras, estar como más protegidas, y eso ha sido un trabajo permanente de Micaela”. De cara robusta,

la indígena de Chenalhó reconoce que “ella nos abre los ojos, nos defiende, nos aconseja, no sólo a las que trabajamos como parteras sino a todas las mujeres, porque de un modo o de otro su trabajo está encaminado a cuidar nuestra salud y la salud de las mujeres de las comunidades”.

Rafaela Gómez Díaz, partera de El Carmen Yalchuchu, asegura que se trata de una mujer muy inteligente que ha sabido ganarse a la gente. “Ella es como nosotros, habla tzotzil, entiende nuestros problemas, nos transmite conocimientos nuevos y respeta nuestro trabajo”.

Micaela es consciente de lo mucho que ha aprendido con los años. “Yo tengo muchos secretos”. Los viejitos y las viejitas le dieron sus secretos y “tengo su autorización para decirlos a las demás mujeres. Están en mi corazón y los comparto con el resto de las mujeres que, aunque hablemos lenguas distintas como tzotzil, ch’ol, tzeltal, zoque o cualquier otra lengua, tenemos raíces semejantes: somos hermanas indígenas”. Y ese, dice, “es un privilegio de la vida”.

JOSEFINA ESTRADA: PARTERA DE BIOGRAFÍAS

La vida se le abrió tal vez cuando descubrió que un plato es tan redondo como la “o”; la imaginación, porque quizá adivinó la historia de los niños que habían perdido sus juguetes navegando a la deriva en los torrentes de agua calle abajo; y las biografías cuando se topó con las almas sangrantes que viven tras las rejas.

Las letras se le tatuaron en el alma. Para la pequeña Josefina, en el medio de sus obligaciones domésticas como sirvienta, las historietas dominicales eran su solaz; durante años vendió periódicos en un puesto de la Alameda de Tacubaya, y cuando le llegó la hora de las definiciones, Josefina Estrada, contundente y firme se inclinó por el periodismo.

De los hechos a los dichos, Josefina transitó con agallas. Dedicada y mache-tera en los estudios, se forjó un lugar en la literatura mexicana, y aun cuando la vida le ha querido cobrar con creces su atrevimiento a romper con reglas y cánones, es hoy codueña de la Editorial Colibrí y ha encontrado en las letras el sitio para exorcizar demonios y ser una mejor persona.

Hija de sirvienta, sirvientita

“Soy hija de Gloria, la sirvienta. Hija de sirvienta, sirvientita. Nuestra patrona se llamaba Elvira Ramírez, profesora de piano, quien conoció a mi madre cuando ésta tenía 12 años; la crió y le enseñó los oficios de las mujeres hacendosas”, inicia su biografía Josefina Estrada, nacida el 14 de mayo de 1957.

“Desde que tengo uso de memoria me recuerdo en el departamento de Benjamín Hill 261, un edificio de la colonia Condesa. Mis funciones de sir-



vientita empezaron antes de los cinco años, y terminaron a los ocho”, cuando hubo de retornar a la casa paterna.

Pero en esos ayeres, cuando dormía sola en el cuarto de servicio mientras su madre regresaba al hogar conyugal, Josefina aprendió a hacer las camas, a poner la mesa, a barrer y trapear, a servir la comida, lavar los trastes y a “poner el té de las muchachas y freír frijoles”.

“Entré a la primaria en febrero de 1963, antes de cumplir los seis años. La patrona me metió con urgencia para frenar las malas mañás. Cuentan que se me hizo fácil tomar dinero ajeno y, alarmadas, me inscribieron en la primaria Miguel F. Martínez, en la colonia Escandón”.

“Me gustó ir a la escuela, aunque me llevó tiempo aprenderme el orden de las vocales”. Hilar la a, la e o la i con consonantes, sacarles el tono y el ritmo fue todo un descubrimiento y más cuando el tejido entramó frases, oraciones, historias completas. Descubrió así que le gustaba leer.

“Mis manos y mis ojos recorrieron cuanto pudieron en las eternas horas de la infancia. Jamás me aburría. Me iba al clóset y sacaba los *Excélsior* atrasados”. Los domingos, mientras la patrona y sus hijas dormían las horas extras del fin de semana, la pequeña Josefina “miraba los suplementos y las tiras cómicas. Todo cuanto había en ese lugar me resultaba encantador”, rememora la escritora.

Eva, una modelo en minifalda

Corrían los años 60, las modas levantaron las faldas muy por encima de las rodillas y las botas servían para caminar. Eva, la hija de la patrona y su madrina de primera comunión, formó parte de esas jóvenes atrevidas que escandalizaron a la sociedad conservadora de entonces. “Ella, y no mi madre, me sirvió de modelo”. Era normalista, tenía la voz modulada y el aplomo con el que se conducía la hacía verse dueña de su destino.

Los modales aprendidos en esa casa le dieron también la pauta para identificar su pertenencia. Contar con la simpatía y el cariño de la dueña no la desubicó nunca. Ésa no era su familia. Su padre y madre vivían en la miseria que ella compartía cada fin de semana, en la colonia El Capulín, allá por el rumbo de Observatorio, un barrio bravo de la delegación Miguel Hidalgo.

Hoy Josefina sabe que durante esos tres años de estancia en La Condesa vivió abandono infantil, pero como nunca sintió falta de afecto por parte de su madre,

volvía cada semana sin chistar y con la ilusión de partir a la escuela cada lunes por la tarde.

Luces lejanas como ojos de rata

En El Capulín habitaban sus padres con sus dos hermanas. Era un caserío al pie de una barranca y la gente vivía en cuevas, cercanas a minas de arena. En medio de una estufa de petróleo y un quinqué, Josefina aprendió a dormir bien tapada para protegerse del merodeo de las ratas. Tenía ocho años cuando regresó al seno materno. Cursaba el tercer año de primaria. Lo reprobó debido al tremendo impacto sufrido por el cambio de escuela. Sus compañeros eran agresivos, no sabían pedir permiso y menos perdón.

En esos barrios donde las vacas deambulaban por las calles y el olor a estiércol resultaba insoportable, Josefina forjó su carácter de cuentista. Ver llover era toda una aventura para la imaginación de la pequeña: el agua en torrentes arrasaba de todo, era “un incesante alud de cosas dignas de ver”, piedras, cartones, juguetes. La misma colonia en las noches más negras era todo un enigma, por donde se viera era oscuro, negro, de lejanas luces. Y las pocas que podían verse, (...) eran posibles porque a lo mejor eran de un vidrio reflejado en la luna o quizá por un cuchillo o eran la carcajada de una vieja borracha o, lo más seguro, eran los ojos de una rata..., recupera en su cuento “La noche del Pascual”, incluido en su libro *Malagato* (Plaza y Valdéz, 1990).

Su padre, aseo de calzado, había dejado de ser un bebedor conspicuo, para adquirir dos puestos de periódicos por el rumbo de Tacubaya. Así se convirtió ella también en voceadora. Sin abandonar la primaria, Josefina vendió diarios y revistas durante casi una década. Cuando llegó el momento de inscribirse en la secundaria, Josefina venció la resistencia de su padre; ella se mostró firme y convincente, y estudiaría la educación media.

Alimentada por la tinta fresca de las noticias impresas, Josefina no dudó en afirmar que ella estudiaría Periodismo. Sus compañeros del tercero de secundaria se burlaron: “Primero los vendes, ¿y ahora los vas a hacer? Pero si tú los escribes nadie los va a leer”.

Machetera para los estudios, esta mujer que hoy enhebra recuerdos y los teje en palabras, dio pasos firmes para cumplir metas fijadas. “Primero acabar la secundaria, luego el CCH”. Sus hermanos, seis en total, la fueron supliendo y

le permitieron alejarse del trabajo, así pudo convertirse en una estudiante de tiempo completo. “Yo era la ñoña que preguntaba qué se iba a ver en la siguiente clase y de inmediato me dirigía a la biblioteca a fotocopiar”, afirma al recordarse viviendo en las bibliotecas y sorprendida por la dejadez de sus condiscípulos que incumplían con las tareas y exposiciones que dejaban los maestros. En respuesta, los maestros se concentraban en ella, nada más.

Un mentor para toda la vida

Cuando entró a la UNAM, a la carrera de Ciencias de la Comunicación, la precaria situación económica de su casa estaba ligeramente superada y por eso le dedicó dos años sin distracción. Pero en 1977 las apreturas volvieron, así que necesitó buscarse un trabajo.

Gustavo Sáinz, catedrático y escritor consagrado en ese momento, le dio confianza. Él gustaba de convivir con su alumnado y sintió simpatía por la joven. Más aun, vio en ella el brillo de la literatura en sus ojos. Entonces él trabajaba también en el Instituto Nacional de Bellas Artes y pronto le ofreció una oportunidad para entrar a la Dirección de Literatura donde le encargó organizar el Primer Concurso de Poesía Infantil Ilustrada INBA-FONAPAS. Josefina se dio a la tarea de redactar la convocatoria, hacer los boletines de prensa y hasta un bosquejo del cartel. Llegaron cientos de trabajos de toda la República Mexicana.

Una nueva juventud, una nueva onda

Sáinz fue precursor del innovador movimiento literario de “la onda”. La juventud de los 70 se caracterizó por romper esquemas y buscar la libertad expresándose en la moda, en canciones, en las artes, en el pelo y las flores. Josefina no fue ajena a los cambios sociales y culturales. Con Felipe vivía un tórrido romance, pero el DIU le falló y quedó embarazada.

El anuncio de su preñez le devino en una sentencia de por vida por parte de su padre. Indispuesta a darle la razón, preparada a demostrarle que ella no fracasaría, pese a sus condenas, Josefina no se dejó intimidar ni siquiera por el escarnio de propios y extraños. Enfrentó la burla “no que muy, muy”, “tan bien que ibas, lástima que fracasaste”.

Sin embargo, Josefina jamás se debatió entre amarrar a Felipe o tener a su hijo fuera del matrimonio. De las angustias y desventuras vividas por sus amigos, ella había aprendido que las uniones forzadas sólo auguraban mayor infelicidad. Por eso no se casó con ese hombre, aunque a final de cuentas también resultó una pesadilla. Y se separaron.

Pero ni así pudo la vida con esta incipiente escritora, aunque “la sociedad es extremista con las mujeres”. A los cuatro días de haber parido, tuvo que regresar a la Facultad y después reintegrarse al trabajo sin opción alguna para estar cerca del pequeño Nathanael. Durante los siguientes 10 años Josefina se amarró las faldas y trabajó incansablemente por demostrar que no era una fracasada.

Nadie vendrá a verte

Josefina escribió mucho y se dedicó al INBA en los años siguientes. En sentido estricto, su primer cuento lo escribió con la intención de obtener una beca en 1979. Con dedicación, y buscando un estilo propio, creó “Nadie vendrá a verte...”, relato que la hizo acreedora a la beca INBA-Fonapas ese mismo año.

Aun cuando vivía un matrimonio en crisis y un hijo de apenas dos años, Josefina no desaprovechó todas las oportunidades a su alcance. En 1980 coordinaba las Veladas Literarias, que se realizaban en la librería del majestuoso Palacio de Bellas Artes.

Allí conoció a Sandro Cohen, originario de Nueva Jersey, que quería presentar un libro en el marco de las Veladas. Asiduos a reuniones de amigos comunes, se trataron y encontraron sincronías en sus vidas. Ambos tenían matrimonios que no funcionaban como debían, los dos tenían hijos pequeños, uno y otro estaban dedicados a la creación literaria. Para entonces, Josefina ya formaba parte de la Redacción del suplemento La Semana de Bellas Artes.

En 1983, realizó su primer viaje a Nueva York. Felipe autorizó que Nathanael saliera por 15 días, pero ella tardó un mes en volver. El enojo de ese padre frustrado le costó a la escritora casi dejar de ver a su hijo y empezar una pelea legal en el DIF. Lo recuperó tres años después, pero el daño estaba hecho.

Mientras tanto, Josefina siguió escribiendo. “El primer libro tardó dos años en la editorial, pero mi segundo libro fue aceptado de inmediato”, dice la escritora que a los 23 años fue antologada, en 1983, junto con Carlos Fuentes y Elena Poniatowska, en *Jaula de Palabras*, de Gustavo Sáinz.

A tres años del primer encuentro, Sandro y Josefina unieron sus vidas, juntaron hijos: Nathanael e Yliana, y procrearon una tercera, Leonora.

Inmisericorde, obliga a la confesión

Josefina, cuando habla, mesurada y sonriente, entrecruza sus manos. Los anillos reverberan entre sus dedos, los mismos que se ensañan con las teclas de la computadora hasta dar vida a seres reales en la fantasía. Los define con palabras que carecen de misericordia y freno, con tenacidad logra que confiesen sus crímenes y más bajos instintos. Josefina Estrada es una escritora de crónicas urbanas de la Ciudad de México.

Me pedía que cumpliera con mis deberes de esposa, y yo, confiada, creyendo que con eso lo detendría en casa, aceptaba. ¡Que Dios me vuelva a perdonar! Al estar con él casi me vomitaba. Es la voz de la mujer de un teporocho moribundo, de esos que abundan en la realidad mexicana y que Josefina rescata en “Nadie vendrá a verte...”.

Desde 1983, la otrora estudiante de periodismo en la Facultad de Ciencias Políticas, ha acumulado 15 obras. Son biografías de personajes diversos, sobre todo de esos que malviven en las calles, que deambulan entre la economía informal, que transgreden las leyes, que encaran la vida con otras armas.

Motivada por una programa del INBA, en 1993, para dar clases en los reclusorios, Josefina acudió para conocer la vida de las mujeres presas. Le asignaron el entonces Reclusorio Femenil de Tepepan y, más tarde, la trasladaron al Oriente, a donde acude, semana tras semana, desde hace 10 años.

Son miércoles de levantarse temprano, maquillarse con esmero y buscar en el guardarropa la vestimenta más colorida. Son días de sujetarse a revisiones reglamentarias, de cruzar portones y rejas custodiadas por mujeres adustas. Son días de brillar entre la palidez de las internas de beige. Son momentos de transitar por túneles con olor a creolina, a orines, a llanto, a miedo, a desazón. Cada semana el reloj le marca el tiempo justo para ingresar a la biblioteca del penal para que las reclusas saquen a la luz sus historias y sentires en el Taller de Literatura.

Mientras, las alumnas en caución se preparan para iniciar una sesión más de emociones y libertad. Ellas hacen crónicas, deben atender a los diálogos, ensayar la descripción, las atmósferas. No deben dar explicaciones ni justificarse ni pedir perdón: “No quiero que me digan mentiras. Cuando hablamos

de testimonios, quiero honestidad. Si no son sinceras, estamos perdiendo el tiempo”.

Josefina ha logrado crearles un espacio íntimo, seguro: “Saben que no las voy a traicionar. No estoy de parte de las autoridades, no tengo un interés económico o de venir a robarme historias, o de hacer mal uso de la información que ellas me dan”.

Las internas han escrito un libro: *Mujeres de Oriente. Relatos desde la cárcel*. Allí recrean los ritos para esperar las visitas, las noches llenas de ruidos y recuerdos, la impotencia al enfrentar un Ministerio Público. Comparten su vida de encierro, la forma en que olvidan a los amados, el renacer ante nuevas sensaciones de amar allá dentro. El color beige, el perfume de un hombre impreso en una revista, el recuerdo de un domingo entre las sábanas.

Parir historias, liberar vidas

El género la seduce. “No puedo evitarlo: me sale la veta periodística aunque tienen un terminado literario”, dice Josefina de la biografía, la crónica y la epístola. Como en la mayéutica socrática, la idea de ayudar a parir historias “me gusta muchísimo. Encontrar los mecanismos para que la gente cuente su vida, sean o no escritores, poder provocar una reflexión sobre su vida para que sean mejores personas”.

Sara Aldrete, interna en el Femenil Oriente desde 1989 y apodada “La Narcosatánica”, afirma que “tan sólo volver a tener esos recuerdos, que te comen, que siempre han estado ahí, que nunca se fueron o se alejaron. Cuando los recuerdo, al momento de ponerlos en letra, siento cómo el alma llora y cómo sangra, pero empiezo a salir el dolor que tengo atorado”.

María del Pilar O., colombiana de 25 años, recluida hace tres años y tres meses, reflexiona: “Si el hablar ayuda, imagínese si uno lo escribe y logra transmitir la sensación de quienes estamos purgando una condena, nos ayuda a soportar más esta situación”.

Se escribe ficción, se aprenden realidades

Frente a los retratos de sus tres hijos y de Sandro, su compañero de viaje, en el cuarto de azotea convertido en estudio, en la colonia Santa María La Ribera,

Josefina se confiesa ante la computadora ensayando su autobiografía. Envuelta por el aromático café sabor avellana que guarda en un termo metálico, la escritora se vuelve frágil. Retar al destino tiene sus costos. El tiempo le pasó una factura inesperada: la adicción a las drogas de Nathanael.

En el ojo del huracán escribió un manual de autoayuda *Mi hijo se droga. ¿Qué hago?*, en coautoría con Alma Hernández (Sansores & Aljure. 1998) “Cuando vi a mi hijo en esa situación pensé: lo que he hecho, lo he hecho mal. El no nació con mi fortaleza de carácter”. La sensibilidad de Nathanael era distinta de la niña que pudo vivir como sirvienta a los cinco años y llegar a ocupar un puesto directivo en Bellas Artes.

Sandro ha bajado con ella a los infiernos. “Que mi hijo dejara las drogas nos tomó muchos años. No he conocido mayor sufrimiento”. Pero él es su pareja hace más de dos décadas, y “el término pareja es eso, ir parejos. Hemos caminado paralelamente y de acuerdo con nuestras posibilidades. Sandro tiene una inteligencia y sensibilidad superiores a lo común”.

Josefina Estrada sigue escribiendo ficción y aprendiendo realidades: “Cualquier adicto, tenga la edad que tenga, tiene tres años”. Por ello, parte de la terapia es ayudarlos a crecer. A los 26 años, Nathanael acaba de terminar la preparatoria; ese es su ritmo. “Lo que yo hacía de manera natural se lo tuve que enseñar a mi hijo: se empieza y se termina”; es decir, se conquistan pequeñas metas. Y el ya lo entendió; actualmente está viajando por varios países de Europa, con sus propios recursos y con la pequeña ayuda que le mando.

Con Sandro siempre a su lado, fundó la editorial Colibrí y escribió *De cómo los mexicanos conquistaron Nueva York en 2002*. En su estudio penden lo mismo carteles de las obras de Estrada, que sus dos reconocimientos: Primer lugar del Primer Concurso de Crónica Urbana Salvador Novo, en 2002, por su obra *Señas particulares. La muerte violenta en la Ciudad de México*; y el Primer lugar del Premio Nacional de Testimonio Chihuahua, en 2003, por su libro *Con la rienda suelta*.

Josefina puede parir historias porque conoce lo que cada quien guarda en su corazón. Por eso abrió, en 1999, un taller de autobiografía, que hoy se ofrece en la Biblioteca México, donde se aprende lo mismo que logró la escritora a lo largo de su vida: a recuperar vidas por tremendas que sean, a recuperar la belleza donde ésta se encuentre.



DOÑA MERE O LA GESTIÓN DE LA JUSTICIA

Llegó a la Ciudad de México a la edad de 22 años con un pasado de batalla ante las injusticias y un futuro certero de enfrentamiento contra la violencia. Eso no lo sabía Emerenciana López cuando se apostó en la casa de su hermano a lavar y planchar su ropa, sino que se le fue revelando durante los siguientes 30 años de trabajo doméstico, abandono, frustraciones, vejaciones ajenas y corrupción.

Nacida en los albores de la década de los cuarenta, hija de ganadero guerrerense, doña Mere, como hoy se la conoce, afirma tajante que fue él quien le enseñó a nunca abusar del más débil. “La gente honrada donde quiera cabe, hija”, le decía Antonio López.

Y con la furia que desde entonces se le reveló como “algo que se me sube por la entraña”, cuando mira el hambre ajena, niños sin escuela, enfermos sin hospital o mujeres golpeadas, con la misma rabia libró la primera defensa contra el abuso. La víctima fue el cura de la parroquia de su natal San Luis Acatlán, en Guerrero. Emerenciana-adolescente organizó la embestida contra la injusticia.

Cuenta que en esos ayeres llegó al pueblo un individuo de la Oficina de Recaudación de Rentas —hoy Secretaría de Hacienda—, para exigir al querido sacerdote una suma de impuestos que no podía pagar. Don Antonio López se indignó, al igual que el pueblo. En Emerenciana el fuego interno ante la injusticia se tradujo en un plan que hoy apenas recuerda: unas pilas Ray-O-Vac, pólvora, un cable, una lata de sardinas y un estallido frente a la oficina del recaudador. No hubo culpables, no hubo heridos. Y aunque nunca la señalaron, “a mí no se me quitaba el miedo”. Por eso decidió mudarse a la Ciudad de México.

Él (Dios) me enseñó a dar, y ahora es mi vicio

Una vez con su hermano, se colocó como trabajadora doméstica primero y de costurera después. Allí conoció de cerca que “la mujer sufría más por no tener estudios, que siempre es humillada y maltratada”. Pero también conoció el amor. Se fue con él. “Cinco años estuve en unión libre, hasta que se fue con otra mujer. Me dejó dos hijos y embarazada de una niña”. Regresó arrepentido y le propuso una nueva vida en Tabasco, pero impulsiva y férrea en sus decisiones, Mere se negó. Ya lo había echado de su vida.

Fueron épocas de sacar coraje para buscar el sustento familiar, de vender *Tóper*, *Avón* o *Fúler*, como ella dice, de batir la masa de los tamales o desgranar el maíz para el pozole mientras en su cabeza resonaban las palabras de don Antonio: “Usté nunca se sienta patrona, siempre siéntase la más humilde y mire de frente”. “¡A usté no le importa si la dejaron!”.

Así, sacó adelante a María Alejandra, Víctor y Rocío. Con ese coraje se hizo cargo también de Zenaida. “Llegó a mi vida, chiquilla. ‘Ora anda por los 23. Es como otra hija para mí. No me llama mamá, pero sé que me quiere como si de verdad lo fuera”. Entonces tenía 11 años. La encontró en la calle en estado de choque porque su hermano mayor la había violado. Mere la tuvo en su casa, la llevó al Ayuntamiento y luego fue canalizada a la comandancia, donde siguió sufriendo vejaciones, pues “los policías se orinaban delante de ella (...) Más lastimada y con hambre me la devolvieron sin que se iniciara ninguna investigación”. La recogió, la atendió y se quedó a vivir con ella.

De injusticia en injusticia

Doña Mere vive en Chimalhuacán, Estado de México. La pobreza urbana se palpa en este municipio, cinturón de la gran ciudad, donde por lo menos una de cada cinco personas, de su medio millón de habitantes, vive de la basura. Aquí, en medio de calles mal trazadas y veredas de tierra, inició su verdadera cruzada contra la violencia social.

“La lucha social comenzó aquí, en mi colonia, con mis mismas vecinas, luchando por el agua, la luz, el drenaje, pero sobre todo, defendiendo los derechos de las mujeres y los niños”, afirma con esa severidad que le dan los años de trabajo con la comunidad.

Barrio Hojalateros se formó con migrantes de diversos estados, gente en busca de nuevas oportunidades que traía consigo “las mismas malas costumbres” de sus lugares: la misoginia y el machismo, dice ahora Emerenciana-madura, mujer que ha aprendido, a fuerza de pelear contra el abuso perpetrado a sus congéneres, no sólo el lenguaje fino sino la esencia e impacto de esos conceptos en la vida de las mujeres. El abuso era, y es, algo cotidiano. Antes no se reportaba. Hoy la Agencia del Ministerio Público Especializado en Violencia Intrafamiliar y Sexual (Amprevis) local registra 18 denuncias semanales por violencia familiar.

La inseguridad traducida en asaltos, homicidios y hasta violaciones obligó a las vecinas a organizarse para cuidar de los hijos a la salida de las escuelas. A pesar de la falta de recursos y experiencia, durante tres años vigilaron calles y paradas de camiones.

Con Sansón a las patadas

El abuso del poder es característico en zonas con grandes carencias. Pero no se arredró. A finales de los 80, Esperanza González de Peralta fungía como Quinta Regidora del Ayuntamiento de Chimalhuacán. Su hijo, Gilberto Jesús, de apenas 19 años, era ya Comandante de Santa Elena. De él se acuerda bien doña Mere: “Desde niño el angelito ya hacía sus fechorías. A los 12 tenía su banda y nadie podía hacer nada. Su madre tenía mucho poder”.

El 16 de noviembre de 1987 secuestró a tres niñas y un niño de la Escuela Secundaria San Agustín, en el barrio de Xochitenco. A una de las menores y al niño los amarró y los dejó en un charco de agua sucia. A otra la hirió de un balazo. A la tercera, tras intentar abusar sexualmente de ella, la mató. La noticia corrió como pólvora.

Emerenciana volvió a sentir ese fuego interno que la arrebató. Hizo suyo el caso y quizá por ello no le importaron los ires y venires, las vueltas y vueltas al Ministerio Público para que la injusticia no triunfara. Su insistencia tuvo consecuencias. “Las autoridades me arrastraron y me golpearon para que me estuviera quieta”. Enfermó de diabetes. Mientras, la regidora siguió intimidando y extorsionando a las autoridades que llevaban el caso.

El proceso ya llevaba cuatro años, pero su persistencia era más grande y eso le fue dando fama entre las vecinas. Su coraje la llevó a tocar puertas diversas, a

buscar otras instancias que hicieran eco y ayudaran a evitar, por una vez, la impunidad. Encontró oídos, conciencias y voces en medios de comunicación impresos y grupos de mujeres que apoyan la lucha contra la violencia femenina. Los mismos que la invitaron y acompañaron hasta El Salvador, sede del Sexto Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, donde presentó el caso de Gilberto Jesús Peralta. El resolutivo emitido en el seno de este foro internacional, que exigía justicia para las familias de los menores agredidos, tuvo sus efectos. El hijo de la Quinta Regidora de Chimalhuacán fue sentenciado a 25 años de prisión.

El precio de la fama

La vida de esta mujer, que hoy tiene 63 años, está llena de historias. No todas son aptas para contar a los nietos junto al fogón. La mayoría habla de mujeres golpeadas por sus maridos, de abuso sexual, robo y humillaciones. Su historia habla de coraje y entereza, pero también de malos ratos y frustraciones.

“He enfrentado golpes, peleas, intrigas”, dice Emerenciana-abuela, pero las malas caras, el cansancio y el sueño “no han sido nada en comparación con las frustraciones que he tenido que apechugar por no poder hacer más por mis *gentes*, por no conseguir que algunas mujeres no soporten más humillaciones”.

Hasta el cuartito del fondo en su casa techada con láminas, su *minialbergue*, llegan las vecinas que poco a poco se atreven a hablar de los abusos que padecen. Allí se encuentran con una mujer recia. “El señor le quitó el monedero, ¡con el trabajo que cuesta ganarse el dinero!”. Pero regresan con los maridos “porque se les cierra el mundo. Es un círculo. Sienten que sin el marido no son nadie, y no es cierto”.

Ante la sordera de las autoridades, cuando hasta ella llega la queja, doña Mere se inflama: “¡Yo no sé *que’speran!*, ¿verla medio muerta?, y ¡entonces sí van a hacerle caso las autoridades!”. Entonces estalla: “Yo voy a hacer lo posible para que se lo lleven”, sentencia, pero advierte a la quejosa: “Nomás acuérdesese, yo no soy su juguete, vamos a ir por él y se va a aguantar”. Y reinicia ese viejo camino que empezó hace más de 20 años, vuelve una y otra vez a la Amprevi; las acompaña y vigila el proceso. Pero también enseña, las conmina a tener una vida plena, lejos de sus agresores.

La violencia que se vive en Chimalhuacán crece diariamente en las calles y en las casas. Se sabe que 30 por ciento de adolescentes, tanto muchachos como muchachas, consumen drogas y “ahora, todos los días hay muertos”.

Pero Mere no cesa. Todos los días libra la misma batalla, su guerra de guerrillas es contra la corrupción, la ineficacia y la deshonestidad en esta tierra de impunidad y machismo.

Toda una vida merece respeto

Veinte años de entrar y salir por la misma puerta grande del MP, despedir al agente saliente y presentarse ruda y segura ante el entrante, le ha valido el respeto de policías, jueces y autoridades municipales. Pero también el reconocimiento de organizaciones e instancias locales.

La gente de la oficina municipal del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) le manda mujeres violentadas y casos difíciles. La Procuraduría General de Justicia del Estado de México le extendió una credencial que la identifica como supervisora del avance de los casos denunciados. Los *ombudsmen* del Estado y de la Ciudad de México le han extendido reconocimientos a su labor en la defensa de los derechos humanos.

Hace dos años Luis Flores Hernández llegó como funcionario de la Subprocuraduría de Justicia en Nezahualcóyotl. Al llegar “detecté a una mujer interesada en la seguridad y bienestar de las mujeres de Chimalhuacán”. Le llamó la atención su forma de exponer los asuntos y de dejar hablar a las víctimas. Supo por los cuerpos policiacos que es “una persona justa porque atiende con seriedad y respeto, no es agresiva ni ofensiva”. Es, dijo Flores, un ser humano sensible a la procuración de la justicia en beneficio de las víctimas del delito.

Pasar la estafeta

A esta mujer de más de seis décadas de edad el fuego no se le apaga, al contrario, ha incendiado a muchas otras con esta necesidad de solidaridad y defensa contra el abuso y la violencia intrafamiliar.

Guadalupe Roldán es una líder de mujeres en Las Palomas, San Lorenzo. Va con doña Mere “para que la enseñe, la prepare”, la acompaña a todas las dili-

gencias que puede y toma cursos que ofrecen defensores de derechos humanos y juristas de la PGJ del Estado o la Comisión Estatal de Derechos Humanos.

La capacitación es algo que aprendió Emerenciana durante su trayectoria de lucha. Cuando empezó a encenderse la mecha entre sus conocidas, recurrió a las instancias apropiadas para que les ofrecieran herramientas. Por la misma razón, y para formar “líderes mujeres”, fue armando su propia organización, el Consejo de Mujeres Defensoras de los Derechos Humanos y de la Familia, A.C.

Aunque ella no se reconoce como una líder, no deja de ser importante su presencia en los procesos. Sandra Castellano Luna, líder de mujeres de Xochiaca, afirma que cuando convencen a la víctima para que denuncie, “vamos solas y ahí nos tienen esperando las autoridades”. Quieren ver llegar a doña Mere.

A estas alturas de la vida, Emerenciana se reconoce cansada. Merece un relevo. Aun así, su corazón se niega a declinar cuando las víctimas le piden apoyo moral o cuando se trata de enfrentar a las autoridades en un asunto de abuso contra las mujeres.

MAGDALENA JUÁREZ: LA CONQUISTA DE LA NORMALIDAD

Magdalena Juárez es una mujer excepcional. Lo es porque a sus 28 años tiene todo lo que una mujer de su edad podría desear: ha sido medalla de oro y plata en competencias nacionales e internacionales, tiene una hija de tres años y una relación estable. Todo ello bastaría para hacer de ella una persona sobresaliente, pero lo que en verdad le brinda ese carácter es que esa normalidad ha sido conquistada palmo a palmo en los últimos 12 años, desde que una meningitis tuberculosa la dejó ciega a los 16.

Jimena Alejandra Ramírez Juárez, su hija, cumplirá tres años el 28 de julio. A su esposo, José Andrés Ramírez Morales, quien acaba de cumplir 30 años, lo conoció cuando iba a cumplir los 18; él tenía 20. Durante seis años fueron novios, ahora van a cumplir cuatro años de casados.

Enfrentar la vida

En Irapuato, Guanajuato, donde nació, la mayor parte del tiempo la pasó con sus cuatro hermanas y dos hermanos. Es la quinta: “Cuando era niña recuerdo que estuvimos solas porque mi mamá trabajaba y mi papá, en ese tiempo, bebía mucho. Siempre estuvimos solas, no había quién nos dijera: ‘Oye, hija, ¿fuiste a la escuela?’, ‘¿cómo te fue?’, ‘¿te dejaron tarea?’ o ‘¿qué hiciste?’”, pese a ello, se mantuvo en la escuela y llegó a la secundaria.

“Crecimos, como quién dice, solas. Cuando enfermé, mi papá nos puso atención. De eso ya va para 12 años. Desde esa fecha mi papá no ha vuelto a beber. Mi familia todavía no se hace a la idea de cómo he podido enfrentar la vida”.



Y es que su enfermedad se presentó de manera intempestiva y sin que hubiera una razón evidente. “Lo único que recuerdo, hace 12 años, es un dolor de cabeza. Era el amanecer del 23 de diciembre. Me llevaron al doctor y me dieron medicamento para la gripa”. Dos días después ya no se levantó. El 27 del mismo mes fue internada, estaba deshidratada, “ya hasta volteaba los ojos”.

Los médicos diagnosticaron fiebre de Malta y tifoidea, “¡dos enfermedades juntas!”, y resulta que nada más la tenían con suero. “Me llevaron a casa. En año nuevo me estaba muriendo”. Su situación se fue agravando y ya para mediados de enero de 1992 el diagnóstico fue meningitis tuberculosa.

Empezaron las convulsiones. No recuerda más, sólo que un mes después despertó en un hospital de la Ciudad de México, al que sus padres la trasladaron. Estaba en terapia intensiva. El hambre y la sed la hicieron volver. “No sabía en qué día estaba hasta que empecé a preguntar por qué estaba ahí: veía oscuro. Me empezaron a decir que me habían operado de la cabeza y que me habían afectado los ojos”. Debido a la hidrocefalia que se le desarrolló durante la enfermedad, hubo que implantarle una válvula que, conectada del cerebro a los riñones, le permitía drenar el agua que acumulaba. Este artefacto le impide, en teoría, desarrollar mucho esfuerzo, y no es de modo alguno recomendable para la práctica del atletismo.

Se hizo a la idea de que, cuando saliera del hospital y viera la luz del sol, iba a volver a ver. Las preguntas se hicieron más frecuentes. Fue y vino durante dos años y medio a la Ciudad de México, hasta que un buen día el oftalmólogo le dijo que no iba a volver a ver y que era mejor empezar a buscar capacitación, pues la enfermedad le había afectado el nervio óptico. “Poco a poco me hice a la idea de que estaba ciega”. Han pasado desde entonces 12 años: mira hacia el sol y aún no puede ver nada.

Desaprender para aprender

Tras el diagnóstico definitivo sobre su ceguera, hubo que empezar todo de nuevo: desaprender para adaptarse a un mundo que sólo había cambiado para ella, cuyos referentes se habían mudado. Desde entonces, sus otros sentidos adquirieron relevancia. Su mundo es el que se toca, escucha, huele o prueba.

Magdalena lo tuvo claro desde ese momento, cuando se inscribió en el Centro Integral para la Discapacidad Visual (CIVI) de Irapuato. Pero quizá lo más

duro de enfrentar fue el rechazo de los demás, quienes eran incapaces de comprender lo que vivía.

“Hay mucha gente que te mira con lástima, otras, pocas, con sorpresa y admiración. No te ven como cualquier persona. Lo que más duele es cuando lo hacen con lástima, porque te consideran una persona inútil, pero en realidad es todo lo contrario”, dice Magdalena, para quien “lo más difícil es aceptarse como una persona ciega, además de perder el miedo para realizar muchas cosas, la vergüenza, porque a una le da pena escuchar los comentarios: ‘Pobrecita, está ciega’. O también cuando se quedan calladas, incluso cuando pides ayuda”.

Esa incompreensión empieza en la familia misma, que no suele aceptarlo. Se toman medidas extrañas, producto de la ignorancia y la desinformación. Su familia no fue la excepción. Su madre sufría mucho. Lloraba cuando la gente se le quedaba mirando. “Pensaba en el qué dirán”, dice Magda.

Contra ellos libró su primera batalla. En el CIVI, mientras aprendía a leer y escribir en Braille, siempre externó con sus compañeras y compañeros sus aspiraciones de salir a trabajar y hacer todo lo que hacía antes de quedar ciega. El argumento de que “porque estoy cieguita no voy a ser nada” o “no salgo a la calle” fue erradicado por completo de su pensamiento. Así, dice María Magdalena, “por andar de habladora, al mes y medio me bajaron del vehículo que iba a nuestras casas a recogerlos”.

“Agarré camiones. Aprendí a subir en ellos, a sentarme, pedir ayuda, permiso. Nos enseñaban varios caminos, a la deportiva, al IMSS, salir a caminar alrededor del CIVI. A partir de ese momento duré como tres semanas saliendo así. Se me dijo que desde el próximo lunes ‘te vas a ir solita de tu casa a la escuela’. Les dije ‘es poquito tiempo’. A pesar de ello tuve que hacerlo. La primera vez sentí feo. Mi mamá cuando me vio, dijo: “¿Adónde vas, si aún no llega el transporte? ¿Cómo te vas ir sola? Algo te puede pasar”.

“¡N’ombre!”, le contesté, “nada me pasará”, y le pedí que me ayudara a tomar el autobús que pasaba frente a la casa. Ya, ‘de ahí, échame la bendición’. Además, tenía que transbordar en el centro de la ciudad y luego tomar otro transporte y llegar al CIVI. A final de cuentas, llegué a la escuela. Sin embargo, oí que mi padre llegaba en bicicleta. Traía la lengua de fuera. Desde la casa me venía siguiendo. Iba tras el camión para comprobar que ya podía llegar sola”.

Cómo se hace una atleta

Pero ese fue apenas el principio. El CIVI de Irapuato brinda atención a bebés, niñas, niños, adultos y personas de la tercera edad con problemas visuales. Se busca su rehabilitación con trato humanitario y eficiencia. La meta es contribuir al mejoramiento de su calidad de vida con el desarrollo de sus capacidades mediante estimulación temprana, Braille integral, instrucción en estenografía, escritura en negro, mecanografía y el dominio de máquina Perkins, caja matemática y ábaco Cranmer.

Asimismo se realizan actividades de natación, terapia y educación física, música y taller de manualidades. Se ofrece además atención psicológica, asesoría educativa para adultos —Instituto Nacional de Educación para Adultos—, integración educativa y laboral, y taller para padres.

La directora académica del CIVI, María de Lourdes López Victoria, dice que las personas con alguna discapacidad viven con mucho estrés. Por ello se recomienda practicar algún deporte. En el caso de Magdalena la educación especial acuática, que no es precisamente para sacar campeones, le permitió relajarse. Ésta es una actividad meramente recreativa, una herramienta de supervivencia y una terapia de socialización y relajamiento, pero para Magdalena fue una puerta que se abrió intempestivamente y que le ofreció la posibilidad de recobrar su libertad.

“La gente debe aprender a apreciar las capacidades de las personas con discapacidad, insiste López Victoria. “Quien ve a Magda nadando sin saber que es ciega, ni se entera. Se da cuenta porque en la calle usa el bastón, y es donde tiene que enfrentarse a peligros y barreras, no sólo del medio ambiente en el que vive, sino de rechazo y hostigamiento”.

Para Magda, como la llaman todas sus compañeras, la natación operó una especie de milagro que le permite sentirse capaz de todo. “Tenía más de cinco años que no me metía a la alberca”, cuenta ella. “Sentir el agua en mi piel me relaja. Ando superactiva, con ganas de hacer muchas cosas”.

Una carrera es como la vida

“Una persona con discapacidad —dice— nunca se debe apagar, porque no hay ninguna justificación para ello. Porque si tú quieres, vas a derrumbar todos los

obstáculos que se te pongan. Al final, verás que lo lograste y sabrás que puedes llegar a donde quieras”.

De la natación pasó con naturalidad al atletismo; primero en competencias en el CIVI, luego municipales, estatales, nacionales, hasta llegar a ganar contiendas internacionales en su especialidad. Ocupó siempre primeros lugares, y conquistó medallas de oro y plata que son su orgullo personal, porque le permiten comprobar que puede alcanzar cualquier meta, superar su propia discapacidad.

“Corría —recuerda la directora del CIVI— con una cinta atada a su cintura, acompañada de alguien que lo hacía a la misma velocidad o mayor para que pudiera ir al parejo de ella. Es la que le va indicando que se alinee a su derecha o izquierda, que no deje su carril, que avance o disminuya su velocidad”.

“Una carrera es como la vida”, dice Magda. “Sigue, no se acaba, y pase lo que pase, no se detiene. Nosotros tenemos que seguir con ella, hasta donde nos marque el final; mientras, hay que seguir luchando”.

Esa convicción es la que le ha permitido vivir su vida por encima de su ceguera. En muchos sentidos, ha conseguido sus objetivos. No sólo pudo formar una familia, sino que es capaz de cuidarla y ayudar a su manutención.

Miremos mejor la vida

Como muchas otras familias, ella y su marido viven con los padres de él. A consecuencia de una larga huelga en la fábrica donde él trabajaba, quedó desempleado y debieron buscar el cobijo de los suegros, quienes viven de la producción casera de empanadas. José Andrés ayuda a su padre y Magda se encarga de vender el alimento en la calle, en tiendas, por entrega. Todos los miércoles, el día programado para la venta, recorre las calles de tierra y piedra del barrio con su bastón y su canasta de empanadas. También su marido sale a vender, pero no corre con tanta suerte como ella. Los vecinos prefieren comprarle a Magdalena, y no precisamente por lástima, sino porque su ceguera no impide que ella conserve ese carácter afable y bromista que la caracteriza.

Es una mujer agraciada, de mediana estatura, que gusta de arreglarse con esmero y combinar con buen gusto su ropa multicolor. También se maquilla ligeramente, sólo para resaltar su piel apiñonada y sus ojos alegres, inquietos y llenos de vida, que mantiene siempre descubiertos. Sólo el bastón la delata. Pero en casa de sus suegros no lo usa y canta todo el tiempo, sobre todo las baladas

de moda. En el hospital, recuerda, le decían “La Sirenita”, porque tarareaba todo el tiempo su melodía.

“Ahora tengo que hacer mucho por mí, porque tengo una hija. Quiero estar con ella y verla crecer”, dice al recordar que la angustia la invadió cuando Jimena nació: “¿Cómo le voy a hacer para cuidarla?, ¿voy a poder?, pero mírala ahora”.

Nunca fue fácil, ni siquiera cuando inició su relación amorosa: “¿Cuánto podemos durar?, me decía. ¿Un mes, dos? Sin embargo, pasaron muchos. Entonces me dije: ‘Como que esto va en serio’, fue entonces que empecé a decirle cómo me gusta que me traten. He aprendido de él, como él de mí”.

Confianza y comunicación son los ejes sobre los cuales se sostiene su relación de pareja. “No creo que haya ninguna diferencia entre los matrimonios ‘normales’ y el de nosotros. Siempre estamos apoyándonos. Sin embargo, mucha gente me decía: ‘¡Por qué te vas a casar? Si a las que ven, las engañan. ¿Te imaginas?, a ti te las van a pasar por un lado y no las vas a ver.

“Además, me comentaban, ‘¿pero cómo le vas a planchar o lavar?’, y les contestaba: ‘Pues así: como tú haces tus cosas, yo las voy a realizar.’ Yo no veo ninguna diferencia”. Y recuerda en tono de broma que cuando le preguntaban si sabía hacer un huevo, contestaba que sí. “¿Y, no se te quema?”. Respondía que le quedaba un poco *chamuscado*, pero era para que no se empachara.

Una segunda oportunidad

Si todas las personas con discapacidad visual se superaran, el mundo sería distinto, asegura la directora del CIVI de Irapuato, Sara Cobos Soriano, para quien es importante que a las personas con cualquier discapacidad se les vea como personas, con los mismos derechos y preferencias que los demás. “El problema es verlos distintos. Tienen que estar luchando, aparte de su discapacidad, porque sus derechos se respeten. Son personas completamente capaces”.

Y pone de ejemplo a Magdalena, a quien describe como “una buena líder”, a quien le gusta aprender y es impulsiva: “A veces había que frenarla. Primero analiza y luego se avienta. Ella fue una parte importante en la vida de sus compañeros. Tiene una buena relación con los varones”.

A una persona como ella, dice Cobos Soriano, “le puedes invertir tiempo, conocimiento, y todo lo va a aprovechar. Su permanente movilidad la hizo participar en atletismo”. Ella no quiso quedarse con la autocompasión, con el “quién

te va a querer”, lo que le sirvió para salir adelante. “Hasta agotar todas las posibilidades de algo, no dejes de insistir”, recuerda la directora del CIVI.

No hay diferencia entre las personas con alguna discapacidad y las llamadas “normales”, insiste la especialista. “Tal vez hay discapacidades que te pueden limitar un poco más. Pero también la discapacidad está en la mente: así como hay personas que tienen todos sus sentidos al cien por ciento, y les da miedo, no arriesgan o tienen flojera, también hay muchas personas discapacitadas que son indiferentes, indisciplinadas y desobligadas”.

Por su parte, la directora académica del CIVI, María de Lourdes López Victoria, señala que es necesario crear una cultura de respeto y de amor hacia las personas que tienen una discapacidad: “A Magda habría que verla como una mujer, porque nunca ha dejado, a pesar de enfermarse y perder la vista, de luchar y ser una triunfadora.

“Podría haberse quedado en su papel de víctima y manipulado su entorno para esperar que las cosas le cayeran del cielo, pero no ha sido así: ella ha ido hacia las cosas que le interesan. Esto es un valor importante, pues no es fácil vivir sin ver, pero Magda lo ha hecho bien”.

Magdalena, por su parte, no se considera una mujer extraordinaria, pero cree que su ceguera es una segunda oportunidad para realizar sus sueños y aspiraciones. Aunque también en esto es clara: “Si la segunda oportunidad no la aprovechas, quiere decir que no te quieres a ti mismo y no tienes ganas de vivir”.

VICTORIA ESTRADA: VIGILANTE CIUDADANA

Sin calzado, los pies de Victoria se desplazan con agilidad por el patio de la casa, un terreno al aire libre sembrado con plantas y flores. No usa zapatos cuando anda por este solar de 500 metros cuadrados que, a pesar del calor de verano, es fresco debido a los naranjos, limoneros y una palma de coco que lo protegen del sol. Las sandalias de plástico transparente son para la calle, cuando en su papel de vigilante comunitaria, asiste a las oficinas de gobierno a cerciorarse de que los apoyos económicos lleguen puntualmente a las familias más necesitadas, y evitar que manos corrompidas los extravíen en el camino.

Hace 28 años que llegó a El Rocío, estrenando marido y las esperanzas puestas en ver crecer una familia. Entonces no imaginó la carrera que iniciaría con el advenimiento de los hijos, y la resolución de los avatares que la búsqueda del bienestar implica.

Provenientes del Estado de México, donde habían unido sus destinos, y con la firme convicción de quedarse “para siempre” en esas tierras heredadas en Yau-tepec, Morelos, Victoria y Graciano se aposentaron en esta colonia que entonces era un cerro pelón, sin servicios, pavimento ni drenaje, y con unas cuantas casas de lámina y cartón diseminadas entre árboles frutales.

Cuando por primera vez comentó con Graciano lo que se podía adquirir en la tienda local de Diconsa, Victoria no se percató del entusiasmo que le causaría, meses adelante, encabezar el Comité Comunitario de Abasto. Había tiempo. No habían llegado los hijos, aún cuando tenía una casa que atender. Pero así aprendió. En medio de las tareas domésticas se buscaba el tiempo suficiente para prestar sus servicios honorarios y vigilar la correcta entrega de mercancía, levantar inventarios y rendir cuentas claras. Celia Rojas, su



vecina, afirma que una cualidad de Victoria es que si no tiene tiempo, “se lo presta”.

La guerra silenciosa se inició en la escuela

A mediados de los 80, cuando ya habían nacido sus cuatro hijos, enfrentó la realidad de enviarlos a la única escuela que había entonces en El Rocío. Era un bodegón levantado sobre un pequeño terreno, con paredes de carrizo y tierra apisonada, donde niñas y niños apenas cabían. Junto con otros padres de familia se organizaron, desyerbaron el solar, movieron piedras y construyeron bancas de madera para que dejaran de sentarse en el suelo.

Cuando Victoria vio el resultado que generaba la organización comunal, respiró tranquila, segura de que sus hijos podrían estudiar en mejores condiciones. Entonces aceptó ser vocal de la junta de padres de familia de esa institución de la Comisión Nacional de Fomento a la Educación (Conafe). Aceptó por eso.

Luego, a principios de los años 90, retomó esta inquietud cuando el gobierno impulsó el programa Escuela Digna, promoviendo la participación de los colonos en el proyecto de rehabilitación escolar. En el lugar donde estaba la rústica escuela de antaño, hoy se levanta una primaria de ladrillo, pintada, con puertas y ventanas, un patio grande sembrado de árboles frutales. No puede evitar un profundo suspiro al recordar lo que era, un solar lleno de breñas, insalubre y sin las menores condiciones. Le ilusionaba darse cuenta de que “algo podía hacer”.

Pero fue más que *algo*. Hasta esa colonia de paupérrimo aspecto llegaron diversos programas federales de apoyo a familias de escasos recursos. Ofrecieron despensas, becas y apoyos para la vivienda, entre otros. En todos participó Victoria, primero como interesada, luego como beneficiaria, después como promotora en su comunidad y vigilante de los procesos.

Ya no hay marcha atrás

Conocido el funcionamiento del mecanismo de apoyo económico que ofrece el gobierno a través de sus diversos programas sociales, que bien canalizados permiten mejorar las condiciones de vida de la gente, Victoria se dedicó a promover una participación más activa de sus vecinos, sobre todo de las mujeres, en programas no sólo de abasto y educación, sino de salud, nutrición y financiamientos diversos.

Sabe, y así lo dice con voz franca, que de manera muy particular hay que vigilar que los recursos lleguen completos a sus destinatarios, “sin que líderes vivales” se aprovechen de la necesidad de los otros.

Su rostro redondo, de común alegre, se torna reflexivo. Lleva muchos años en una guerra silenciosa, cotidiana e invisible, apoyando toda iniciativa posible, desde los cursos de industrialización de productos lácteos hasta los de alfabetización de adultos, de la que ella misma forma parte.

“A mí no me gusta estar sin hacer nada, remarca Victoria. Hasta donde pueda, seguiré apoyando a los más necesitados. Tengo fe. La gente me busca, me conmueve, me parte el alma decirles ‘no puedo’. Las mujeres no debemos tener miedo. *Ahorita* soy yo, participo, pero ha de haber otras. Aunque no *téngamos* estudios, hay que tener paciencia y fuerza de voluntad”.

No todo ha sido miel sobre hojuelas

Al principio había que ir a tocar puerta por puerta, hablar con cada uno de los habitantes de El Rocío, convencerlos de que sólo organizados podrían mejorar.

Quizá la parte más difícil que tuvo que superar fue la desconfianza inicial, cuando decidió tomar el reto en serio, porque como ella misma dice, “aquí ha habido de todo: rumores, presiones familiares...”, pero sobre todo una historia de falsas promesas que no les daba muchas esperanzas sobre el sentido de la organización y participación. Hasta que fueron capaces de ver por sí mismos los resultados.

Claro que la gente habla. Victoria lo sabe. Teresa, su hija, recuerda que “cuando estuvo participando en Escuela Digna, a cargo del dinero —junto con un vecino—, fue lo más duro”. Sobre el punto, Graciano afirma severo: “Nunca he visto que reciba algo, en dinero, que lo tome para la casa, nomás tiene la beca de 310 pesos”.

De aquellos tiempos en que Victoria debía viajar a Cuernavaca, en compañía del vecino, para realizar los trámites del programa, Teresa continúa hablando: “La gente empezó a decir cosas. Una señora le echó habladas, que dizque andaba con su esposo. A mi papá le dio coraje. Le pidió pruebas a ella. Eso fue hace como 17 años. Llegaron hasta la demanda, no pudieron probar nada. Hasta la fecha la señora arremete contra mi madre, la hostiga. Una vez nos quiso golpear a mis hermanos y a mí”.

Decir 'hay que hacer un trámite' no es fácil —afirma Norma Villa Gómez, coordinadora del Sistema Integral para la Familiar (DIF) local—, simplemente para ir a Cuernavaca es una hora de ida y otra de vuelta. Ella paga de su bolsa los pasajes, por lo menos tres o cuatro veces al mes. En eso se le va el apoyo que le dan”.

Pero, como reconoce Graciano, las contrariedades no los han separado: “Ella me dice, ‘sabes que yo le voy a seguir’, y le digo: ‘Como veas’; ‘lo que pasa es que están mis hijos, pues’”.

Un gran logro colectivo

Hasta su casa, en la calle Bugambilias —en ese terreno familiar hoy se levanta un cuarto dormitorio de tres por cuatro metros, una cocina y un trastero, donde cohabita con sus dos hijas, un yerno y tres nietos— llegan hombres, mujeres o ancianos en busca de orientación y representación.

La gente toca a su puerta varias veces al día. Victoria interrumpe el trabajo doméstico. Los recibe siempre, sabedora de que su participación es necesaria, de que sólo se avanza cuando todos están. Como ella dice: “¡Falta tanto, siempre falta, nunca es suficiente!”.

En ese patio fresco bajo los árboles frutales, en el que deambulan pollos y gallinas, y una mesa con cuatro sillas lo mismo sirve para comer que para enseñar, Victoria recibe a quienes saben de su experiencia en programas para población de bajos recursos, como ella. También ve a quienes saben que su compromiso está al margen de partidos políticos, de grupos caciquiles, de funcionarios venales. Allí Victoria los atiende, les explica, les muestra documentos y los deja satisfechos.

Norma Villa Gómez, con 60 promotoras de *Oportunidades* a su cargo en la zona, la define como una persona “humana y justa”. Y añade que Victoria es de las que no depende de nadie. “Ella se va directamente a hacer los trámites a Cuernavaca. No es de las que va a verme a mí cómo le hago. No, cuando llega, es porque ya hizo el trámite.

Pero ello implica siempre sortear la situación familiar, que puede llegar en momentos a ser crítica, como reconoce su esposo Graciano: “Me enoja cuando no está. Es buena compañera, pero luego la gente habla y eso... Bueno, está bien. Por lo menos es para ayudar a la comunidad, espero que la gente lo vea así, ¿no?”. Y es que la economía de Victoria y Graciano se sustenta en el ingreso

que él gana como jornalero en los campos cañeros (de 120 a 160 pesos por día), y se complementa con lo que mandan sus hijos y un yerno que “están *del'otro* lado, trabajando *pa'los* gringos”.

Humana y justa vigilante ciudadana

Las vecinas coinciden en que Victoria es “bien plantada” y de carácter fuerte. “Tiene modo para llamarnos la atención a toda la *mujerada*”, dice doña Matilde, de 76 años. En El Rocío las mujeres son muy activas. Cuando se trata de participar, acuden prontas al llamado de Victoria. Como beneficiarias del programa Oportunidades reciben una beca de 310 pesos mensuales —al igual que Victoria— y asisten a las revisiones médicas, se ocupan de que sus hijos no falten a la escuela, del comedor comunitario o las clases de alfabetización; de otro modo, perderían el apoyo económico.

“Por eso cuando nos avisa de la reunión, ahí estamos bien puntuales. Si no asistimos, no recibimos el apoyo y ella no puede hacer nada para completarlo. Con buen modo, pero nos jala las orejas”, comenta la vieja Matilde y su sonrisa plena se adorna con miles de arruguitas. “¡No falten a sus juntas!, nos dice a cada rato”, y vuelve a reír.

La importancia de asistir a las pláticas semanales que todos los lunes imparte el programa, la saben todas. Pero de lo que implica atender a 80 familias beneficiarias en medio de las ocupaciones cotidianas, sólo lo sabe Victoria. Por eso, al contrario de lo que piensan algunas, no siempre es fácil. A los 43 años su tiempo está dividido entre los ocho nietos, sus hijas y yerno, Graciano, y su responsabilidad como vocal de *Oportunidades*.

Con la conciencia tranquila

Para Teresa, su madre es una persona llena de contrastes: “Es muy enojona y a la vez muy buena. Siempre dice que hay muchos problemas en la colonia. Para ella hay que seguir apoyando a la gente. Es hora de comida, es hora de cena, es hora de almuerzo, y ella atiende a la gente”.

Sin embargo reconoce que su participación ha sido útil, “ha valido la pena, los *abuelitos* tienen su apoyo; para cualquier cosa la llaman a ella. Yo no soy quién para juzgarla, yo también soy mujer y me gusta estar con ella, que se hagan cosas por el futuro de nuestros hijos”.

Y justamente la labor de Victoria, a la que ha dedicado toda su energía, se ha visto compensada con el reconocimiento de las autoridades. Como parte del programa de Contraloría Ciudadana de la Procuraduría estatal fue nombrada “vigilante comunitaria” en 2002, y presidenta del Comité Comunitario para la Plaza Pública al siguiente año.

“Son muchos años”, recuerda Victoria: su memoria es un archivo abierto. “Mi conciencia está tranquila y la obra hecha. Con eso me basta, por ahora”, y sonríe pensando en que aún hay batallas por librar para que el drenaje llegue a cada casa, para que cada quien tenga techos y pisos firmes y no de lámina o tierra. Piensa y sueña en los programas que están por venir, en los beneficios que podrán acarrear a su otrora paupérrima colonia aún carente de banquetas y pavimento, en la de trámites y asesorías que le depara el futuro. Y mientras, mira sus pies descalzos, gorditos, llenos de tierra.



CIRILA SÁNCHEZ, UN TEJIDO DE ORGULLO POR LA IDENTIDAD

Las modas cambian y hubo épocas en que usar rebozos, blusas de manta o huipiles bordados fueron sólo eso: moda. Sin embargo, para Cirila es parte del orgullo de su raza, de su etnia, de su identidad indígena. Es *chatina* de Santa Cruz Tepenixtlahuaca, Oaxaca, y mientras luce oronda su huipil blanco bordado con hilo morado, afirma segura que lo único bueno de que otras porten estos textiles es “que las artesanas venden sus vestidos”.

Sin embargo, ella sabe que engalanarse con estos ropajes no siempre surte el efecto de admiración que se desea. Muy por el contrario, provoca actitudes de discriminación y más, si quien los usa es una mujer de piel morena y rasgos indígenas.

Por eso para Cirila esta vestimenta tiene un significado mayor. Con ella enfrenta la discriminación, una realidad que la ha perseguido siempre —tanto en los círculos sociales como en los políticos— porque esta *chatina* de la Sierra Madre del Sur ha destacado como líder social, pero también ha llegado a ser diputada local, federal y senadora por su natal Oaxaca.

Con todo y su investidura legislativa, en alguna ocasión Cirila llegó involuntariamente tarde a una cena en Los Pinos. “Una no puede ocultar que es indígena, y como no me dejaron pasar a la cena a la que estaba invitada, pues tuve que esperar en la puerta”. Un funcionario la reconoció “y les explicó a los de seguridad que yo era la Senadora Cirila Sánchez, entonces las puertas se abrieron. Por supuesto que no hubo ninguna disculpa”, recuerda.

El permanente regreso al hogar

Cirila Sánchez Mendoza tiene ahora 52 años, pero en su lejana infancia, cuando el destino era apenas una madeja por desenredar, su vida se tejía con los telares

de la costumbre y la tradición. Siendo la mayor de los cinco hijos que tuvo el matrimonio de Moisés y Rosa Elia, Cirila empezó a recibir peticiones de mano desde los nueve años de edad.

Renuente, su padre rechazó sistemáticamente las solicitudes, argumentando que su hija estudiaría. Como la consideraban muy niña para esos menesteres, optaron por enviarla a San Miguel Panixtlahuaca, un municipio distante cuatro horas a pie del Santa Cruz que la vio nacer. Allí viviría con un tío lejano y tendría la oportunidad de terminar sus estudios de primaria, pues en su pueblo la escolaridad llegaba hasta el segundo grado.

Pero Cirila era tan pequeña para el matrimonio, como para dejar la casa materna. Añorante de los brazos de su madre y del afecto de su abuelo materno, don Ildefonso, sin pensar en el largo camino y sus vicisitudes, regresaba. “Cuando veía a gente de mi pueblo pasar, la seguía a cierta distancia y me iba con ellos. Lo que yo quería era estar en la casa con mi familia, pues no me acostumbraba a vivir lejos, con gente que apenas conocía”.

Una vez en casa, no faltaba quien se admirara de la capacidad de esa pequeña para volver. Sin embargo, sus padres siempre consideraron que ella debía estar en la escuela de San Miguel. Al abuelo Ildefonso le tocaba llevarla. Al llegar, recuerda Cirila, la acurrucaba en sus brazos, esperaba a que el cansancio del camino la venciera y “cuando despertaba, ya no estaba el abuelo, se había ido muy de madrugada y yo me deshacía en llanto”, cuenta con cierta tristeza en su rostro maduro.

Fueron tantas las veces que regresó al hogar que sus padres decidieron, para el siguiente año escolar, que Cirila iría aún más lejos, hasta Santa Catarina Juquila, cabecera de distrito, que se ubica a cinco horas caminando “de subida”. De esa comunidad sería más difícil volver, entre otras razones, porque la gente de Santa Cruz Tepenixtlahuaca no acostumbraba a ir tan frecuentemente, a pesar de ser el centro comercial de aquella zona.

Discriminación y abuso

En Juquila, Cirila fue alojada en la casa de un matrimonio que era conocido de sus padres. Ahí la niña, que hablaba chatino y aprendía rápidamente el castellano, se levantaba muy temprano para preparar el café y hacer algunos quehaceres antes de irse a la escuela. Los sinsabores de ser mujer y pertenecer a una

etnia, Cirila empezó a sufrirlos a sus escasos diez años. En Juquila la gente hace muchas diferencias entre los indígenas y quienes no lo son.

Moisés y Rosa Elia pensaron en traer a Cirila al pueblo de nuevo, pero ella ya le había tomado el gusto al estudio, así que pidió quedarse con doña Zenaida, una vecina panadera. Ésta arguyó que no había espacio para la niña ni dentro de la casa ni en la cocina, pero como ella insistió en quedarse, aceptó alojarse en “la tejabana del horno donde se hacía el pan; de ahí pasé a la cocina”, hasta que finalmente un día “dormí en una de las recámaras de la casa”. El trato inicial incluía que Cirila la ayudaría a vender el pan y la leche que producían sus vacas. Por cada peso vendido, Cirila obtendría diez centavos, y con ello compraría sus útiles escolares y cubriría otras necesidades.

A las cinco de la mañana, la pequeña *chatina* partía para vender el pan amarillo. A su regreso, dos horas después, iniciaba la venta de 15 litros de leche. A las nueve ya estaba en la escuela y volvía de clases a las 12 para tomar una taza de café y un plato de frijoles. La rutina duró mientras Cirila terminó el año escolar.

En esos días su tía Salustia —hermana de su mamá— llegó a vivir a Juquila, “prácticamente huyendo de un matrimonio arreglado con el que no estaba de acuerdo”. Cirila fue reacomodada con ella hasta que terminó la primaria, justo cuando tenía 13 o 14 años. Las estancias en las diversas casas, incluida la vida con Salustia, no estaba ajena a los quehaceres de la casa. Aquellos años fueron muy difíciles, pues la tía le aplicaba una férrea educación, así que para tener dinero y mantener sus estudios, a veces trabajaba “de entrada por salida” en algunas casas.

A la oportunidad la pintan calva

Al terminar la primaria, tía y sobrina se trasladaron a la ciudad de Oaxaca, allí Salustia buscó inscribirla en varias escuelas, pero los exámenes eran difíciles, “estaba muy mal preparada. Sólo pude ingresar a la secundaria privada ‘Abraham Castellanos’. Costaba poco, entre 40 y 60 pesos mensuales; de otra manera ni pensar en poder pagar esos estudios”.

Para sostener su educación, Cirila trabajó como galopina en los portales y en una casa donde servían de comer. Fue la época en que se formó el Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca (IIISEO). La institución estaba destinada a ofrecer alternativas de desarrollo para jóvenes que hablaran

alguna lengua indígena, y Cirila aprovechó la oportunidad y estudió para promotora cultural bilingüe, con equivalencia de secundaria.

De vuelta en Santa Cruz, su casa, con 18 años de edad, Cirila era una de las mujeres “más letradas” de la comunidad. Por su grado de estudios, el Consejo de Ancianos pidió su apoyo para fungir como secretaria de actas. Sin pago alguno, lo hizo durante dos años, “incluso fui electa como agente municipal, pero no lo pude cumplir porque el IISEO me daba la posibilidad de estudiar la carrera técnica de Auxiliar en Promoción Social”. El propio Consejo la apoyó con una carta al Instituto, la cual solicitaba una beca para esta indígena que mantenía —y mantiene— su lengua materna: el *chatino*. Durante tres años, Cirila aprendió “de todo un poco”.

La guerra cuerpo a cuerpo

Con 23 años, Cirila regresó a Santa Cruz con un empleo en el Programa Nacional de Castellanización, y en poco tiempo ascendió a la Dirección Regional de Educación Indígena de Juquila. “Sin nombramiento ni la remuneración correspondiente para no lastimar susceptibilidades, pues los maestros decían que yo ni maestra era para que los vigilara, que cómo era posible que a una indígena le hubieran dado la plaza. En fin, estaban indignados todos”.

A pesar de las quejas, se mantuvo durante 12 años en el cargo. Corroboró y combatió a maestros de Educación Indígena sin escrúpulos, que sin mayor compromiso docente asistían a las comunidades sólo dos veces al año: una para que las autoridades municipales les sellaran sus documentos de inicio, y otra para la clausura. Levantó alrededor de 500 actas de abandono de empleo, lo que ocasionó que Cirila terminara sin trabajo.

Región rica en maderas, la tala desmedida fue otro de los focos rojos que atendió. Dos grandes compañías depredaban los bosques mientras engañaban a las comunidades. Dejaban los cerros pelones, causando daños al medio ambiente y sin beneficio alguno para los habitantes. “Por eso empezamos a deslegitimar los contratos con estas compañías. Entonces era fácil, porque la Ley Agraria decía que la máxima autoridad era la asamblea de comuneros o ejidatarios y así, sin más que lo que dice la ley, determinábamos finiquitar los contratos con las empresas. Fue una lucha sorda. En varias ocasiones cerramos las brechas y les impedimos que sacaran la madera. Alguna vez estuvimos en situaciones

dificilísimas. El gobernador en ese entonces amenazó con mandar al ejército y pidió mi presencia. La gente de Santa María Yolotepec dijo: ‘Si el gobernador quiere hablar, pues que venga personalmente, aquí lo esperamos’. Hubo mucha tensión en aquellos días. Yo veía a los hombres y a las mujeres decididos a todo. Pero encontramos la forma de solucionar las cosas sin necesidad de llegar a la violencia”.

Mujer de carácter y madre soltera

Cirila reconoce que entonces era una mujer joven, con mucho carácter, valor y fuerza. “También corrí con suerte pues sabía que le estorbaba al sistema y a los caciques. Había muchas amenazas sobre mí, pero no dimensionaba el peligro. Pudieron haberme matado, pero no llegaron a tanto”.

En medio de aquel recorrido permanente, de subir y bajar montañas, de visitar pueblos, Cirila decidió tener un hijo. “Era mi último tren”, dice con una amplia sonrisa en los labios. A los casi 27 años, una mujer indígena es prácticamente una “solterona”. Abraham vio la luz en 1979. La ardua actividad que desarrollaba no la dejó convivir con una pareja, y “aunque era como un pecado tener hijos de regalado, como dicen por allá, me enfrenté sola a mi maternidad”, siempre con la ayuda de Salustia.

Años después tuvo otra pareja. Con él vinieron sus hijas Eréndira —1986— y Cecilia, 1989. Sin detener el ritmo, metida de lleno en la política, viviendo un poco en Oaxaca y después en la Ciudad de México, tampoco duró mucho la relación. Sólo la tía Salustia estuvo siempre a su lado. Ella prácticamente crío a sus hijos, y por eso la reconocen como la abuela.

Primera y única: mujer, indígena, chatina

Como fruto de la confianza que sembró entre las autoridades y con la gente, un partido político le propuso la candidatura a diputada local. Pensó que si “era diputada, a lo mejor podía resolver muchas injusticias que había visto durante todos estos años de trabajo, por lo que prácticamente sin saber a qué me metía dije: ‘bueno, está bien’”.

Cirila Sánchez Mendoza se convirtió en la primera mujer indígena chatina —y la única hasta ahora— en ser diputada local de la LII Legislatura para el

periodo 1983-1986, la única entre 24 diputados, número que componía entonces al Congreso local. Su trabajo como legisladora local, como diputada federal (1989-1991) y como Senadora de la República (1994-2000) se caracterizó por la permanente gestión en las comunidades oaxaqueñas, sobre todo en aquellas en donde el abandono marcaba la vida de las personas.

Aunque reconoce que hubo sinsabores, pues “este trabajo no siempre es agradable. El problema es que el tiempo pasa, una ve que muchas cosas siguen igual, que los indígenas siguen siendo marginados y una se queda con la ilusión de cambiar. Para muchos políticos y autoridades es más importante el poder que la gente, y les importa menos cuando se trata de indígenas. Lo primero que pensé cuando iniciaba aquellos periodos (1988-1991 y 1994-2000) fue en regresar a mi casa, pero luego le vas tomando sabor a las cosas y quieres que el tiempo no se te acabe”.

Un anhelo cumplido: mirar de frente

En su casa, Cirila aún se baña con jícara y encuentra placer en detenerse en un río para lavar su ropa, porque así lo aprendió desde niña. Dice que la responsabilidad y la dedicación al trabajo son sus elementos fundamentales, sin desprenderse nunca del arraigo a las costumbres que favorecen a los pueblos, a lo que es como persona, como indígena.

En 2000, Cirila sufrió una hemiplejía que le dejó paralizada la mitad del cuerpo. Como chatina y creyente considera que “el que la hace, la paga”, y por si ella debe algo en la vida, “me da gusto haber sufrido en carne propia; así no le voy a pasar a nadie la factura”.

En proceso de recuperación desde hace cuatro años, Cirila no cesa, y ahora promueve programas de desarrollo sustentable, por lo que continúa gestionando apoyos en el estado. Cada día, explica su sobrino Javier Sánchez, recibe a más de 20 personas. “Ella es una mujer muy disciplinada, que sabe escuchar y busca siempre la forma de conciliar, nunca busca enfrentamientos, incluso con aquellos que ‘no la ven bien’”.

“Creo que lo más importante del trabajo de Cirila es que siempre está con la gente, su gente, no como los otros políticos que vienen, buscan el voto y ya no vuelven. Con ella las cosas son diferentes”, explica Cecilio Calvo, tejedor de hamacas de Río Grande, donde ahora ella explica el proyecto de la cría

de venado. “Tengo 20 años de conocerla. Mírela ahora —y mueve su mano indicando hacia donde Cirila inicia una reunión con mujeres— está trabajando, picando piedra, buscando alternativas, cuando debería estar en terapia, descansando en su casa, recuperándose de su enfermedad”.

El mayor anhelo de Cirila fue “siempre ver de frente a la gente, sin esconderme por haber hecho algo malo. Ahora me saludan con entusiasmo, con afecto. Cuando camino en las calles de Oaxaca me paran y me dan abrazos de agradecimiento y eso es muy importante para mí, pero sobre todo para mi hijo y mis dos hijas”.

Y añade que “mientras no se resuelvan los problemas de las comunidades indígenas, este país no estará completo. A los indígenas, como a las mujeres, se nos debe mucho en México”.

“Pienso que estamos en el camino y que tenemos que cambiar, pero todos juntos”. Queda claro que ella seguirá haciendo su parte.



DOÑA JUANA: MUJER QUE EMANA OLOR A BARRO

La tragedia no la arredró. Como las de Cocucho, su pueblo, Juana Alonso es una mujer con alma de lucha fuerte para salir adelante. Desde chica aprendió el español, pero también a trabajar el barro y a bordar blusas. Viuda, madre de cinco hijos —dos muertos—, abuela de 21 nietos y bisabuela de 11 bisnietos, a sus 68 años pasa todavía la mayor parte del día moldeando ollas de tamaños diversos, su orgullo y sustento.

El oficio lo aprendió de su cuñada Zenaida Santos, en una época en que lo único que se hacía era vender cargas de tajamanil (atados de 25 tablitas para techar) en Tangancícuaro o dedicarse a las labores del campo y a la cría de ganado, faena principalmente a cargo de los hombres.

En esos ayeres, el moldeado de ollas de barro en la comunidad era una artesanía moderna. Por eso quizás el producto carecía de mercado, de demanda, de precio y hasta de un buen lugar para colocarlo en las ferias populares, a donde las *p'urhépechas* artesanas asisten para vender sus tejidos, sus bordados, los finos deshilados, sus coloridos manteles, las famosas blusas *huanengas*.

Juana deja salir pausadamente el humo de su cigarrillo mientras recuerda. Con sus ojos desgastados persigue las volutas que se lleva el viento. Agita sus manos ajadas por la tierra y arena en su materno tarasco para que los organizadores de la Feria de Morelia, la principal en el estado, respeten el lugar que se han ganado tras 40 años de empuje y tenacidad, pero también de ruda negociación por precios justos y espacios de privilegio para un producto que ahora, ya es un clásico: las *cocuchas*.

No es difícil imaginar a una Juana 30 años más joven, más vital pero no

menos persistente, que junto a las otras artistas del barro resistían en aquella legendaria toma de la que hoy es la Casa de las Artesanías. Fue su forma de presionar al gobierno para exigir una plaza en la cual exhibir su producto. Sólo dejaron la instalación cuando consiguieron su objetivo. Hoy están en las tres ferias más importantes del estado.

Juana Alonso es una mujer muy conocida en todo Michoacán porque ha sabido ganarse el respeto de todo el mundo porque ha sabido organizar y defender los derechos de las *p'urhépechas* socias de la Unión de Artesanas de *Cocucho Poreche Uri* (Las Olleras de Cocucho).

Vivir del barro

Como la mayoría de las mujeres de su pueblo, se casó a los 14 años y se inició en la fabricación de ollas a los 16, hace como 50 años. A su cuñada Zenaida Santos le agradece que le haya enseñado este trabajo. “Yo no sabía de esto”, pero su cuñada le dijo que tenía que aprender. “Me enseñó. Yo le pedí a Dios Nuestro Señor que me diera un sentido para que yo sacara mi trabajo con calidad y salir adelante, y así fue”. Cocucho era un pueblito muy escondido y no había ningún trabajo: “lo único que había era vender tajamanil”.

“Ella —Zenaida— me comentó que una señora empezó a hacer ollas, pero no sabía desde cuándo. Ella decía que el barro era muy bonito”, y empezó a hacer unas vasijas. Fue a recoger un poco de tierra “que traía en burritos de San José de Gracia; no había otra forma. Ponía a orear la tierra, la remojaba, le ponía arena y la mezclaba con los pies. Ya murieron los que tenían ese recuerdo. Cocían así unas ollitas chicas, la boca ancha, era muy rústico de *al'tiro* el trabajo. Quién sabe desde cuándo empezó”.

De ahí le surgió a su cuñada la idea de fabricar ollas. Hizo las primeras. “Mi esposo la cargaba en sus burros. Íbamos a pie a vender en Paracho. Más antes, más antes. Allí comerciábamos cuatro ollas de 80 centímetros para nuestro hogar. Nos alcanzaba para ocho *día*: chile, sal, cal, unos pescaditos, un kilo de arroz, de frijol... Allá las usaban, cuando yo empecé a ver y fijarme, para el hogar. A poner nixtamal, cocían así, unas ollitas chicas, como un litro de frijol, la carne si había. Todavía lo hacemos las de la edad mía. Todavía, hacemos atole, pozole, *churito* (caldo de res) en las fiestas, en las bodas”.

Las armas de Juana

Pero Juana quedó viuda. Desde entonces, como muchas otras en su comunidad, es la jefa de su familia. Pero no fue la muerte del esposo lo que la impulsó a convertirse en afanosa defensora del trabajo de las mujeres artesanas, sino la insistencia de su padre porque aprendiera el español. Esa arma adquirida desde la infancia le permitió ayudar primero, y presidir después, la organización que su cuñada Zenaida había fundado.

“Cuando quedé viuda, mi cuñada me decía: ‘¿Ya no vas a poder?, ponte a hacer este trabajo’. Yo le dije ‘sí’”. Hace 40 años, su cuñada Zenaida Santos inició la organización de las artesanas de Cocucho. Reunió mujeres hasta juntar un grupo de 50. Su incipiente español fue una limitación para negociar hacia fuera de la comunidad, y por eso se apoyaba en Juana. Cuando Zenaida, por su edad, ya no pudo estar al frente, doña Juana ocupó su lugar.

Como todas las mujeres de Cocucho, municipio de Charapan, Michoacán, Juana Alonso no sólo huele a barro, sino que transpira tierra húmeda. Con sus reseca y maltratadas manos crea las *cocuchas*, para comercializarlas como artesanías. Cuando cala el frío, detiene por un momento su trabajo. Sus pies, con los que mezclan el barro, resienten la resequedad.

La casa de doña Juana, igual que las demás, está construida de madera, con el característico techo regional de tejamanil a cuatro aguas. Por encima de esas viviendas *p’urhépechas*, hay un humo que sobresale en forma constante y permanente. Se trata de la leña que arde y cubre a las *cocuchas* que se cuecen en los patios. Las fabrican las mujeres, sin más molde que sus manos y ese sentido del arte que aflora con sólo sumergirlas en la masa del lodo, en el barro terroso y que va dando armonía a las cinturas estrechas, a las caderas anchas y estilizadas en que luego se convierten las ollas y los jarrones.

“Dios bendiga a las que empezaron a hacer este trabajo y nos lo dejaron a nosotras. Está ayudando para que muchas familias de Cocucho tengan un poquito más de ingreso”, dice doña Juana, quien con orgullo explica: “Soy representante de 91 alfareras y 70 textileras”, pero nomás venden el Domingo de Ramos, en Uruapan, el Día de Muertos, en Pátzcuaro y el mes de mayo en la Feria de Morelia. Son las únicas tres veces que al año pueden vender sus productos. Son, sin embargo, las ferias más importantes del estado y entre las principales del país.

De los burros a las redilas

Ella no sólo se ocupa de acarrear su propia mercancía sino también para las otras mujeres que no hablan español. El idioma la ha convertido no sólo en traductora de las necesidades locales, sino en la negociadora social y líder indiscutible de Cocucho frente al mundo.

Hacia la capital del estado, un camión de redilas sale del bosque meciéndose con las *cocuchas* amarradas a cuestras, algunas hasta de dos metros de altura. Es el mismo que trajo hace meses los 20 costales de barro desde San José de Gracia, donde se compra el barro, la materia prima. Cada viaje cuesta cinco mil pesos, que deben pagar entre todas. Son más de dos penosas horas de camino hasta la Plaza de Toros, donde durante todo mayo se lleva a cabo la Feria de Morelia.

Antes a las artesanas las relegaban a los peores lugares de la feria. Se veían obligadas a malbaratar su mercancía, a alimentarse como podían y a dormir en los pasillos con sus hijos. Hoy todavía duermen entre *cocuchas* y *huanengos*, pero los organizadores ya las consideran a la hora de entregar los alimentos, ocupan los lugares más visibles y pueden negociar sus precios directamente con los clientes. Las ollas de Cocucho cuestan entre 80 y mil pesos, todo depende del tamaño y la habilidad de la vendedora.

Doña Juana, líder y traductora, insiste en español que no hay dos ollas iguales. No hay molde, explica, mientras en turnos tortean el barro frente a la clientela, que así aprecia cómo nace una obra sencilla, pero única.

“Cada quien por *vuestro* sentido hace la *calidá*, que es de cada quien, como cada mujer decide. No son puestas en molde ni en torno. Únicamente se forman ollas con las manos. Es el mismo barro, pero cada una es diferente”, explica a un par de visitantes.

Los retos de una líder

Para Guadalupe Hernández Dimas, *Nana Lú*, integrante del Centro de Apoyo al Desarrollo de la Mujer *P’urhépecha, U’árhi*, con sede en Morelia, uno de los problemas que enfrentan las mujeres que hacen las *cocuchas* es que la materia prima no existe en la comunidad. No tienen recursos económicos suficientes para comprar lo óptimo y guardarlo. Viven al día.

Otro problema, quizá más grande, es la comercialización de esta artesanía utilizada para ornato en casas y restaurantes, principalmente. “Son muy bonitas, pero hace falta una organización que ayude a las mujeres a sacar su producto y no lo malbaraten en su comunidad, vendiéndolo a los acaparadores, quienes tienen dinero y les pueden comprar. Son esos finalmente los que sacan provecho del trabajo artesanal de las mujeres de Cocucho”.

Doña Juana es una líder natural, señala *Nana Lu*, promotora social en la meseta tarasca, quien la conoce desde los años 80. “Es muy notoria su presencia en Cocucho. No hay trámite, reunión o evento en que ella no participe. Es muy valiente y ha sabido enfrentarse con todo. Como las mujeres no saben leer ni escribir, eran explotadas cada vez que les daban un crédito. La autoridad no entregaba el dinero completo, les pedían cuotas, firmas de entrega, al final sólo venían recibiendo la mitad de lo solicitado”. Las artesanas pelearon hasta que les dieron la totalidad del dinero.

Se necesitan más Juanas

Doña Juana es una mujer firme, con los pies puestos en la tierra. “Como estas mujeres quisiéramos tener varias, muchas Juanas que defiendan a otras tantas de las injusticias que se viven cotidianamente en las comunidades como Cocucho”. Desde entonces, cuando la *Unión Cocucho Poreche Uri* se inició hace 40 años, muchas cosas han cambiado para las olleras michoacanas. A sus 68 años, doña Juana sigue batallando para que más gente compre sus ollas.

Como antaño, exigió ya a la Casa de las Artesanías que les consiga más espacios en otras ferias importantes fuera del estado. Entre sus dedos curtidos se consume un cigarrillo. Entre el grueso bigote que puebla sus labios de anciana se filtra el denso humo de su tabaco. Juana mira fijamente sus *cocuchas*, recorre el pasillo central de la Plaza de Toros de Morelia y observa que no habrá visitante que pueda evitar pasar frente a ellas.

Los años no han sido en balde: “Ahora ya tenemos otro conocimiento; podemos hacer olla, maceta, lámpara... tenemos más calidad de la que hacíamos antes”, afirma serena. Y ya se le puede adivinar imaginando al destartalado camión de redilas tomar las rutas que las lleven lejos de los caminos de Michoacán. Hasta donde la vida de.



AIDA OROZCO: UN MOTOR DE LUCHA Y TENACIDAD

Sin Aida, las empleadas de intendencia de un diario de circulación nacional nunca se hubieran atrevido a pelear por un ascenso laboral, por un puesto como el de recepcionista, pues siempre se reserva a las jóvenes, a las solteras, a las que lucen cuerpos atractivos.

No fue con palabras dulces como lo lograron, sino con la audacia y la fuerza que caracterizan a Aida Orozco, una menuda mujer de ojos grandes y expresivos, de piel muy blanca y piernas bien torneadas. La misma que llegó a esta empresa de noticias esgrimiendo una brocha gorda y donde aprendió a defender sus derechos de trabajadora y de mujer.

Ella, la que sufrió acosos sexuales, un matrimonio fallido, la que hubo de sacar a dos hijas adelante, la que transformó su trapeador de intendente en un conmutador. La misma que debió aplicarse con estudios de computación y ahora, de contabilidad. Aida, la sindicalista, es ejemplo claro de que la adversidad hay que enfrentarla con arrojo y coraje.

Salir de la pobreza: un sueño

Aida Orozco nació hace 50 años cerca de Baztán del Cobre, pueblo minero en el municipio de Huetamo, en Michoacán. Fue la tercera de entre 11 hermanas y un hermano. A pesar de la pobreza en que vivieron, sus recuerdos de infancia están colmados de felices momentos al lado de sus padres, quienes les enseñaron siempre el valor de la unión familiar.

A falta de peones, había muchos pares de manos, sobre todo femeninas, para ayudar al padre en las faenas de la parcela. Aida se evoca entre hojas de maíz,

cultivando frijol, chile, calabaza y sandía. Entre el sol y la lluvia, en la libertad del campo. Pero también recuerda los 27 kilómetros que recorría durante tres horas, a lomo de burro, hasta Huetamo, la cabecera municipal, para organizar la venta del producto de la cosecha. Esas labores y la falta de recursos no le permitieron a Aida terminar sus estudios de primaria.

Las oportunidades para una familia tan numerosa eran escasas. Por ello decidieron, como muchos que emigran a las grandes ciudades, buscar fortuna en la Ciudad de México. Aida tenía ocho años, era el año de 1962 y los Orozco se avecindaron en Ciudad Nezahualcóyotl, municipio conurbado a la capital de la república.

Con la primaria a medio hacer y la urgencia de encontrar salidas a una precaria situación familiar, los padres de Aida convinieron en colocarla como trabajadora doméstica en una casa donde la patrona ofreció a cambio vivienda, alimentación y escuela. A pesar de que el acuerdo incluía que la dueña de la casa costearía la educación de la menor, esta menuda güerita, “por una razón u otra”, no conseguía mantenerse en la escuela. Los pretextos patronales siempre tenían que ver con el dinero o el tiempo, rememora Orozco.

Fueron años de sinsabores, de sentimientos de inconformidad y angustia. Su vida transcurría en casas ajenas, durmiendo en habitaciones de colonias de clase media como la Roma y la Narvarte. Y aunque el alimento y el techo para ella estaban asegurados, nunca olvidó la situación de necesidad que vivían sus padres. Allí, dice, aprendió a tener muchos sueños: una vida con menos pobreza, con mayor tranquilidad económica.

Pero la seguridad de lo básico no le trajo mucha paz. Era entonces una jovencita rubia, de cuerpo bien redondeado, y pronto aprendió que el hostigamiento sexual sería un acoso del que tendría que saber defenderse. Hubo de esgrimir una y mil estrategias para que los hombres no entraran a su cuarto. Aun así, una noche, cuando ella tenía 11 años, debió defenderse rompiendo una botella en el cuerpo del patrón. Salió de la casa antes de que la corrieran. La culparon de provocarlo.

Sus padres, que siempre estuvieron al pendiente de ella, aunque no vivieran juntos, la reconfortaron. Al primer trabajo siguieron otros, siempre como empleada doméstica, hasta los 17 años, cuando se convirtió en mesera.

Efímera vida de casada

Fue en los barrios bravos de La Merced, donde servía mesas, el lugar donde también conoció al hombre con que se casó de manera intempestiva. No cumplía aún los 18 y la vida de casada no le brindó todo lo que ella deseaba. Poco le duró el gusto a esta impetuosa y rebelde Aida. Esta mujer de piel blanca, ojitos claros, bonita, de movimientos fuertes y andar seguro, hoy se lamenta por ese matrimonio tan a la ligera, por los malos ratos y los peores tratos.

“Lo dejé”, sentencia sin decir más. Lo abandonó a pesar de que ya tenían dos hijas. Tomó a las pequeñas Marta y Aida, y se fue con ellas a vivir al centro de la capital. La vida no fue fácil, pero era mejor estar solas. Ahora había que sufragar todos los gastos, pagar la renta, enviar a las hijas a la escuela, comprar útiles y uniformes... Pronto Ciudad Nezahualcóyotl se convirtió en una mejor opción para vivir, dado que el magro salario no alcanzaba para seguir pagando la renta.

Así, Aida trabajó en el servicio doméstico de casas particulares; fue mesera, pintora, aprendió y ejerció como barnicista, planchadora, taquera, obrera en una fábrica de chocolates. Sin desalentarse y con mucha pujanza, vendió Avon, Tupper, Füller, hasta que llegó a la incipiente empresa periodística forjada con el idealismo de muchos y donde ella encontró el lugar propicio para hacer realidad sus sueños.

Abriendo brecha

En 1984 un grupo de mujeres llegó a remodelar el edificio de Balderas 68, primera sede del diario. Afanosas, resanaron los muros, echaron yeso, pintaron techos y paredes, pulieron la madera. Un cambio aquí y otro allá. Al término del contrato, todas se fueron con el arquitecto a otra obra, pero Aida se quedó.

Durante su estadía, esta güera michoacana había interceptado en diversas ocasiones al fundador y director de la empresa editorial, un hombre que infundía respeto, pero de mirada tierna y trato amable. Por eso se atrevió: “Deme chamba. No tiene gente”, le reiteró tantas veces como fue necesario hasta que le arrancó el sí al director fundador.

“Si se quiere, se puede”, decía Aida cuando cambió la brocha gorda por el trapecador. Pero en su interior sentía el impulso de avanzar, de no quedarse peren-

nemente limpiando baños y pisos. Cuando pasaba el trapo sobre la inmensa consola del conmutador aprovechaba para preguntarles a las telefonistas sobre los intrínquilos del aparato. Se decidió a aprenderlo y con ese arranque de confianza que siempre se ha tenido, en algún momento se ofreció a hacerse cargo de él cuando alguna de ellas necesitaba ausentarse momentáneamente.

Pasaron tres años y decidió solicitar el puesto de telefonista. Receloso, el jefe de Recursos Humanos le aplicó un examen arduo. Implicaba hasta conocimientos de ingeniería. “No estaba pidiendo trabajo como técnico”, comenta Aida, pero tenía que demostrar qué tanto sabía, por eso acepté y lo hice.

Lograr que una afanadora forme parte del escalafón de puestos tomó largos años de trabajo sindical, pero lo consiguió no sólo para ella, sino para las que venían detrás. Fue una labor ruidosa y constante en un sindicato que se enorgullecía, en su tiempo, por estar a la vanguardia.

Así, cuenta Juana Rodríguez, también recepcionista-telefonista y compañera de luchas, lograron puntuales e importantes conquistas para sus colegas a lo largo de los años: tres turnos para las operadoras y un auxiliar, descansos más largos, exámenes auditivos periódicos, y además, uniformes.

Y lo más revolucionario: que por escalafón, el personal de intendencia pudiera capacitarse para ser recepcionista, un salto impensable en la mayor parte de las empresas.

La necesidad de ser más

El siguiente salto no fue tan fácil. Lo vivió con temor: la transición tecnológica en el trabajo. Cuando empezaron a llegar las computadoras al diario, y sin que nadie lo supiera, Aida tomó clases en una escuela de computación junto al Metro Juárez, a cuadra y media de las oficinas del diario. Fueron ocho meses. Corría el año de 1991 y no quería que la tomaran desprevenida.

Cuando le llegó el momento, estaba lista. Sabía usar las nuevas tecnologías y el conocimiento adquirido le abriría muchas otras oportunidades de crecimiento. Desde entonces no ha dejado de luchar ni de superarse. Allí ha sido pintora, intendente, recepcionista, telefonista, y actualmente es asistente en el departamento de Publicidad.

Nada de lo que ha hecho Aida ha sido solamente para ella, reconoce Roxana Gamboa, su amiga y compañera desde hace 17 años. Su trabajo, aunque en

ocasiones poco reconocido por sus superiores, es claro ejemplo de valor y tenacidad para el resto de sus compañeras de trabajo, de lucha sindical, de quehacer colectivo. A Aida no le hace mella: “El reconocimiento te lo das tú misma”.

Ahora se apresta a otra transición: le ha dado por estudiar contabilidad. Antes de jubilarse, podría cambiar nuevamente de oficio. Tiene más tiempo ahora que sus hijas son mayores y hace una vida contenta bajo el mismo techo con Federico, su pareja solidaria desde hace 13 años.

No será fácil tampoco. La empresa ha cambiado, el sindicalismo mexicano se ha desmembrado. Como recuerda Juanita: los hombres y mujeres sindicalistas de hoy, quienes lograron tantas cosas, especialmente desde el llamado sindicalismo independiente, “hoy vivimos del recuerdo”.

Ser trabajador o trabajadora actualmente implica negociar siempre bajo la premisa de que hay diez esperando esa fuente de trabajo. Y entre esas diez personas, habrá varias más capacitadas, o más jóvenes, o dispuestas a trabajar por menos dinero.

Nada al azar

Hoy, desde hace ocho años, luego de conseguir un crédito inmobiliario, es finalmente dueña de su propia casa en el Distrito Federal. Fue un logro que requirió el sacrificio de ella y de sus hijas.

Nada dejó al azar. Desde el hecho de ser madre y padre a la vez, para sacar adelante a Martha y Aida, hasta impulsarlas a que tuvieran una mejor educación, consciente siempre de que el estudio era antes que nada, pues el conocimiento y la preparación académica les permitiría enfrentar la vida de manera diferente, no como ella lo había tenido que hacer. A pesar de que la menor de ellas es ahora independiente, Aida Orozco no deja de estar cercana, apoyándola continuamente.

En su historia, Aida Orozco sólo lamenta dos cosas: haber perdido la matriz sin su consentimiento hace 14 años —los médicos se conformaron con obtener solamente la autorización de su entonces esposo—, y “no saber callarme la boca. Pero, hasta eso he aprendido”.



GINA ENRÍQUEZ: UNA ÓPERA ABIERTA

En el podio, de espaldas al público, una mujer de impactante figura, vestida de riguroso negro, chalina lila y prendedor de plata con una clave de Sol en la solapa, levanta los brazos y detiene en lo alto la batuta antes de cortar el aire y que el espacio se inunde con las notas de la sinfonía *Tango* de Gina Enríquez. La sala Blas Galindo del Centro Nacional de las Artes reposa en un silencio expectante, el mismo que embarga a ese público amante de la música y que esta noche se ha dado cita para ver a esta mujer dirigir una orquesta compuesta enteramente de mujeres.

Es la noche del 23 de septiembre de 2003, y lo que el auditorio escucha es la Orquesta Sinfónica de Mujeres Nuevo Milenio, con 77 integrantes. Es Gina Enríquez quien dirige, por vez primera, la orquesta a la que ha dedicado sus esfuerzos de los últimos años, así como la larga experiencia que debió acumular para llegar a donde está.

Sus manos la delatan siempre: cuando habla, la derecha se apresura a marcar el *tempo*, y la izquierda, la intensidad. No solamente es una directora de orquesta y autora de piezas clásicas, sino la fundadora de la primera sinfónica femenina de México, y la segunda de América Latina.

El camino para llegar no fue fácil, como no lo ha sido para ninguna de las pioneras que asaltan los espacios considerados masculinos desde siempre, una convicción tan arraigada en la cultura que ni siquiera se la cuestiona. La interpretación surge suave, un poco tensa quizá, por la presión que significa inaugurar un proyecto inédito en México y que aún ahora atrae más curiosidad que convicción, a pesar de que también desde la música, las mujeres tienen algo que expresar.

Aria da Capo

La directora titular de la Orquesta Sinfónica de Mujeres del Nuevo Milenio realiza una múltiple tarea. No sólo selecciona a las 77 instrumentalistas mexicanas y los repertorios, sino que diseña las temporadas, dirige los ensayos, mantiene la disciplina orquestal e incluso busca recursos para su sostenimiento, porque no hay un presupuesto asignado para su subsistencia.

Pese a que desde el principio el proyecto fue visto con simpatía, ninguna institución oficial ha querido comprometer sus magros recursos en asumir el riesgo de mantener un nuevo proyecto, sobre todo cuando la crítica especializada se pregunta: ¿quién necesita una orquesta de mujeres?

El camino no siempre ha sido terso. Debe sobrellevar siempre, en cada lugar, su condición de directora en un medio que se resiste a que una mujer asuma la máxima responsabilidad.

Además de Gina Enríquez, batallan en este campo, que se considera eminentemente masculino, Teresa Cortina, ex directora de la Sinfónica de la Universidad Autónoma de Tamaulipas (UAT), hoy al frente de una orquesta de cámara; María Antonia Rosales, alumna de Enríquez y directora adjunta en la UAT, y Silvia Alcántara en Quintana Roo, entre las más activas. “Muy pocas”.

Se cree que “éste es un trabajo de hombres, y antes era así en otras profesiones como la medicina, las leyes, la ingeniería. Pero ya hemos empezado a entrar en esos terrenos. Sin embargo, la dirección de orquesta está en franco retraso en cuanto a la penetración de la mujer y no nada más aquí, sino en todo el mundo”, señala una Gina convencida. Sabe que su vocación debe enfrentar el rechazo velado de los varones: “Los hombres se plantan, se posesionan y no quieren ni que se les aparezca una mujer”, sonríe. Y siempre tienen una justificación: “Somos débiles, y si físicamente no podemos, mentalmente menos”.

Para la maestra Enríquez los directores hombres son más técnicos; en cambio, las directoras “nos vamos más al sentimiento de la música”. Pero ésa no es la única diferencia, pues —como ella misma asegura— el trato con los músicos es más cálido por parte de una directora.

Divertida, todavía recuerda la ocasión en que Pastor Solís, concertino de la Orquesta Sinfónica Carlos Chávez, respondió con su sonoro “¡Sí, señor!”, a sus indicaciones. Los asistentes al ensayo soltaron una carcajada ante la respuesta

involuntaria de su colega y amigo de Gina desde hace 15 años. Gina lo tomó con humor, “para mí fue un gran halago; antes me hubiera ofendido, pero me pareció un gran halago porque quiere decir que no notaba la diferencia”. Es fácil entender al concertino, porque con menos de diez directoras mexicanas en activo, un “Sí, señora” suena extraño.

Intermezzo

Su estudio está en la casa familiar de las Lomas de Chapultepec, en donde guarda sus primeros recuerdos: ella interrumpía sus juegos de niña para detenerse a ver a su padre “dirigiendo” la *Quinta Sinfonía* de Ludwig van Beethoven frente a la tornamesa que hacía girar un grueso disco de pasta. Imaginaba por un momento que él no era un empresario sino aquello en lo que su hija se convertiría.

Como parte de esa herencia musical, un año antes de morir, su padre le regaló un piano Petroff, como si hubiese adivinado esa vocación temprana de Gina. Tan pronto acomodó los dedos en las teclas, la pequeña empezó a componer tonadas infantiles que dejaba en el olvido del juego, pero que se quedaron en el gusto por inventar. Tenía seis años y era el año de 1960. Empezó de inmediato clases particulares para intentar sacarle al piano los sonidos que ya entonces imaginaba. Pero un maestro rígido, ignorante de la pedagogía actual, si bien la enseñó a tocar, coartó su impulso creativo. Fueron muchos años los que debió aplicarse después para volver a intentarlo.

A lo largo de su educación básica, la música quedó en segundo término. Las interminables tareas y el pesado compromiso institucional de excelencia académica bilingüe la obligaba a pasar tardes enteras frente a números y letras que ella hubiera cambiado por corcheas y bemoles. Vivió como cualquier otra niña de su edad y condición.

Pero más adelante, las cosas fueron diferentes. La música la absorbió poco a poco hasta convertirse en el eje de su vida. A los 11 tomó clases privadas de guitarra, y aunque “no leía música, me enseñaban las pisadas y con mi disco de los Beatles sacaba acordes y cantaba”. Después vinieron las lecciones de solfeo.

Cuando a los 14 años le anunció a su madre que iba a dedicarse a la música, “se puso histérica” porque, decía, eso no daba para comer. Pero con el paso de los años, en ella ha encontrado apoyo constante, al punto de ser hoy una de las socias

fundadoras de Mujeres Pro Música, la asociación civil que impulsa a la sinfónica Nuevo Milenio.

En realidad, Gina dirige desde que estudió la secundaria, cuando junto con la hoy pianista Teresa Frenk y otras compañeras orquestaron un festival con música del compositor neoyorkino George Gershwin, *Orfeo Negro* (de Luis Bonfá y Tom Jobim) y *Amor sin Barreras* de Leonard Bernstein, para las celebraciones escolares.

Todo la encaminaba a la Escuela Nacional de Música, adonde “llegué con un oidazo”, confiesa sin modestia. Cursó allí la carrera de composición con Federico Ibarra y Juan Antonio Rosado, entre otros maestros. Fueron años de trabajo arduo, de cuestionarse no respecto a su vocación, sino sobre las rutas que habría de seguir su carrera. Luego partió a Boston, Massachusetts, donde se graduó como licenciada en composición musical por el Berkley College of Music en 1983.

Fuga

“Conocí a Sarah Caldwell”, recuerda, una pionera, fundadora en 1957 de la Ópera de Boston, y la primera mujer en dirigir en el *Metropolitan Opera House* en Nueva York. Gina asistió a sus ensayos, al igual que a los de John Williams de la Orquesta Sinfónica de Boston. “Cuando vi a Sarah, era una mujer enorme, gorda, gorda”, y lo que se preguntaba es cómo podía estar parada allí, todo el día, con ese gran peso sobre sus pies. George Monseur, maestro de Gina, la animaba: “Tú puedes con esto, éntrale”.

Pero el trajín apenas comenzaba. Su inquietud la llevó primero a Boston, Estados Unidos, luego a París, Francia, para estudiar dirección de orquesta con León Barzin. Después a Londres, Inglaterra, para hacer un postgrado en composición y dirección de orquesta en el Guildhall School of Music and Drama.

En esa metrópoli cultural formó la Orquesta de Cámara Anglomexicana, con el apoyo de la British Mexican Society, para promover la música de ambas naciones (ella misma estrenó allí mismo su composición *Octeto Enigmático*, en 1987). En Londres asistió a la inauguración de la Orquesta Sinfónica de Mujeres de Comunidades Europeas, en 1990, con la cubana Odaline de la Martínez.

Sinfonía

Regresó a México en 1988 e inició sus primeros pasos como directora en la Orquesta Juvenil de la Delegación Miguel Hidalgo y la Sinfónica José Pablo

Moncayo, agrupaciones del Programa Nacional de Orquestas y Coros Juveniles de México.

Su currículum completo es extensísimo. Como a cualquier mujer de éxito, a Gina le ha costado demostrar su capacidad haciendo todo y más. Ha cumplido completo todo el periplo de un director: fue directora huésped en las orquestas sinfónicas de la Universidad de Veracruz, de la Juvenil de Nebraska, del Politécnico y de Hidalgo, así como en la Filarmónica de Acapulco. También fue arreglista de la Orquesta Sinfónica de la Universidad Autónoma de Hidalgo, con la que estrenó su pieza sinfónica *Tango* y su *Concertino* para Violoncello y Orquesta. Y, desde luego, ha sido invitada a llevar la batuta en la Orquesta Sinfónica Carlos Chávez.

En este mundo de la música, tan altamente competitivo, la actitud del director o directora incide directamente en el interés que la orquesta le pone a la obra. Se puede —o no— perder el interés, advierte Paulina María Kohn Huerta, primer violín en la Orquesta Sinfónica de Mujeres Nuevo Milenio.

De cualquier forma, pensar en las diferencias de género en el terreno de la música de concierto es casi una discusión bizantina, puesto que en este ambiente caníbal ellas están marginadas como directoras, compositoras o solistas.

Allegro con brio

Contra esta situación se rebeló la maestra Enríquez en el verano del 2002. Para entonces había recorrido ya todas las opciones posibles. Era una compositora cuyo repertorio nadie incluía y una directora sin orquesta: “Llegué a un tope. Me harté. Toqué fondo”, dice esta mujer que, como Sarah Caldwell, impone su gran figura en el escenario. Una directora a quien conocidos y extraños consideran seria y profesional, atributos que no pierde cuando se retira del podio, pero que se convierten en una risa constante cuando está en los ensayos o en su estudio.

Fue a Bellas Artes porque “andaba la gira de la Orquesta Sinfónica Juvenil de las Américas. Había 15 jóvenes mexicanos”. Vio el programa general de toda la temporada. “Allí lo tengo, lo guardé como reliquia. Tenía cuatro directores: un estadounidense, un mexicano, Carlos Miguel Prieto, un venezolano, con no más de 24 años y un canadiense. Cuatro hombres. ¿Por qué no una mujer? ¡Una! Leo el programa y todos eran solistas hombres. Finalmente, veo la música y ni una sola compositora, pese a que la presidenta de la orquesta ¡sí era mujer!”.

Entonces tomó la decisión de su vida: “Voy a formar una orquesta de mujeres”. El proyecto lo había discutido antes, en tono de broma, con las percussionistas de la Carlos Chávez. Pero, como admite ahora, “no pensé que lo implementaría yo”.

Sabía que se embarcaba en una aventura en la cual sólo unas cuantas mujeres habían tenido éxito. Hay una sinfónica femenina en Brasil, otras en San Francisco, Cleveland y dos en Ohio, Estados Unidos, una más en Corea, además de una orquesta de cámara en La Habana, Cuba. El año pasado despegó la mexicana y, al iniciar el 2004, la de Madrid, España, con Isabel López Calzada en la dirección.

Adagio

Hacer una orquesta de hombres y mujeres hubiera sido más fácil. Habría contado con mayor credibilidad, enfrentado menos problemas y anticipado la aceptación. Pero no, ésa no era la idea. Pese a todas las dificultades que avizoraba, persistió en su intento. Algunos alumnos, al conocer de su proyecto, le preguntaban: “Maestra, ¿me puedo poner peluca y vestido y me deja entrar a su orquesta?”. Rotundo el *no*. Había suficientes mujeres en importantes posiciones en todas las orquestas.

El reto fue a fondo: “Diseñé un programa femenino, cuidando de no calificarlo como feminista”, advierte, a pesar de su asumido feminismo. En un ámbito conservador “no quería empezar con un grito de guerra sino destacar un proyecto de desarrollo”. Además, lo sabe bien, “a una mujer la castigan el doble”. Tiene absoluta claridad respecto de que no sólo en el ambiente de la música considerada culta, sino en general, es una sociedad que admite sólo con serias dificultades que las mujeres vayan ocupando cada vez más espacios.

Por ello fue la primera en sorprenderse de que, desde antes de nacer, el proyecto contó con el aplauso mayoritario de quienes lo conocieron. “Qué mejor que las autoridades fueron las que dijeron: ‘Qué maravilla’. Cuando fui con Sergio Ramírez Cárdenas, del Sistema Nacional de Fomento Musical, le presenté el proyecto y dijo que era maravilloso. ¡Qué maravilla que un hombre diga ‘¡Qué maravilla!’”. Y recibieron apoyo del Centro Nacional de las Artes (Cenart), del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), de la Escuela Supe-

rior de Música, así como de las comisiones de Cultura y Equidad de Género en la Cámara de Diputados.

Claudia Sofía Mier Hughes, violista de Nuevo Milenio, recuerda que todo pasó muy rápido. Las audiciones se iniciaron en mayo, y para junio ya conocían la distribución y el lugar que ocuparían cada una, y en julio empezaron los ensayos generales y por secciones. La fecha estaba escrita: 23 de septiembre de 2003.

Allegro ma non troppo

La parte más ardua del trabajo se hace en un pequeño estudio en la calle Monte Parnaso, su hogar desde niña, que hoy comparte con su madre. En ese estudio, donde cuelga una imagen del Sagrado Corazón (“mi Jefe”), pasa horas y horas con un piano Alesis DG8, digital, en su flanco izquierdo, y una computadora Macintosh frente a ella, ambos conectados por un *midi*. Allí puede escribir, mediante el programa *Finale*, acordes que la computadora registra en una pantalla pautada: “No necesitas reunir a la orquesta para saber cómo suena”.

Cuando dirige, Gina viste de negro. Usa vestidos bien cortados de telas vaporosas. En su estudio suele llevar pantalones y blusas sobrias, combinadas con algún detalle colorido. Cuida todos los aspectos de su apariencia y no puede evitar denotar su origen aristocrático.

Junto al estudio, a media luz, está una biblioteca con más de mil volúmenes sobre temas musicales y sólo tres fotografías. En una Gina posa con una amiga; en otra, ella con sus cachorros Golden Retriever; y en una más, con su madre. La escena evidencia el lugar que la música ocupa en su vida. Es el costo personal que ha debido pagar.

Es metódica y organizada. Desde su estudio planea el programa e intenta establecer el difícil balance entre música culta y popular, pues desea llegar a un público amplio. Allí se lamenta que “las obras de nuestras compositoras son muy hermosas, pero no muy accesibles: necesitas tener desarrollado un gusto por la música de concierto”. Y también desde allí busca financiamiento para pagar los 700 mil pesos que cuesta organizar cada presentación.

El mayor reto, aseguran las instrumentalistas, era llegar a ese 23 de septiembre de 2003, día marcado para el primer concierto de la Orquesta Sinfónica de Mujeres Nuevo Milenio.

Coda

La subsistencia de la orquesta es la mayor preocupación de la maestra Enríquez, porque espera la aprobación de un patrocinio de Conaculta para una temporada en el verano de 2005, así como una serie de conciertos en marzo y octubre para el Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres), que ya incluyó a la orquesta en su programa cuando celebró los 50 años del voto femenino, en octubre del 2003.

Su búsqueda es que la Orquesta sea un trabajo permanente para todas, algo que no sabe aún si logrará. Claudia Mier sostiene que es común que los esfuerzos con una perspectiva social —en este caso los derechos humanos de las mujeres— se desvanezcan, pierdan continuidad. Es el gran riesgo.

Gina Enríquez, dice la soprano Martha Mejía, asociada honoraria de la orquesta, tiene un doble mérito: ser la directora y venir de la sociedad civil, donde cada día “vivimos con una gran esperanza, pero con una gran incertidumbre”. Pero ella es “un ser muy fuerte, que hace un trabajo a contracorriente”.

Gina es una mujer que tensa la cuerda. Se abrió espacio en uno de los últimos resquicios masculinos y, al mismo tiempo, desde el ámbito de una sociedad donde ser mujer todavía puede significar el fin de la ilusión.

Y todo lo anterior se notó cuando subió al podio ese martes 23 de septiembre del 2003 a dirigir, en la sala Blas Galindo, el *Peer Gynt Opus 46* de Edvard Grieg, la *Fantasia Brillante de Rigoletto* de Paul Agrícola Genin, la *Suite Sinfónica de Porgy y Bess* de George Gershwin, *La Novicia Rebelde* de Rodgers y Hammerstein, el *Huapango* de José Pablo Moncayo, y su propia pieza sinfónica titulada *Tango*. Frente a ella estaban, en riguroso negro, chalina lila y un prendedor de plata con una clave de Sol, las 76 integrantes de la Orquesta Sinfónica de Mujeres Nuevo Milenio en su primera presentación.

DOMINGA HERNÁNDEZ: ES INDÍGENA, ES JOVEN, ES BANQUERA

Apenas ha cumplido los 25 años y Dominga ya ha demostrado ser una cuña de temple para la horma de su pueblo. Quien la viera, menudita, como es, con su cabellera larga, negra y hasta la cintura, con piel de bronce, como su raza indígena. Pocos creerían que se trata de una mujer náhuatl que ha transgredido costumbres, y que en una tierra de caciques y fraudes, ha logrado recuperar la esperanza de sus habitantes y volver a sembrar la confianza antaño perdida.

Aprendió el español a edad muy temprana y se negó al matrimonio por tradición. El conocimiento del valor de ser mujer y la autoestima le transformaron su visión de vida, y la larga historia de desfalcos y abusos que por décadas destruyó la buena fe de su gente, la encauzó a caminar el sendero de las finanzas y el internet.

Dominga Hernández, a sus 25 años, es la banquera más joven de México. Es también, como los líderes formados en años de lucha social y defensa de los derechos campesinos, una líder respetada y reconocida por la firmeza de sus decisiones y su compromiso social.

En esa región de caminos y sierras escarpadas, plagada de contrastes sociales, hábitat de huastecos, pames, totonacos, tepehuas, otomíes y nahuas, Dominga es una mujer libre y privilegiada. Cuando no está de viaje por las comunidades y pueblos de la Huasteca hidalguense, a Dominga Hernández se la encuentra en las oficinas de *Zihualtme Kimpajtía Tequitice, S.C.*, (Mujeres a las que les Gusta Trabajar, en náhuatl), que se ubican en la plaza principal de Huejutla, frente al Palacio Municipal.

Es morena, bajita, de ojos color azabache y sonrisa fácil. Peina su cabello en una lacia cola de caballo, y como único adorno suele ensartarse un bolígrafo,



MICROBANCO



el mismo que utiliza cuando atiende trámites, recibe depósitos, toma apuntes y hace cuentas. Al final de la jornada, mientras ella descansa, la pluma vuelve a su sitio, entre su mata, bajo la nuca.

Libre como un pájaro

Dueña hoy de su decir y su pensar, Dominga nació en Ahuehuetitla, municipio de San Felipe Orizatlán, a unos kilómetros de Huejutla, Hidalgo. A los 12 años culminó su primaria con la herramienta más importante: el español. En una zona donde se comprende, pero no se habla ni se escribe, a esta niña indígena le transformó su futuro, el que se vislumbraba idéntico al de las mujeres de su pueblo: moler maíz, lavar en el río, acarrear agua, echar tortillas y casarse en un matrimonio previamente arreglado. Apenas rebasan los 15 años y las jóvenes ya tienen marido, hijos y se dedican a comerciar pan, yerbas o artesanías.

Cuando alcanzó la edad necesaria, sus padres convinieron el enlace, pero una enfermedad del desconocido novio retrasó celebrar la formalidad del matrimonio, el cual con bombo y platillo se organizó dos años después del primer acuerdo. Fue tiempo más que suficiente para que Dominga se vinculara con otros mundos. Mientras esperaba el cumplimiento de la tradición, la adolescente tomó talleres de capacitación y autoestima organizados en su comunidad por el Sistema de Desarrollo Integral para la Familia (DIF). Dados sus conocimientos del español, pronto se hizo fiel compañera y ayuda para que las promotoras indígenas pudieran realizar trámites en Huejutla. Esa asistencia, como joven intérprete, le facilitó salir con frecuencia de su comunidad y tener contacto con otra gente, con otros intereses, con otras perspectivas de vida.

Aunque, como dice Yanira Morales, quien la conoce desde entonces, la transformación de Dominga “no se dio de la noche a la mañana”, ya que en esta región a aquellas indígenas que hablan el español, no les es fácil hacerlo en público. “Al principio, le costaba trabajo. Hablaba sólo náhuatl. Ahora ya es bilingüe. Primero no se atrevía mucho a hablar. Le daba temor. Siempre que uno comienza, le da pena”.

Allí, en los cursos del DIF, aprendió también a “que nadie me impusiera lo que tenía que hacer”, arma que supo utilizar con la inteligencia que la caracteriza para deshacerse de un matrimonio con el que no coincidía. Sucedió que llegado el momento del casorio, cuando el párroco local le pidió su anuencia,

Dominga se sumió en un profundo silencio. Sus ojos azabaches sólo respondieron con negativas, y el cura, molesto por la irreverencia, desistió de casarlos. La familia desairada amenazó con demandar por los gastos realizados. Dominga, acostumbrada a realizar trámites diversos, pidió notas y facturas. “Como no tenían ningún comprobante de lo que habían gastado —que cerveza y cerdos para la fiesta— pues se quedaron con las ganas; y yo, libre como un pájaro”.

El interés por las mujeres

Quien hoy es apoderada legal del microbanco, Yanira, rememora que Dominga “comenzó como promotora, desde abajo, y se fue destacando por la participación que tiene en la comunidad. La gente la nombró en asamblea para los cargos que ha ocupado. No fue porque ella dijera ‘yo quiero’ o ‘yo me voy sola’. Lo que pasa es que las mujeres buscan a una persona que sepa leer, por lo menos, aunque no tenga más estudios. Y que no le dé mucho miedo hablar”. Férrea en sus decisiones, segura de sí misma, esta joven indígena se ganó a pulso la confianza de su gente para poder representarla ante la organización, la presidencia municipal o cualquier otra instancia.

En junio de 1992, frente a la posibilidad de que con el año fiscal se terminaran algunos programas gubernamentales que las venían apoyando en sus actividades, Dominga, a su corta edad, participó en la conformación de un comité regional de mujeres. “Había que hacer algo para seguir trabajando”, para dar continuidad a las gestiones en beneficio de los comités femeniles comunitarios, recuerda la microbanquera.

En una región donde buena parte de los ingresos familiares se sustentan en el comercio que realizan las mujeres con la venta del pan, la artesanía o la herbolaria (todo lo cual manejan muy bien), la necesidad de contar con créditos accesibles y financiamientos baratos es fundamental para su quehacer cotidiano. Huejutla, y las comunidades en su derredor, tienen por ello una larga tradición de ahorro, el que a falta de instituciones bancarias se traduce en ofertas más locales, en compromisos más sustentados en la confianza que en la legalidad de un papel.

Después de muchos trámites y entrevistas con las autoridades, se consiguió que los programas superaran el escollo administrativo y las mujeres de su comunidad volvieron a respirar, sabedoras de que podrían seguir realizando su comercio sin sobresaltos. El triunfo la llenó de entusiasmo.

En adelante, participó en cada comité, en cada taller, trabajó como promotora de cada proyecto. Sin dejar los diversos cargos que ejerció en el Comité del DIF o en la Casa de la Salud y hasta en el Comité Femenil Escolar, Dominga siguió preparándose. Y aprendió. Aprendió, con sólo primaria concluida, materias difíciles para una mujer indígena —con el náhuatl como lengua materna y un incipiente español— como la informática básica, los alcances de la Ley Orgánica Municipal. Además se interesó en políticas indigenistas, aprendió a elaborar y hacer diagnósticos de proyectos comunitarios y de inversión, de liderazgo gerencial y sobre fortalecimiento de sistemas normativos comunitarios, entre otras temáticas.

De la caja de ahorro al microbanco

El fino tejido de sus andanzas personales y desarrollo profesional está resumido en un grueso fólder de cartulina verde. Allí la acompañan, como su mejor carta de presentación, decenas de constancias, reconocimientos y comprobantes de participación en seminarios y congresos. Su perenne interés y compromiso por mirar en favor de sus congéneres la llevó incluso a participar en el *Encuentro de Mujeres Indígenas Hacia Pekín + 5* (esfuerzo internacional para dar seguimiento a los acuerdos oficiales en materia de género y políticas públicas para promover la defensa de los derechos de las mujeres).

Ocupar el cargo de presidenta del microbanco *Zihualtme* es sólo un eslabón más en una trayectoria de ocho años sin interrupciones, participando dentro y fuera de su comunidad. Pero no fue gratuito. La única alternativa de crédito para el comercio de los productos de las mujeres a través de las cajas de ahorro tenía un largo historial de abusos de confianza y fraudes. Líderes vivales encontraron, en la buena fe de los indígenas, el ambiente propicio para hacerlos su presa fácil.

Dominga sabía de estas arbitrariedades, las descalificaba. Por eso, quizá, se involucró en un sistema de cooperación y financiamiento más amplio que le dio confianza: la sociedad *Mazehualtzitzi Inicentiliz* (Indígenas Reunidos), que se encarga de gestionar proyectos y promover los derechos indígenas. De esta sociedad. Dominga fue presidenta en 2003, a los 24 años.

Zihualtme Kimpajtía Tequitice, S.C., es uno de los 20 microbancos que existen en México, y es parte del sistema *Mazehualtzitzi Inicentiliz*. Los Fondos de Cooperación y Financiamiento de *Zihualtme* son una de las dos ramas en que se divide el proyecto que impulsa la Fundación Ford en la región. La otra es el

Fondo Regional de Cooperación y Financiamiento para la Mujer Indígena de la Huasteca Hidalguense. Ambos con un sólo objetivo: “Recuperar nuestra fuerza como campesinas e indígenas, nuestra forma de organizarnos y de ahorrar y dar crédito, de producir y trabajar”, explica Dominga.

El reto de hacer escuela

Ser soltera ha sido una ventaja para Dominga frente a otras que ven limitados sus deseos de crecimiento y participación por la voluntad de sus maridos. “No es común que en la Huasteca haya mujeres como ella. Ella no sólo sale a Huejutla, sino a los diferentes eventos en otras partes representando a la organización... Es además mujer, joven, indígena y cuenta con el apoyo de sus papás, lo que es muy importante. Yo creo que ahora ellos sí que están orgullosos de su hija”, confía Yanira.

Aun así, su responsabilidad es única. El microbanco que hasta el 2006 dirigirá Dominga —cuando entonces tal vez le otorgue el “sí” ansiado a su prometido Bonifacio Hernández Hernández—, permitirá a las 592 socias de 34 comunidades de la Huasteca hidalguense contar con créditos de apoyo a las actividades productivas tradicionales, como bordado, panadería y crianza de cerdos. La mirada de esta menuda mujer, de manos ásperas por tallar la ropa en las piedras del río, está siempre inquieta, como buscando que todas tomen su justo lugar... De ello depende el éxito de la misión.

María Francisca Hernández, de 57 años, explica que fue “en casa de doña Juana donde la vi. Estaba con otros señores. Nos explicó que era para ahorrar y prestarnos dinero si entrábamos como socias. Ya compré mis puercos, me alcanzó para alimento y medicinas, son para engordar y vender. Es para ayudarme un poquito. Ella fue muy sencilla, clara, paciente. Me gustó. Le entendí. Y, pues, aquí estamos todas. Me dio confianza”.

Sin menospreciar la vida cotidiana de su comunidad, además de navegar por el mundo del internet en la PC de las oficinas del microbanco, que dirige desde el 4 de abril del 2004, para dar seguimiento a las operaciones financieras de *Zihualtme*, o leer las páginas virtuales de los diarios nacionales, Dominga no ha dejado de moler el nixtamal, “echar tortilla” o lavar en el río.

Tampoco ha dejado de andar veredas y caminos, siempre en busca de sus ahorradoras, las socias de *Zihualtme*, recogiendo día a día los pocos pesos que

pueden ahorrar y que Dominga, seria, solícita y firme, apunta en las tarjetas de control con ese bolígrafo que guarda bajo la nuca. Ellas saben bien cuándo llega la banquera, bajan de sus casas, caminan hasta la plaza de la comunidad para entregar el efectivo que en un futuro cercano les reditúe una mejora en su condición familiar.

“El ahorro de un peso, es un peso contra el hambre”, reza el lema del microbanco que dirige Dominga. Como ella misma sintetiza: “El ahorro de un peso diario muestra nuestra dignidad, porque no somos limosneras. Nosotras no nos emborrachamos ni se nos duerme el gallo”. Quienes la conocen saben que “no mentir, no robar, no faltar” simboliza las reglas básicas del trabajo de *Zihualtme Kimpajtia Tequitice*.



MARCELINA BAUTISTA: DEL QUEHACER A LA CONCIENCIA

Ninguna de las heroínas pobres de nuestras telenovelas pudo soñar lo que la mixteca Marcelina Bautista Bautista: dignificar a las empleadas del hogar en México y América Latina, labor que le tomó un cuarto de siglo. Como ellas, Marcelina llegó a la Ciudad de México con 14 años de edad, y sabiendo apenas unas cuantas palabras de castellano. Llegó a limpiar casas ricas, a sufrir las mismas situaciones que los personajes sublimados de la televisión, sólo que ella decidió hacer algo distinto para acabar con maltratos y humillación.

En el presente, el corazón de la lucha de Marcelina está en el Centro de Apoyo y Capacitación para Empleadas del Hogar (CACEH), ubicado en un quinto piso de la avenida Universidad, primera escala en la nueva vida de muchas trabajadoras que llegan hasta allí a participar en talleres sobre derecho laboral, salud reproductiva o autoestima.

Todo empieza los domingos, día tradicional de descanso para las empleadas domésticas, cuando una docena de ellas arriba al Taller de Introducción al Derecho del Trabajo. En un par de horas, Marcelina Bautista —de huesos pequeños y tacones altos, cuyos rizos enmarcan una expresión serena que se abre paso entre rasgos indígenas apenas insinuados— les informa sobre las “últimas novedades”: la Constitución Mexicana y la Ley Federal del Trabajo, que protegen su actividad, jornada laboral y salario digno, les dice que su trabajo es valioso, y el maltrato, injustificable.

Las indignas condiciones que refieren las asistentes son las mismas de Marce, como la conocen todas. Vivió los primeros años —de un total de 21— que laboró “de planta” o “de entrada por salida” en el cuidado de infantes, limpieza de casas u oficinas, desde que llegó a la Ciudad de México, ajena al estilo informal *chic* que hoy la distingue.

Su trayectoria se caracteriza por negociar con enjundia, por golpes de timón en el momento preciso. Por eso fundó y dirige el CACEH y ocupa desde 1991 diversos cargos en la directiva de la Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadoras del Hogar (Conlactraho). Además, es diplomada por las universidades Iberoamericana (en Comunicación y sociedad civil, año 2000), la Autónoma Metropolitana (en Formación de dirigentes para organizaciones civiles, 2002), y por el Instituto Simone de Beauvoir (Liderazgos Femeninos).

En lo que va del nuevo siglo ha sido becaria de las fundaciones MacArthur y Packard, y ganadora de la Beca para Emprendedores Sociales 2003-2005 de Ashoka Internacional. Difícil creer que le tomó casi diez años concluir la secundaria.

De criadita a lideresa

Marcelina Bautista nació en 1966. Fue la tercera de 12 hermanos en el seno de una familia de campesinos mixtecos en Tierra Colorada, cerca de Nochixtlán, Oaxaca. Faltaban décadas para que se iniciara la discusión sobre los derechos indígenas y, también, para que fuera considerado de mal gusto decir “inditas”, “marías” y un rosario de nombres despectivos a las empleadas domésticas.

El mundo en el cual creció era mixteco, pero la educación se ofrecía en español. No había escuelas bilingües ni las mujeres cuestionaban “la costumbre”: su destino era el matrimonio, estar siempre a la sombra del varón y jamás atreverse a decidir.

“Yo me daba cuenta de eso y no estaba conforme”, rememora Bautista. Su padre, contraviniendo también a la tradición, que limitaba la actividad de las mujeres al hogar, le ofreció una oportunidad inusual en su mundo: la de estudiar. Para ello tuvo que enviarla, a los 10 años de edad, a Nochixtlán, donde sus hermanos mayores también vivían y trabajaban. No es fácil para una niña de su edad separarse de su familia y asumir responsabilidades que por género y condición quedaban de antemano fuera de su realidad. Pero lo hizo, asumió el reto hasta donde pudo.

Ordeñar vacas, acomodar mercancía para las tiendas y cuidarse del sutil acoso de los varones de la tienda donde trabajaba en Nochixtlán, era el diario quehacer de esta niña que sólo quería estar con su familia y estudiar, así que al año volvió a casa con sus padres, pero este primer fracaso no la amilanó: un año después, en Tierra Colorada, acabó la primaria. Sin embargo, no pudo seguir

estudiando; por el contrario, su padre decidió que tendría que trabajar. La mandaron para ello con una tía a Naucalpan, municipio conurbado de la Ciudad de México.

En 1980 empezó a trabajar de planta por esa zona, incluyendo el próspero rumbo de Ciudad Satélite, donde las empleadas domésticas continúan saliendo con uniforme de rayas rosas o azules y delantal blanco a regar las plantas y pasear a los niños o los perros.

Eran los años en que nadie, nadie se cuestionaba si la “sirvienta” debía comer en la mesa de los “patrones”, con sus vajillas y, cuenta Marcelina, les pagaban “lo que la patrona considerara correcto”, y aceptaban sin mayor remilgo. Tampoco se cuestionaba si era acoso o chistes inocentes las continuas referencias a las relaciones sexuales entre trabajadoras y empleadores, si debían indignarse o no, por los dichos usuales como “carne de gata, buena y barata”.

Despertar en la Cañada

Pero “parece que hay alguien que me pone las cosas enfrente”, asegura Marcelina al recordar los hitos de su vida. Un día llegó a La Cañada, una iglesia por su rumbo, donde además de tomar talleres sobre habilidades prácticas como tejido o corte y confección, había un grupo de reflexión vinculado a las Juventudes Obreras Cristianas (JOC), mismas que fueron el lugar donde se formaron otros líderes en el mundo, como el ex mandatario español Felipe González. Allí entendió el valor de su trabajo.

“Jesucristo también sirvió”, fue el mantra que la llevó a ella y a cinco compañeras más a valorar sus quehaceres. El primer paso en la lucha por sus derechos. Su capacidad de convocatoria, así como el conocimiento del derecho laboral, la condujeron hacia un activismo que empezó a ocupar cada vez más su tiempo libre, sus días de “salida”. Luego empezaron a invitarla a compartir su experiencia fuera de los límites de su colonia: primero en Ciudad Juárez y otras ciudades del país, y más tarde en las capitales latinoamericanas que enfrentaban problemas similares.

El año del despegue fue 1988. Marcelina Bautista fundó el grupo de trabajadoras del hogar *La Esperanza*, organización enfocada a la capacitación y que además ofrecía bolsa de trabajo. Gracias a que pudo exhibir las condiciones de trabajo que enfrentaba su gremio, tuvo la oportunidad de viajar a Bogotá,

Colombia (“más de lo que hubiera imaginado”), como representante nacional de las trabajadoras domésticas en el primer encuentro regional que dio origen también a la Conlactraho.

Las cosas no habían sido fáciles hasta entonces. De hecho, antes de Bogotá, vivió lo que ella misma define como una crisis personal: “No estaba segura de qué hacer, cuáles eran mis objetivos”. La experiencia colombiana la confrontó: “Era como si alguien me hubiera puesto las cosas enfrente”, y no hubo más dudas.

Los siguientes años Marcelina Bautista afianzó su objetivo, el mismo que a ella le había llevado largos años: que otras recorrieran su mismo camino hasta valorar su oficio, que aprendieran a reconocerlo como importante, y al mismo tiempo, sensibilizar a las empleadoras y al resto de la sociedad sobre un tema tabú: el empleo doméstico.

El mismo trabajo costó llevarlo a la arena política para impulsar reformas legislativas en beneficio de las casi dos millones de personas que ejercen este oficio en el país, de las cuales más del 90 por ciento son mujeres, de acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Participó en foros, congresos, encuentros y ferias, así como en la investigación. En 1994 coordinó en nuestro país el *Perfil de las Empleadas del Hogar en América Latina y el Caribe*, realizado por la Conlactraho en siete países.

Entre el trapeador y la militancia

Entre una y otra actividad continuaba su oficio en casas y oficinas “porque sabía que eso es lo que sabía hacer y tenía un valor”, pero también como cultora de belleza, un talento que no aparece en su currículo. Así, tres días a la semana aseaba residencias, cuidaba niños o era afanadora en oficinas. Dos mañanas las dedicaba a los faciales, y los domingos, como ha hecho desde los años 80, los consagraba a impartir talleres. Tenía que negociar cada vez con sus patrones, ya no la ida al pueblo, sino sus viajes y presentaciones internacionales.

En el Centro Nacional de Comunicación Social A.C. (CENCOS), donde trabajó un tiempo, ignoraban su activismo laboral. Mientras Marcelina *hermoseaba* oficinas y sala de conferencias de la vieja casona en la colonia Roma, quienes allí trabajaban lo hacían sin tener que preocuparse del trabajo invisible que les permitía gozar de un espacio de acción limpio, ordenado y sin basura para dedicarse a lo suyo: la defensa y promoción de los derechos humanos.

“Un día fui a pedirles permiso para faltar porque iba a Bolivia. Se sorprendieron de mi petición”. Y entonces descubrieron quién era Marcelina Bautista.

“Usted ya no debería estar haciendo esto”, le decía el actual ombudsman capitalino y otrora director de CENCOS, Emilio Álvarez Icaza, convencido de que ella tendría que dedicarse más a la causa de las empleadas del hogar. Y el apoyo continúa. La Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal abre constantemente espacios y organiza foros de análisis sobre trabajo doméstico.

En 1993 nació el Colectivo *Atabal*, donde un grupo más amplio de trabajadoras domésticas se aliaron para buscar condiciones dignas. *La Esperanza*, que había fundado un lustro antes, fue parte de esta iniciativa. Entre sus logros destacan las celebraciones del 30 de marzo, Día Internacional de la Trabajadora del Hogar, y la campaña “Por un nombre digno” que, en marzo de 2000, promovió una consulta pública en parques y jardines de la Ciudad de México, en donde las trabajadoras domésticas optaron por ser llamadas “empleadas del hogar”.

Volver a los orígenes

Al arribar el nuevo milenio, Marcelina dio un giro inesperado: ante la sorpresa de sus colegas decidió que *La Esperanza* se había extraviado de sus objetivos iniciales: “Sentía que estábamos respondiendo a otros intereses”, y arrancó el proyecto de CACEH, que dejaba atrás los reflectores para regresar a los orígenes, la capacitación y el empleo, hacia donde su experiencia personal la había llevado desde el principio.

Este paso coincidió con la acreditación de la beca MacArthur, la cual se dudaba pudiera obtener pues se otorga a líderes sociales de largo currículo profesional y académica. Ella todavía no había pisado una universidad.

Marcelina vive aún en Naucalpan, viaja en metro dos horas al día, orquesta el trabajo de CACEH, genera alianzas de trabajo con instituciones civiles y de gobierno; se sigue preparando. Como tantas otras mexicanas, durante muchos años no había encontrado el tiempo para formar una pareja ni un prospecto que entendiera sus metas. Finalmente, después de ocho años de noviazgo, en 2003 se casó con un técnico en computación que no sólo comparte los quehaceres de la casa sino que se interesa en recuperar la historia que ella ha vivido como líder.

Enlazadora de mundos

“Yo admiro mucho a Marce porque es muy trabajadora. He aprendido que es humilde y pone el ejemplo de trabajar. Me gustaría ser así, liderar, pero también aprender a hacer las cosas”. Es la voz de María Isidra Llanos, empleada del hogar y promotora recién egresada de CACEH. Es de Libres, Puebla, y como Marce, llegó a trabajar al DF a los 16 años. Son ya 22 años de experiencia. Se casó y tuvo tres hijos. Con cada hijo cambió de trabajo, todos “de planta”, hasta que nació el último y decidió trabajar “de entrada por salida”.

Un día, hace dos años, “tenía problemas con una empleadora que me dejaba encerrada”, cuenta. Regresaba tarde y la dejaba sin llave. “En el noticiero de Vivó oí a Marce y a las demás compañeras”. Acudió el 30 de marzo a un evento en la Alameda; allí tuvo un primer y corto contacto: “Quedé un poco inconforme, había muchas asistentes y poco tiempo para atender mis dudas”. Pero dejó sus datos: “La sorpresa fue cuando me llamaron y me invitaron al taller”.

“Jamás en la vida yo había estado en una organización. Más bien yo era una persona muy cerrada. Iba del trabajo a la casa, con los hijos, y jamás me había dado la oportunidad de conocer qué más había fuera de mi círculo”, recuerda la lideresa en formación. “Yo no sabía defender mis derechos. No decía que no; a todo decía que sí, fuera bueno o malo en el trabajo”, explica entusiasta al contar que está a punto de terminar la secundaria: “Quiero seguir avanzando, a ver hasta dónde llego”.

“Ya ahorita, todo se puede”

El mismo empuje siente la oaxaqueña Luisa García García, quien llegó hace 14 años a la ciudad con su amiga Marcelina Román. En su primer trabajo, durante seis años no le reconocieron sus derechos, y Luisa no insistía porque podía viajar al rancho cada seis semanas con sus familiares. Como casi todas las trabajadoras, creía que le hacían un favor. “Pensaba que mi trabajo no valía, que era muy poquito. Pero ahora sé que es como todos”.

Se identifica con Marce porque, como ella, ha vivido maltrato o despidos injustificados. Estar en la organización “da más ánimo”, dice. “Yo ahorita estoy tomando clases, estoy a gusto conmigo misma. Me sirve mucho lo que estoy aprendiendo aquí; se me han prendido muchas cosas”. Va a estudiar cosmetología para poner

un negocio y, con Marcelina, seguir trabajando por sus compañeras. “Ya ahorita, todo se puede”.

Y Marcelina Román, proveniente de La Llorona, en Veracruz, empleada en una “casa rica” en Bosques de las Lomas, llegó a CACEH también hace cuatro años. “Aquí he recibido cursos de liderazgo, de cómo defender nuestros derechos de trabajadoras, de autoestima y sexualidad; varias cosas. He tenido más seguridad en mí misma, he aprendido a valorar mi trabajo y a saber cobrar según mi desempeño”.

Su tocaya pone la semilla en otras trabajadoras y la espiral continúa girando. Quizá porque, como señala María Isidra Llanos, el mayor valor que aprenden con Marce es “a negociar y hablar desde un principio para hacer acuerdos. Es lo que estoy haciendo”. Y es lo que sigue haciendo Marcelina Bautista: enseñar el difícil arte de la negociación.



MINERVA ÁLVARO: LA ILUSIÓN POR EL ORO VERDE

La pobreza duele, dice Minerva, y su cara redonda de indígena ch'ol, iluminada siempre por una sonrisa, se torna seria. Duele en el estómago cuando tienes hambre y no hay nada que comer, y duele en el alma cuando te enfrentas a ella para vencerla, "pero esa pobreza nos empujaba todos los días a salir adelante".

Sentada frente a la montaña que atravesó cientos de veces cuando era niña, mira su selva chiapaneca: arroyos y ríos dibujan cascadas que arrullan cafetales y diminutas flores silvestres tímidas que se ocultan al contacto humano. En esa tierra de promesas vestidas con las lluvias que duran meses enteros, Minerva Álvarez forjó su carácter, alimentó sus fuerzas y acuñó sueños para resarcir la pobreza.

Hija de campesinos caficultores, desde niña no ha dejado de jugar con esos granos verdes que seorean al sol, se despellejan con las manos y se tuestan pacientemente para lograr el aromático brebaje. Aprendió a beberlo, pero también a valorarlo. Por eso, en cuanto tuvo las herramientas suficientes del conocimiento y la templanza, regresó a sus orígenes para cumplirle a su padre una promesa añeja: defender el precio de la semilla del café en beneficio de los que la cultivan.

Minerva pertenece a la segunda generación de una familia de cafetaleros. En sus brazos se acuna la tercera generación, Ariadna su pequeña hija. Durante más de tres décadas sus padres vendieron el grano en *pergamino* a los *coyotes*; pero la historia ha cambiado, ahora lo producen, lo procesan y se comercializa en bolsas metálicas bajo la marca registrada de Café Tumbalá.

Donde nace la ilusión

La Ilusión es un caserío que habitan unas 30 familias. Pertenece a Tumbalá (Cerro del Quetzal), municipio chiapaneco de indígenas *ch'oles*. En medio de casas de adobe, carrizales y techos de lámina, nació hace 39 años Minerva Álvaro Meneses, la última de nueve vástagos. Su pueblo no tiene calles, y apenas cumplirán 10 años de haber estrenado carretera y energía eléctrica.

Entre los escauceos del juego y los incipientes estudios escolares, Minerva aprendió a cuidar los cafetales, a quitarles las plagas que se pegan a los tallos y las ramas, a sembrar nuevos árboles, a despulpar el café tras la cosecha, a lavarlo en los arroyos, a vigilar su secado para luego, *en pergamino* (sin cascarilla), ponerlo en bultos de yute de cien kilos y venderlo a los intermediarios, o *coyotes*.

La falta de electricidad que vivió esta generación del último cuarto del siglo xx limitaba la vida cotidiana a las horas del sol. Los días comenzaban muy temprano, siempre con olor a café de olla recién hecho, y terminaban al crepúsculo, con una cena ligera y una taza de café.

Aunque en aquellos ayeres se mantenía la costumbre de no enviar a las hijas a la escuela, porque finalmente pronto habrían de casarse, don Francisco, su padre, opinaba de manera muy diferente. Él tenía claro que sus hijas debían estudiar.

La escuela no es para las niñas

A Minerva esos días de escuela se le vienen de golpe a la memoria. Todo lo tiene claro y rememora las más de cuatro horas de camino a la primaria, el temblor en las piernas por el esfuerzo de subir las laderas y las muchas veces de andar con los zapatos en la mano porque, con tanto lodo, es preferible ir descalza.

Carmen, su hermana mayor, dice que Minerva era una niña fuerte e impetuosa. Dado que en Tumbalá la escolaridad apenas llegaba al segundo de primaria, Minerva fue enviada a la comunidad de Hidalgo para proseguir sus estudios, los que terminó finalmente en un internado "sólo para varones" en el municipio de Salto de Agua, más cerca de Tabasco que de su casa. Cuando entró, vigilada por su hermana Carmen, que trabajaba allí como promotora de salud, Minerva era la única niña.

Estudiar la secundaria le impuso nuevos retos. Cumplía apenas los 13 años y ya demostraba con creces su voluntad e ímpetu. Ante la amenaza de los cacic-

ques de la región de cerrar la recién estrenada secundaria en Tumbalá, Minerva participó con amigos, compañeros y maestros en la defensa de su escuela. Un año después, siendo alumna de la secundaria nocturna en Yajalón, arengó lo mismo frente a las puertas del palacio de gobierno, en Tuxtla Gutiérrez, para exigir mejores condiciones de estudio.

El futuro se construye a pulso

Al terminar la secundaria no quedaba más camino que emigrar, como lo habían hecho sus hermanas. Con 16 años cumplidos, partió a la capital del país para enfrentar un mundo muy distinto del suyo y en el cual lo único que sobraba era espacio. En lugar de verdes planicies, encontró calles, en lugar de montañas llenas de árboles había altos edificios de acero y concreto. Los ríos corrían sorpresivamente entubados. Minerva, azorada, no daba crédito a que la gente viviera “hasta allá arriba”.

Repuesta del asombro, con su certificado de secundaria en la mano y deseos de seguir estudiando, Minerva llegó a la capital cargando también una preocupación ancestral: salir adelante para ayudar a su familia. Se adaptó pronto a vivir con prisa y entre autos: “Una también se vuelve parte de la ciudad”. Optó entonces por estudiar para secretaria, una carrera corta que le dio la oportunidad de colocarse en un despacho jurídico. Allí no sólo tomaba dictado sino que aprendió a redactar promociones, a contestar demandas o amparos y a vencer su timidez para relacionarse con “gente importante”. Ante la ausencia de algún pasante, el jefe hubo de enseñarla a acudir a los juzgados para entregar oficios o revisar expedientes. Con el nimio salario semanal que ganaba, se costó sus estudios en la Preparatoria 7, y cuando tuvo que elegir una carrera, escogió el camino aprendido: Derecho.

Estaba por iniciarse la última década del milenio cuando conoció a Marco Aurelio Villalobos. Ambos eran estudiantes en la Universidad Nacional Autónoma de México, y aunque él estudió arquitectura, también provenía de una familia de campesinos en Guerrero. La preocupación por los problemas agrarios los acercó aun más. Así, en medio de la convivencia estudiantil y el activismo por el campo, Minerva se unió en matrimonio con el guerrerense en 1989.

Pero ni el constante viajar a su tierra para visitar a sus padres ni la pareja, con quien estuvo de acuerdo en postergar la maternidad hasta terminar la carrera,

intervinieron en su objetivo de seguir preparándose. Estudió y trabajó en el despacho jurídico hasta 1996, año en que se tituló como licenciada en Leyes. Fueron años difíciles: estudiar, trabajar, atender una casa, regresar a La Ilusión y sufrir la enfermedad de su padre, son recuerdos que se quiebran en la voz de Minerva. Con pesadumbre don Francisco se dolía siempre por los paupérrimos ingresos que obtenían de la venta del café.

Minerva no pudo permanecer impasible ante el lamento paterno. En la Ciudad de México “una taza de café puede costar hasta 20 pesos, muchas veces ni siquiera es buen café, y en cambio, a finales de los 80, el precio del aromático en *pergamino* apenas oscilaba entre seis y siete pesos el kilo”. La experiencia aprendida en la cotidianidad del empleo, la confianza en sí misma y el apoyo incondicional de su compañero de vida, le dio a Minerva fuerza suficiente para regresar a Chiapas para cumplir con un viejo compromiso.

La batalla por un precio justo

Minerva viajaba con frecuencia a su tierra, y en su mente retumban las palabras de su padre: “necesitamos hacer algo más que vender nuestro café en pergamino”. Carmen, su hermana, recuerda: “Mi padre sabía de la capacidad de Minerva”, por eso, antes de morir, le encomendó a ella la tarea de buscar maneras de agregarle valor al grano y favorecer a los productores.

El desasosiego aumentaba porque en La Ilusión la miseria se plasmaba en los rostros de las otras mujeres, sus amigas de la infancia, las que se casaron niñas y ahora ostentan las huellas de cansancio y una desnutrición añeja. Son mujeres que no tuvieron las mismas oportunidades que ella. Esa miseria que le duele es la misma que vivió en la infancia y que aún persiste en esta diminuta comunidad de indígenas ch'oles de la Selva Norte de Chiapas.

Desde México y en La Ilusión, la abogada ch'ol se volcó a investigar, preguntar e informarse. Quiso aprender e impulsar un proceso más complejo que sólo cultivar y vender el café a los intermediarios, deseaba envasarlo y comercializarlo también. Tomando como ejemplo acciones de otras comunidades, incitó a los caficultores de su comarca a formar una asociación que les permitiera obtener créditos y comprar maquinaria para lavar, tostar y envasar el grano para comercializarlo. Buscó alternativas, tocó puertas para obtener créditos diversos; muchas fueron las esperanzas rotas. Pero Minerva estaba decidida. Mientras, los

coyotes seguían comprando el pergamino a sólo cinco pesos y la gente regalando una vida de trabajo para enriquecer a otros.

Café Tumbalá, una empresa social

Mientras escuchaba la radio en su casa del Distrito Federal, se enteró de un programa social que apoyaba a grupos de mujeres en diversas actividades. Al principio, comenta que “no había muchas posibilidades para obtener el crédito”. Tuvo un primer acto fallido, pero al fin “obtuvimos nuestra primera oportunidad”.

Con el primer crédito otorgado al grupo solidario de cinco mujeres, compraron molinos, básculas y bolsas de papel. En La Ilusión se tostó, molió y envasó el café, y con ayuda del programa acudieron a diversas ferias para venderlo. Así, en cuatro meses, pagaron la deuda adquirida.

El primer acopio de café de La Ilusión y otras comunidades cercanas se pudo comprar a 11 pesos el kilo. Los caficultores trajeron su café hasta la casa paterna de Minerva, en donde se había improvisado una bodega. “Al ver la satisfacción de la gente, lo contenta que se iba con su dinero —pues era la primera vez que en realidad pagaban a un precio justo el café— pensé en lo mucho que tenía qué hacer para que la comunidad entera saliera ganando. Incluso esa noche vinieron cafetaleros de otros pueblos cercanos; otros bajaron de Tumbalá. Eso no se me olvida”.

En el 2000 nació la Sociedad de Producción Rural de Cafeticultores de la Selva Norte de Tumbalá, Chiapas, de la cual es presidenta. El objetivo es producir, procesar y comercializar el llamado *oro verde*. A Minerva le llevó tiempo y esfuerzo convencer a la gente de cambiar las viejas y tradicionales estructuras de cultivar y vender a bajos precios. Las mujeres de La Ilusión fueron las más interesadas en asistir a las juntas y las primeras en abogar por la protección del medio ambiente y la biodiversidad de la zona.

Una historia cultivada por mujeres

En nuestras raíces está lo orgánico y en nuestra tradición la calidad, apunta la etiqueta en la bolsa del Café Tumbalá, “un café tipo gourmet, cien por ciento puro, cultivado bajo la sombra, estrictamente de altura y ecológico”. Leer todo esto en el empaque es la parte más sencilla de la historia. Detrás están las manos

de una veintena de mujeres, indígenas *ch'oles* que con el paso del tiempo han visto la transformación de sus propias vidas.

De todas las asociadas que viven en La Ilusión, sólo Tomasa sabe leer un poco. Como sucede con las otras mujeres, la tierra es de su esposo, pero es ella quien la cultiva, cuida los cafetos y asegura que ahora saben más que nunca lo importante que es el cultivo del café: “Eso nos ha enseñado Minerva y ha dicho que no debemos seguir regalando nuestro trabajo a los coyotes”. Aunque de pocas palabras, Elisa Peña Meneses sostiene que lo hecho por Minerva es sorprendente, “a nadie se le había ocurrido y nosotras creemos en ella, incluso nuestros maridos la admiran y la respetan”.

El proyecto ha permitido que la comercialización sea directa, sin la participación de intermediarios. En ese sentido, Minerva ilumina su rostro con una sonrisa plena al decir que “ser inquieta es un privilegio”, y usa el don para abrirle puertas al Café Tumbalá. Hoy es una realidad la mejora en el precio del kilo. La sociedad compra el oro verde a 15 pesos, y lo comercializa, debidamente molido y empacado, en 65. Las ganancias sirven para pagar la administración, el trabajo de las mujeres que se encargan de escogerlo, e incluso para reinversión.

Reaprendiendo a cultivar y cosechar

La producción del grano está sustentada en la protección del medio ambiente y la biodiversidad de la región. Paradójicamente, los cafetaleros de La Ilusión prácticamente desconocían el procesamiento y comercialización del producto con el cual habían vivido toda la vida. Hubo que reaprender nuevas técnicas de cultivo y ser disciplinados en cada uno de los pasos que había que desarrollar.

Tomaron cursos de capacitación sobre la forma de realizar el tostado correcto del grano, aprendieron a hacer las mezclas, a manejar las máquinas y a vigilar la producción, pues ofrecer un “café tipo gourmet” implicaba que fuera orgánico, es decir, cuidadosamente cultivado bajo la sombra, sin el uso de agroquímicos, cien por ciento puro y hacer la selección de los granos de manera manual, lo que favorece su calidad.

El trabajo diario de Dina, Elisa, María, Rosa y Nicolasa, algunas de las socias, concluye tras escoger los mejores granos de entre 100 kilos de café. El aprendizaje ha sido difícil, hay que buscar los mejores granos, separarlos y almacenarlos debidamente etiquetados y con los datos del caficultor y la fecha de la recolecta.

Minerva les dice que han de exigirse porque el Café Tumbalá debe tener calidad. Entonces “tenemos que ser cuidadosas desde que lo estamos cultivando y todo lo que sigue, y que nos ha ido enseñando poco a poco”, dice Tomasa, que ha aprendido a utilizar viejas prácticas mediante abonos orgánicos para los cafetos y combatir las plagas con hongos ecológicos.

A Rodi Peñate le divierte tener una taza de café en las manos y saber todo lo que hay detrás de ese pequeño sorbo de aroma y cuerpo. “Realmente, con Minerva, lo más importante es que hemos aprendido a querer nuestro trabajo, a mirarlo de otra forma”, dice esta indígena *ch'ol*, que con sus 23 años, es la más joven del grupo.

El café orgánico es café mexicano

Al primer crédito le siguió otro. Adquirieron un tostador, otro molino y una selladora para las bolsas. Pero el bajo voltaje de la comunidad obligó a la sociedad de caficultores a mover la maquinaria hacia la Ciudad de México, desde donde se realiza la comercialización, el principal reto que ahora enfrentan.

La tarea no es fácil, a pesar de que ha conseguido buenos contratos que garantizan la venta de varias toneladas de café. Minerva sabe que aún hay muchas barreras por derribar, como enseñar a la gente a consumir café orgánico, que sepa que en cada taza que toma, contribuye a mejorar la condición de vida de miles de indígenas y campesinos de México.

“Me da mucha risa ver a la gente en los supermercados comprando frascos de café 'italiano' a precios altísimos. Lo que no saben es que el grano de ese café salió del campo mexicano, brasileño, colombiano o tal vez de algún país africano, porque en Europa no se produce café. Lo que hacen las empresas italianas es añadir mezclas, muchas veces utilizando químicos, que dañan la salud y eso es terrible para nosotros porque en lugar de comprar café mexicano y tomarse una buena taza de café, prefieren el 'café italiano' o de otros países que ni siquiera son productores”.

Después de quitarse las botas, el paliacate y el sombrero, indumentaria que utiliza mientras supervisa los cafetos, Minerva recuerda a don Francisco Álvaro, su padre. Está satisfecha pero consciente de que cumplir esa vieja promesa y haber despertado tantas expectativas son una gran responsabilidad. Pero “estoy segura de que paso a pasito no podría fallarle a nadie: somos un equipo”, en el

que “todos la seguimos porque ella nos ha traído hasta aquí”, acota su hermana Yolanda.

Multipremiada empresa social

El proyecto del Café Tumbalá es una realidad y Minerva está orgullosa. En 2002 y 2003 obtuvieron el premio de Empresa Social Exitosa que otorga el Fondo Nacional para Empresas Sociales. Poco a poco se abren camino con este producto que compite con las marcas nacionales e internacionales.

Ramón Aguilar, uno de los más calificados catadores, ha dicho que el Café Tumbalá tiene aroma, acidez, sabor y cuerpo, los cuatro elementos esenciales de un buen café. Todo esto ha sido resultado de la perseverancia, la constancia de Minerva Álvaro Meneses, quien sigue buscando el camino correcto de la comercialización que permita abandonar para siempre la pobreza en La Ilusión.

La vieja promesa hecha a su padre viene a su mente. Los caficultores de Tumbalá ya no venden sólo el grano: ahora lo tuestan, lo muelen, lo envasan, lo comercian directamente. La pequeña Ariadna apenas cuenta con un año de vida, pero pisará un sendero más seguro; los caminos de lodo se transforman poco a poco; su futuro huele a *oro verde*. La taza de café que Minerva sostiene con ambas manos, la acerca a su rostro, cierra los ojos, aspira profundo el aroma que la envuelve en sus recuerdos, y entonces aparece esa sonrisa que le ilumina el rostro de indígena ch’ol.

TERESA ESCALANTE, EL VALOR DEL TRABAJO

Nació en Guanajuato, pero los vientos de superación la llevaron hasta colocarla cerquita del mar caribeño. Allí, con una familia incipiente, 20 pesos en el bolsillo y grandes deseos de salir adelante, Teresa Escalante inició lo que sería su empresa familiar.

Fue la cuarta de 13 hijos. Apenas estudió la primaria. Trabajó para sus hermanos asistiéndolos en el trabajo doméstico. Fue obrera y, cuando se casó, hubo de migrar a la península de Yucatán, porque para entonces la Ciudad de México no les brindaba, como familia, las oportunidades que anhelaban.

Ya instalada en pleno municipio de Progreso, vendió tamales, jugos, ensaladas y dulces. Hoy, a casi 20 años de haber iniciado esta carrera de arrojo y esfuerzo, Teresa es dueña de su negocio y ejemplo de tenacidad entre sus vecinas de la colonia que también llegó a fundar.

El único camino

Teresa Escalante nació el 17 de septiembre de 1957 en Dolores Hidalgo, Guanajuato. Su madre, Ramona Oliva, vivió el abandono de su primer marido, por lo cual hubo de dedicarse a lavar ajeno y vender tortillas, la única forma en que pudo mantener a los siete hijos que le sobrevivieron de sus 13 partos.

Teresa recuerda la extrema pobreza en que transcurrió su infancia, condición que la obligó a emplearse como trabajadora doméstica y cuidadora de infantes para poderse costear los estudios de primaria. Y con mucha tristeza en sus palabras, evoca aquellos ayeres cuando ella y sus hermanos partían a la escuela con el estómago vacío y la obligación de aprender para mejorar.



Para cuando ella tenía 13 años, sus hermanos mayores, Germán Luis, de 27 y Jesús de 25, ya habían emigrado a la Ciudad de México. Fue la época en que Teresa viajaba por cortas temporadas para visitarlos y ayudarles en las labores del hogar. Los 15 años le llegaron pronto y fue el momento en que le pidieron que se quedara a vivir con ellos para atenderlos.

Vivían en la colonia Nezahualcóyotl, y durante casi cinco años Teresa se dedicó a cocinar, lavar, planchar y arreglar la casa. Sin tiempo libre para estudiar o conseguir un trabajo fuera del hogar familiar, esta joven guanajuatense tenía un futuro poco promisorio.

Pero los hermanos se casaron, y con ello, a Teresa se le abrió el panorama. Tenía casi 20 años cuando entró como ayudante en una imprenta. Al año consiguió otro empleo como deshiladora en un taller de costura, donde trabajó hasta que conoció al hombre con el cual navegaría las siguientes décadas hasta encajar en las blancas arenas de Yucatán.

Tenía 24 años y decidió vivir en unión libre con Armando Hernández, un hombre joven, tornero de oficio. No alcanzaba los 27 cuando ya tenía a dos pequeños entre sus brazos: José Armando y José Arturo; René llegaría tres años después. Eran tiempos de ahorrarse la renta, por lo que había que vivir con los suegros. Fueron seis años en Ecatepec, Estado de México.

La situación no era la mejor para los Hernández Escalante. En cuanto a Armando le ofrecieron un cambio de ubicación, lo que implicaba dejar la Ciudad de México y trasladarse a otro estado, no lo pensaron dos veces.

Con los sueños rotos

Los sueños se desmoronaban cuando Armando se quedó sin trabajo en 1986. La situación se volvía más precaria cada día. Entonces decidió invertir el único capital con que contaban: 20 pesos. Compró un ciento de naranjas, y con un exprimidor manual se lanzó a la aventura de vender jugos en la esquina de la aduana. Pronto se hizo de clientes, sobre todo, trailers. Los resultados fueron buenos y diversificó la oferta: incluyó en el menú ensaladas de fruta. La venta informal no era mala, pero había que generar más ingresos.

Por una vecina se enteró que los propietarios de las residencias veraniegas empleaban a matrimonios, sin hijos, para cuidarlas después de las vacaciones. Venciendo su timidez de fuereña, casada y con hijos, se entrevistó con la señora

Lupita, la casera. Su sencillez y franca necesidad le infundió confianza y le valió que, aún con sus hijos, le permitieran ocupar la casa.

El trato implicaba habitar la construcción con su esposo y sus tres hijos, pero a cambio, ellos se harían cargo del pago de la luz, la limpieza y el cuidado de la vivienda. Servicio doméstico y atención personal a cambio de un lugar donde dormir, ningún pago extra. Cuando la casa fuera rentada, incluía el trato, ella y su familia podrían ocupar un cuarto trasero en el mismo terreno, pero con salida independiente. El acuerdo permitió que durante casi cinco años la familia tuviera un sitio seguro para vivir.

Con la vendimia callejera y una casa para albergar a la familia, Teresa buscó la forma de ahorrar. El producto de esos cinco años le brindó la oportunidad de comprar un terreno en la colonia Nueva Yucalpetén. “Ella llegó aquí hace muchos años. Primero construyeron una casita de cartón y desde ese tiempo ella ya vendía algunas cosas en su casa para ayudarse en los gastos”, recuerda Francisca Solís Marrufo, de 53 años, vecina y comadre de Teresa Escalante. “Ella siempre ha sido muy luchona; hubo un tiempo en que también vendía antojitos en la puerta de su casa. Creo que por eso ha prosperado”.

Aprovechando la renta de la casa veraniega, Teresa y su familia se mudaban a la paupérrima vivienda de lámina y cartón que habían logrado construir. El objetivo era mantener su negocio de refrescos y dulces por el día, y el de sopes y quesadillas por las noches. Francisca, que sabe de sus avatares y luchas, reconoce que ha sabido “ahorrar su dinero, no malgastarlo”.

Una cuenta de ahorro para Teresa

Hacia 1991, Teresa era una joven madre de familia, con casi 35 años de edad y grandes deseos de sacar adelante a sus tres hijos. Afanosa, como las hormiguitas, había transformado su cuarto de cartón en uno de bloques. La venta de dulces y refrescos tenía ahora un lugar menos endeble y más amable para los clientes. Ese mismo año nació Nidia Teresa, la hija más pequeña, y entonces fue cuando decidió que lo mejor para su familia era trasladarse a su propiedad.

Su marido había logrado emplearse de nuevo como mecánico tornero, pero los gastos aumentaban por la escuela de sus hijos. “Con el dinero que mi esposo me daba de gasto, un día compraba comida y otro día lo invertía en productos para vender”. El expendio de golosinas ni siquiera alcanzaba el calificativo de estancuillo.

Todo negocio requiere de recursos para comprar mercancía, así que Teresa buscó la forma de que su capital creciera. “Para ir a un banco me cobraban hasta para meter dinero y yo no podía hacer eso porque era muy poco lo que yo podía ahorrar”. Fue en 1992 cuando escuchó por primera vez del sistema Cooperera.

Le tomó tiempo realizar las pesquisas necesarias, enterarse bien de las ofertas de ese sistema y convencerse de que ella podía involucrarse en Cooperera. Teresa recuerda que, en las postrimerías de 1995, una cuenta de ahorro “se abrió con 50 pesos, que no era poquito, pero sí podía hacer un esfuerzo para ahorrarlo sin privar a mis hijos de escuela y comida. Cuando llegué a tener mil 200, me dieron mi primer préstamo de dos mil 400, que me permitió viajar a Mérida a hacer varias compras al mayoreo y poder ampliar las ventas en mi casa”.

Armando nunca estuvo de acuerdo con que ella solicitara el préstamo, pero tampoco pudo impedirlo. Fuerte y decidida, ella asumió toda la responsabilidad de pagarlos.

Los Tres Mosqueteros

Con el primer préstamo de Cooperera Teresa introdujo la venta de arroz, frijol y productos de primera necesidad para las familias que comenzaban a poblar la zona. A pesar de tener la primaria inconclusa, sus dotes de buena administradora le permitieron no sólo contar con recursos suficientes para invertirlos en más mercancía sino que pudo generar ganancias para pagar el crédito en menos tiempo del establecido.

El simple hecho de haber pagado antes de tiempo el primer préstamo le dio a Teresa la suficiente confianza para solicitar otros créditos. Entre 1998 y 2004 la vida le ha cambiado. Armando “radica en Valladolid desde hace seis o siete años y yo me hice cargo de mis hijos y los gastos de la casa, además del negocio. Él se fue con mi hijo José Armando, el mayor, porque aquí no conseguían trabajo como torneros”, pero también Cooperera le aumentó su nivel crediticio al grado de que en este periodo, ella ha podido ampliar su casa, construyó una recámara, la cocina y en un anexo, lo que ahora es su tienda: *Los Tres Mosqueteros*.

Sus vecinos son testigos de cómo esta mujer, originaria del Bajío y de condición humilde, logró sacar adelante a su familia convirtiendo una modesta vivienda de láminas de cartón, con venta de antojitos, en una tienda de abarrotes que es ejemplo de tenacidad y trabajo.

Los Tres Mosqueteros hoy es referencia obligada de proveedores de productos de primera necesidad, de empresas refresqueras, de golosinas y hasta de un periódico de la localidad.

Trabajar duro para tener lo que se quiere

Teresa Escalante Rodríguez es mujer de pocas palabras, pero de carácter arrojado. “Me tengo que levantar desde las cinco y media, cuando viene el panadero, y organizarme para servir desayunos, atender a los proveedores, atender a los clientes y, mientras mis hijos chicos van a la escuela, tengo que dividirme entre atender el negocio, hacer comida y limpiar mi casa”.

“A veces mi hijo Arturo, el de 21 años, es el que me ayuda algunas horas al día mientras yo cocino o cuando tengo que salir a comprar, y el resto del día yo me hago cargo hasta las diez y media de la noche, que es la hora en que cerramos”.

La opinión de Armando ha cambiado desde aquel día en que Teresa solicitó su primer préstamo al sistema *Coopera* y vio que pudo pagarlo. “La última vez que vino a vernos me preguntó cómo podría hacer él para pedir un préstamo y comprar un torno. Me causó mucha gracia porque él antes no estaba de acuerdo con los préstamos; ahora piensa distinto. Yo le dije que tenía que empezar por ahorrar, sólo juntando su propio dinero podía lograr que alguien confiara en prestarle”.

Teresa Escalante reflexiona: “Tengo que dar gracias por tener la oportunidad de trabajar. No logré que mis dos hijos mayores estudiaran, y eso me hace sentir que fallé como madre. Yo trabajaba principalmente para darles estudios a ellos porque yo no quería que les pasara lo que a mí, pero los dos más grandes se rebelaron y no quisieron seguir estudiando: prefirieron aprender el oficio de su papá y actualmente en eso trabajan. Sólo espero que esta tienda y lo que hemos logrado sirva algún día para ellos; el día de mañana, que yo me muera, sé que les dejo un patrimonio para que se defiendan en la vida”.

“A veces la gente piensa que lograr cosas como éstas es fácil, pero no, esto sólo se logra trabajando”. Hoy ella es ejemplo de superación en su propia colonia. Su negocio es exitoso, lo sabe, pero también que es resultado del esfuerzo diario: “Si yo me hubiera quedado sentada esperando a ver qué podía darme mi esposo, no tendríamos lo que ahora tenemos; pero si una quiere tener un poquito más, hay que trabajar duro. Eso es lo que he hecho”.

ZEFERINA ROMERO: UNA GUARDERÍA PARA HIJOS DE JORNALEROS

Cuando Zeferina tomó el autobús rumbo a La Esperanza, Sinaloa, llevaba sólo lo necesario: una muda de ropa y la ilusión de mejores ingresos en la tierra prometida. Atrás dejaba La Luz de Juárez, su guerrerense pueblo natal, y un camino de migración iniciado en su adolescencia. Y una hija, Aurora, criada por los abuelos, a la que no tuvo la oportunidad de ver crecer.

Quizá por eso Zeferina es hoy la más férrea defensora de la guardería para hijos e hijas de jornaleros agrícolas. Quizá porque también sabe del arduo trabajo que implica tener seis años y regresar del campo tostado del sol y con la panza que cruje como hoja seca.

La única puerta: emigrar

Nació hace 37 años en el municipio de Tlalixtaquilla, en la imponente montaña de Guerrero. Justina, su madre, recuerda lo trabajadora que era desde niña. Vivaz y emprendedora, la primogénita de diez hijos, entre hombres y mujeres procreados por el matrimonio Romero, gustaba de tomar el azadón y remover la tierra hasta que el polvo le dejaba prieta la piel y sus brazos infantiles desfallecían de cansancio. No obstante, como todas las mujeres que se dedican a las labores agrícolas, Zeferina regresaba con la suficiente disposición para emprender su segunda jornada del día: la cocina.

Apenas salía de la pubertad y su cuerpo iniciaba un tránsito irreversible hacia la juventud, cuando a Zeferina le tocó su turno para emigrar en busca de mejores oportunidades y de un ingreso seguro que le permitiera no sólo mantenerse, sino también apoyar la economía de la familia que se quedaba.



Su madre la acompañó a tomar el autobús que marcó su destino. Inició el exilio endémico: sin mirar atrás salió de La Luz de Juárez, el pueblo que hoy apenas la recuerda, el mismo que ha olvidado también cada uno de sus hermanos y hermanas, expulsados todos, desperdigados como granos de maíz en el surco, pero que han tenido la oportunidad de florecer lo mismo en Morelos que en Baja California, o en el otro lado: Texas o Carolina del Norte, donde la mano del jornalero migrante sigue siendo aprovechada y a veces, explotada.

Llegó primero a Oaxaca, la capital del estado. Vivió con unos parientes que la colocaron como empleada doméstica en una labor de sobra conocida: cuidar niños. Era poco el dinero, menos las satisfacciones y mucha la nostalgia, pero siguió el éxodo hacia el norte.

Llegó a la Ciudad de México un año después, resignada a estar lejos del olor a tierra mojada, del sol que le quemaba la espalda y de ese amplio paisaje que le llenaba la mirada. Pero su realidad fue otra, el tiempo se le llenó de ropa para lavar y planchar y casas por limpiar. El salario no mejoró.

Con 18 años a cuestas y el corazón despoblado, Zeferina se enamoró de un hombre que la abandonó embarazada. De su “fracaso” nació una niña: Aurora. “Mi mamá se encargó de criarla. Ella me dijo que lo hacía porque si algún día me llegara a casar, el hombre podría o no quererla o maltratarla”, incluso, abusar de ella sexualmente. Corría el año de 1985: el alma le quedó cuarteada, como dejó el terremoto al Distrito Federal.

La Esperanza a mil 425 kilómetros

Proveniente de un pueblo de migrantes, acostumbrada a escuchar las historias oníricas de las tierras de ensueño, de las aventuras con los *enganchadores* a lejanos lugares donde el trabajo de la pizca es mejor remunerado, a Zeferina no se le dificultó obtener la información. El destino: La Esperanza.

Con los contactos establecidos y el camino de la negociación bien entendido, un buen día se decidió, tomó estrictamente lo necesario y subió al autobús que los contratistas de Sinaloa proporcionaban gratuitamente a quienes se aventuraran por esas tierras nortañas.

Difícilmente esos viajes se hacen en la soledad. Zeferina estuvo acompañada por algunos parientes. Todos confiaron en la promesa de comida segura, un techo digno, un buen salario y, lo mejor, un trato respetuoso.

Con las manos en el regazo, decenas de preguntas sobre su futuro y la mirada perdida en los valles, planicies y montañas que deslizaban fuera de su ventanilla, esta muchacha de apenas 20 años atravesó Guerrero, Morelos, Querétaro, Guanajuato, Jalisco y Nayarit hasta llegar al centro de Sinaloa, a La Esperanza, uno de tantos campos agrícolas que reciben anualmente a miles de familias de jornaleros que huyen de su propia pobreza.

La cruda realidad

“Pero esto no es así, pues los contratistas no cumplen con ninguna de las promesas que nos hacen. También dicen que vamos a recibir tal cantidad de dinero, pero no es así” y cuando se les reclama, contestan con evasivas, cuenta Zeferina. Así era entonces y así es hoy. El salario promedio es de 55 pesos por ocho horas, pero eso es mejor que nada.

“Con estas expectativas llegué a trabajar a los campos agrícolas. Empecé a levantar la tierra con el azadón”, actividad que realizó al principio, luego se fue a cortar tomate.

En La Esperanza, a Zeferina le esperaba un enorme galerón techado con láminas galvanizadas. El calor de mayo, cuando las temperaturas ascienden hasta los 45 grados centígrados, era insoportable. En el mismo espacio cohabitaba con otras familias que habían arrastrado en su peregrinar a todos sus hijos. Había las que llevaban hasta siete pequeños, todos ellos brazos y manos aptas para la cosecha. Todos ellos un jornal más con magro salario. Todos ellos víctimas innegables de los males que a muchos los deja sin vida: diarreas, influencias, neumonías.

La vida en condiciones extremas y de hacinamiento no es sencilla. Zeferina cuenta que, en el caso de las mujeres, la jornada se inicia muy de madrugada, entre las tres y las cuatro, preparan el desayuno “con suerte, en estufa, o prendiendo un fogón —un tambo y leña— para los frijoles”. A las siete de la mañana ya están en la labor.

Por ellos vienen a las 6:30. Para entonces ya deben estar desayunados y con su almuerzo en las manos, comida que evidentemente también preparan sus mujeres con antelación, comenta Laura Elena Vicencio, supervisora de promotoras sociales del Programa de Atención a Jornaleros Migrantes (PAJA).

Para el jornalero, su faena termina cuando regresa al campamento. Para ellas, que llegan media hora después, aún les falta trabajo por realizar. Hay que cocinar,

limpiar el pequeño espacio que se les ha dotado como estancia y “correr a los lavaderos o al canal antes de que otras les ganen el espacio”, informa Zeferina.

Ella lo vio y lo vivió todo. Miró a las mujeres adelgazar casi hasta la desaparición, víctimas de la anemia y la desnutrición; escuchó a esas madres resoplar y ahogarse de asma o enfermedades bronquiales; las asistió con un té caliente para mitigar los dolores estomacales provocados por el contacto cercano con agroquímicos y pesticidas. Sobre todo, ellas. Más que ellos, ellas.

Un giro de vida inesperado

En estos campos de cultivo, como en cualquier otro que se despliegue en territorio nacional o extranjero, toda la familia trabaja la tierra: la madre, el padre y los niños mayores de seis años.

Quizá porque Zeferina tuvo que dejar a la pequeña Aurora, con apenas dos años de edad, su mirada de maternidad truncada perseguía a esos chiquillos. Quizá por eso también empezó a involucrarse en las labores comunitarias. Quizá todo eso, aunado a que le llegó el amor, y ello le permitió quedarse a vivir en la zona y tener su propia casita, fue lo que le dio empuje para darle a su vida un giro insospechado.

Antes de que acabara su primera temporada, un lugareño le rondó el corazón y se quedó a vivir con él. Con la llegada de “mi niña, como a los dos años, conocí a las promotoras sociales en La Esperanza”.

Se involucró poco a poco en estas tareas. “Primero nos ayudaba desde su casa, luego a cuidar a los menores, a las labores de limpieza y otras actividades”, recuerda Laura Elena Vicencio, actualmente su jefa.

“Las empecé a apoyar. No les pedí nada. Me gustaba. Si me decían reúne a la gente, lo hacía”, y Zeferina cumplía presurosa la encomienda, nada fácil cuando se trata de cientos de familias. Cada temporada, entre septiembre y mayo, Sinaloa recibe casi 200 mil jornaleros. Y 47 de cada 100 son mujeres.

Un pequeño espacio para guardar sonrisas

Hoy Zeferina tiene dos hijos adolescentes con el lugareño, una de 16 y otro de 11. Pero en aquellos ayer, cuando llegaron para incrementar la familia, la preocupación de esta guerrerense se centraba en dónde dejarlos mientras cum-

plía con el trabajo. “Me los tenía que llevar chiquitos a trabajar. Luego de que pusieron la guardería fui la primera en dejarlos”.

La guardería empezó en un cuartito de vivienda, de cuatro por cuatro metros, donde apenas cabían. Luego se hizo un módulo más amplio donde estaban los más pequeños. “Les decía a las jornaleras que dejaran a sus hijos porque ahí iban a tener comida calientita, estarían en la sombrita, jugarían. Hoy, de tanto platicar y platicar, la gente se ha hecho a la idea de llevar a los niños a la guardería y han visto que son bien cuidados”. Ella misma se encarga de la elaboración de los alimentos para los pequeños que están en la estancia, y convive con ellos lo más que puede. Coordina las actividades cuando la promotora social no está en el campo, Zeferina es la única responsable.

Férrea defensora de la guardería, esta mujer venida de la sierra de Guerrero no permite que los pequeños lleguen y destruyan. “Si veo que están haciendo destrozos, les llamo la atención. Les digo que es un bien para ellos. Este espacio es el que se ha mantenido más y me gusta”. Cuando se llena de niños está alegre. Cuando ellos están, “se llena de dibujos, se escucha música, se vive con alegría en el campamento”, y cuando la temporada termina, Zeferina regresa sólo para barrer y limpiar.

Los resultados de un trabajo atendido con dedicación y entusiasmo están a la vista: los hijos de los jornaleros de La Esperanza ya no tienen que pasar penurias en los campos de cultivo. Ya no van a trabajar, como sucede en la mayoría de los campamentos. Y esa labor repercute en el bienestar de todas las mujeres, aunque la carga para ellas sigue siendo pesada, pues “los hombres no apoyan en las labores domésticas”, afirma Zeferina.

Arturo López, responsable estatal del PAJA, informó que “ahora está realizando campañas de limpieza con los menores del campamento. Ella se siente parte de la promoción social. Poco a poco hemos visto cómo se ha superado y ha dejado de ser una jornalera para dedicarse a otro tipo de labores”, tareas por las cuales recibe un sueldo de la agroempresa en La Esperanza.

Un nuevo hogar

Zeferina Romero hoy, a sus 37 años, ya es abuela. Aurora, que ha seguido sus pasos de jornalera agrícola y vive en Carolina del Norte, al otro lado de la frontera, se casó y tiene una hija.

Lamenta no poder verla, o a sus padres, pero es que ahora está construyendo su casa. Hace tres años ella y su esposo compraron un terreno y están haciendo unos cuartos. "Hace mucho tiempo que no voy a visitarlos. Les he dicho que voy a volver en cuanto termine lo básico de la casa. Mi mamá me ha dicho que no quiere que le mande dinero sino verme".

En el 2003 dejó el campo Esperanza, su hogar durante 17 años. Y aunque ya no reside en el campamento, sigue orientando a los jornaleros "para que tengan una vida mejor".

Pero sabe que por más que haga, es ya sólo un recuerdo en su pueblo. La verdad es que optó por esta vida, y porque a fin de cuentas está haciendo lo que quiere: ayudar a la gente: "Si no pude en mi pueblo, aquí lo hice. No es la misma gente, pero finalmente somos personas que buscamos salir adelante".

Hoy, 18 años después, sabe que solamente con su trabajo entregado, la promesa de encontrar un lugar mejor se cumplirá para las itinerantes familias jornaleras: por lo menos sus hijos tienen ahora un espacio, modesto pero alegre, en el que estarán cuidados y alimentados.

Zeferina encontró su vocación como promotora social, y eso le ha permitido darle a su vida un sentido de servicio que nunca imaginó.



CARMELA VÁSQUEZ: UN FARO DE SALUD

Ejutla, primera parada en el incierto camino de la emigración zapoteca, es el lugar donde Carmela Vásquez Méndez trabaja a contracorriente por evitar la muerte. Con su estetoscopio y un baumanómetro como únicos escudos contra la enfermedad, allí donde no hay médicos, ella encontró que dar salud, “es ser algo más en la vida”.

Autodidacta como su padre, quien aprendió él solo a leer a los 15 años, esta promotora de la salud ha sustituido el huipil y el rebozo tradicionales de esa zona zapoteca en el Valle de Oaxaca, por un vestido azul. Como cualquier enfermera o médico de otro sitio, su amor por la vida lo acompaña siempre con enfáticas recomendaciones, las que emite con la autoridad que le ha dado el trabajo de 15 años en este terreno. En lengua zapoteca instruye principalmente a las mujeres, a las cuidadoras de las familias, porque conoce los riesgos de ser indígena, pobre y migrante. Un rosario de consejos para alejar el dolor que vio desde niña en su pueblo.

Nació el 10 de julio de 1958 en Coatecas Altas, camino que a pie dista una hora y media de Ejutla, la cabecera municipal. Su suerte estaba marcada por la costumbre: un matrimonio adolescente y como único futuro, la atención del hogar y la familia. Pero logró burlar al destino. El matrimonio “no era para mí”, dice ahora más convencida que nunca. Para ella, el valor de la vida no empataba con la interminable serie de faenas ni con llenarse de hijos para cuidar o verlos morir pequeños por falta de atención médica, como era frecuente en su pueblo. Tampoco era recibir golpes o malos tratos ni dormir en un rincón.

Una niña de cabeza grande

Era una niña rara que no gozaba con los menesteres de la vida doméstica, pero la atraían mucho las cosas que venían de “fuera”, como estudiar. Su padre, don Arcadio, sin perder la esperanza de que la más pequeña de su numerosa familia regresara al redil, optó por enviarla a la escuela. En aquellos años el municipio de Ejutla promovía la educación de todos los niños y niñas, imponiendo una sanción de 50 pesos a aquellos padres que impidieran la asistencia de quienes tenían ese derecho a la escuela. Por eso, a los seis años cumplidos, la mandó a la primaria.

La gente decía que ella no iba a aprender, que tenía la cabeza muy grande, “así que tuve que echarle muchas ganas a la escuela y cuando menos se dieron cuenta, había terminado la primaria”, el logro académico más alto en la comunidad. Carmela recuerda que pasó horas mirando el mismo cuaderno, repasando la misma lección. Ella no podía reprobar, tenía que poner toda su perseverancia porque así podría llegar a “ser algo más”.

La familia la veía como una muchacha distinta. En ese mundo tan pequeño, ella se obstinaba en tener una vida diferente. Durante el tiempo que estudió la primaria en Coatecas, no le enseñaron nada del trabajo doméstico. “Era muy consentida. Mi madre no me enseñaba nada de la casa ni me dejaban hacer nada. A mí me daba coraje porque veía cómo otras mujeres de mi edad ya echaban tortillas, pero yo todavía no podía. Cuando tuve 16 años finalmente mi mamá me permitió aprender a echar tortillas. Realmente no sé qué pensaba. Decía que eso no era para mí”.

El logro académico le ayudó para que sus padres reconocieran que el estudio valía la pena. ¿Quién podía presumir de tener la primaria terminada en la comunidad de Coatecas Altas? Carmela evoca su propia imagen, sus 12 años con diploma en mano y un lapicero, regalo de sus padres, finalmente orgullosos de ese triunfo.

Carmela es poco expresiva cuando habla. En su rostro están las huellas que le dejaron los años de esfuerzo y penurias de la pizca en los campos norteños. Tiene sus propios surcos en el rostro. En ese silencio tan valorado por la gente indígena vivió alegrías infantiles como el día que disfrutó caminar con su primer par de huaraches; pero también tristezas e impotencia, como la que sufriera, dos años más tarde, siendo una adolescente, cuando por carecer de dinero y trans-

porte no pudo estudiar la secundaria, ubicada en Ejutla, la cabecera municipal, lo que le implicaba invertir tres horas diarias de camino a pie, ida y vuelta.

La hora del matrimonio se acercaba. A los 14 años recibió la propuesta matrimonial. Carmela entonces reunió valor, todo el que tenía guardado. Tuvo que hablar muy seriamente con su padre para decirle que ella no aceptaba casarse. “Sobre mi vida mando yo”, se atrevió a decir, irreverente.

“No sé ni de dónde salió todo lo que le dije a mi padre; creo que del deseo de seguir estudiando le había agarrado sabor. No sé como explicarlo, pero me gustaba eso del saber”. Valía la pena defenderse. Tal vez por eso esgrimió con entereza que ella era la única con primaria terminada, el máximo grado de educación en todo Coatecas Altas.

Luego, con voz casi apagada, insistió en rechazar la oferta matrimonial. Bajito lamentó ante su padre la tristeza que reflejaba su hermana Heradia, quien apenas estudió el tercero de primaria. A los 13 años ella “ya estaba dada en matrimonio. El muchacho sólo esperó otros tres años y luego se la llevó”. La desazón se asoma efímera en su rostro: “Aunque nunca me lo dijo, sé que la trataba mal, como a muchas otras mujeres en el pueblo. Yo la veía triste, casi nunca sonreía. Algo dentro de mí me dijo que ése no sería mi camino. No sé bien cómo, pero así lo sentí”. Don Aurelio acabó por darle la razón a su hija.

Sin boda ni escuela, Carmela tuvo la consigna de cuidar los chivos de la familia. El tiempo parecía haber silenciado a la joven.

El poder del alivio en una jeringa

Cuando Carmela tenía 18 años, su padre se enfermó de la vesícula. Hubo que trasladarlo a una clínica privada en Ejutla, única en el entorno que contaba con los aparatos y estudios necesarios para su atención. El médico cobró por operarlo lo que valían todos los chivos. Así, tras cinco años de pastorear por los montes a su pequeña manada de cabras, se quedó sin animales para cuidar.

Don Aurelio regresaría a Coatecas Altas con un largo tratamiento de antibióticos entre las manos. Necesitaría inyecciones y nadie en el pueblo sabía cómo ponerlas. Llevarlo a Ejutla para su aplicación resultaba impensable. Antes de que su padre saliera de la clínica, Carmela tuvo la oportunidad de acercarse a la enfermera que lo curaba y le pidió que le enseñara a inyectar. De ellas siempre admiró su seguridad, su porte, su traje y su estricta bondad. Orgullosa, le

dijo que había terminado la primaria, que en Coatecas Altas no había quien le pusiera la medicina y que si no había seguido estudiando era porque no había dinero en casa.

Sin saberlo a ciencia cierta, había iniciado un proceso de aprendizaje que le marcaría la vida y la relacionaría para siempre con la salud. Descubrió que tenía el poder de aliviar dolores insoportables, como los que le dieron a su padre, y curar las infecciones de la gente de su pueblo.

“Eso fue algo muy importante para mí. Sabía hacer algo más en la vida, algo que además ayudaba a la gente”.

Qué lejos estoy del pueblo donde he nacido

La pobreza de la familia Vásquez arreció con la venta de los chivos, sustento principal de la familia. A Carmela, con 19 años de edad, le llegó la hora de emigrar a la pizca en los campos agrícolas de Sinaloa, a 40 horas de autobús.

Los rugientes DINA entraron al pueblo, como cada año. Las familias prepararon su equipaje al escucharlos llegar. Hombres y mujeres se arremolinaron junto a los camiones y ultimaron detalles con los enganchadores, hombres famosos en el pueblo que llegaban desde el norte con muchas promesas de bienestar.

“Me iba con gente extraña, además. Con tantos años en las montañas cuidando chivos y recogiendo leña, no me había relacionado con casi nadie. Todos eran prácticamente extraños para mí.

“Cuando llegué a Ejutla, iba temblando de susto. Ahí estaba toda la gente con la que iba a emigrar. Estaban haciendo fila. Había muchas mujeres, niñas y niños con sus bolsas y sus cajas de cartón. Algunos ya sabían a lo que iban, otros como yo, era la primera vez que lo hacíamos”. Fue la primera de diez temporadas que cubrió en la pizca en Sinaloa y el corte de fresa en Guanajuato.

Carmela arribó a esas tierras norteñas joven y sana. Pronto la realidad y el cansancio diario de la pizca permearon su ánimo. Fue testiga de cómo la muerte acechaba, sin tiento, los galerones de lámina sin ventilación. Vivió el hacinamiento de las personas y de los microbios que favorecen hasta la tuberculosis. Supo del agua que bebían de un canal pestilente. Miraba a las familias agotarse bajo el rayo del sol; a las avionetas que, sin avisar, fumigan a jornaleros, hombres y mujeres. Y sufría la siempre insuficiente comida, la cual era cocinada, mañana tras mañana, en un fogón improvisado. Carmela no podía evitar mirar

en los rostros de esos pequeños, la tragedia que tantas veces presencié en Coatecas Altas. El descuido en que vivían le partía el corazón.

En cada temporada los cuadros se repetían: familias enteras con diarrea y dolores de estómago debido a los parásitos. Las mujeres que se levantaban antes de que saliera el sol para guisar los frijoles, regresaban del campo por la tarde a seguir cocinando y lavando hasta que caían agotadas con dolores musculares, de cabeza, con debilidad general y mareos. Eran mujeres anémicas, sufrían asma. “Las señoras se enferman más que los hombres en los campos”, apunta Carmela. Pasaba el tiempo y su angustia por ayudar aumentaba.

Emigrar por puritita satisfacción

Durante tres años Carmela padeció la impotencia de ver los estragos de las enfermedades. No le fue fácil acercarse al puesto de salud. “Era más fuerte el sufrimiento que veía en la gente que mi miedo”. Pero un día se ofreció de voluntaria. Anunció que sabía usar una jeringa, y que tenía la primaria terminada. El resto fue sencillo: había pocos voluntarios y la propuesta de Carmela fue bien recibida.

Le hicieron un examen, tomó apuntes en su cuaderno (lo que confirmó su lecto-escritura), le dieron una jeringa que llenó con agua y la clavó en un tomate verde: sabía inyectar. La siguiente tarde, al terminar la jornada de pizca, después de ocho horas de trabajo encorvada bajo un sol de 40 grados, recibió su única capacitación. Le enseñaron a manejar las vacunas y las bondades de prevenir la tuberculosis, la polio, el sarampión, el tétanos y consejos de vida como hervir el agua para evitar enfermedades estomacales.

Desde entonces, casi religiosamente cada tarde, tras levantarse a las tres de la mañana para preparar desayunos y almuerzos, y estar en el campo a la siete a fin de concluir a las cuatro, Carmela recorría el campamento con su hielera de unicel al hombro: iba a vacunar. Aprovechaba para hablar con las madres y darles consejos para hervir el agua, prevenir y atender una diarrea, para advertirles que una tos puede ser tuberculosis. Salvó vidas sin que nadie lo aquilatara, pero no le importó.

A los campos llegan personas de etnias distintas: zapotecas, mixtecas, triquis, nahuas, mestizas. Sus costumbres son particulares y ella las tuvo que aprender. Aunque entendía bien la relación entre higiene y salud, no podía llevar siempre

su mensaje, por la barrera del idioma, la cual logró romper con la ayuda de otras mujeres que, por su trabajo, confiaron en ella y le sirvieron de intérpretes.

En las campañas de vacunación, las mujeres triquis la veían llegar y cerraban inmediatamente la puerta; hasta escondían a los niños. Pero el éxito con otras mujeres a quienes les había vacunado a sus hijos le fueron abriendo las puertas. Su trabajo se comentó de boca en boca. Carmela se convirtió, poco a poco, en referente de salud. Después de tres años como promotora de salud, emigraba más por la satisfacción de su trabajo voluntario, que por los 55 pesos que cobrara por ocho horas de trabajo.

“El dinero me servía para apoyar a mi familia, pero saber que ayudaba a las personas, en especial mujeres y niños, que son los que más sufren en estos campos, me alentaba y le daba sentido a mi vida”.

No basta una jeringa

Tras cada emigración a los campos de cosecha, Carmela regresaba siempre a su natal Coatecas Altas. Con 36 años a cuestas, recuerda que fue en 1994, cuando conoció al personal del Programa de Atención a Jornaleros Agrícolas (PAJA). Ellos sabían de sus labores en los campos de Sinaloa. Por eso se acercaron a ella y le propusieron capacitarla para ser promotora de salud.

En Tlacolula de Matamoros, sede de su capacitación, aprendió que no era suficiente su jeringa y sus palabras. “Me di cuenta de que era necesario tener una báscula, un baumanómetro (aparato para medir la presión), un termómetro y hasta un estetoscopio para llevar un control más exacto de la salud, principalmente de las mujeres embarazadas y los niños, por lo que exigí a los de jornaleros que me proporcionaran ese equipo médico. Se tardaron dos años en traerlo, pero lo trajeron”.

Hacia 1999 Carmela decidió no volver más a aquellas tierras de fuego, ni a esos campamentos de hacinamiento y muerte. Se estableció de forma definitiva en Ejutla, donde la emigración inicia el agreste camino hacia los campos agrícolas de Sinaloa, Guanajuato, Sonora y Baja California.

La necesidad de unos cuantos pesos obliga a minimizar los riesgos. Muchas mujeres embarazadas prefieren ocultar su estado con tal de tener el trabajo. Las precariedades que viven durante el viaje y en el sitio mismo de la pizca les provocan partos prematuros, toxemias, hijos con bajo peso al nacer y hemo-

rragias peligrosas. Las consecuencias funestas son un peligro latente, muchas veces insalvable. Carmela no sabe atender partos, pero sí fue capacitada por el PAJA para detectar embarazos problemáticos o reconocer señales de alarma para advertir y canalizar a la madre al hospital aun antes de que suba al autobús.

“Buen viaje y regresa pronto”

Un cartel despide a los migrantes en el pueblo donde se quedó Carmela. Hoy ya son más de 15 años de trabajo con esta población. En su momento ella conoció y vivió la realidad de trabajar como jornalera —su *modus vivendi*— y, al mismo tiempo, ser voluntaria en la promoción de la salud. Valorada por el Programa IMSS Oportunidades, ahora recibe 350 pesos cada mes por ese servicio que cumple con mística inusual.

Emprendedora y siempre dispuesta a trabajar por la comunidad, Carmela se involucró en el proyecto de una panadería que el propio PAJA instrumentó recientemente. Allí, junto con otras siete mujeres, ex migrantes como ella, dotadas de un horno y una batidora industrial, se dedican a elaborar pan, con lo que complementan sus ingresos.

Su capacitación es continua, como lo muestran más de 20 diplomas que la acreditan como gestora social y de salud, así como defensora legal de migrantes. Estos cursos le dieron herramientas educativas suficientes para construir sanitarios ecológicos o cocinas en alto para evitar la contaminación de los alimentos.

Se ha enfrentado a la dura realidad del VIH-SIDA, síndrome que ya ha cobrado algunas vidas en la localidad oaxaqueña. En su trabajo con mujeres aprendió lo importante que es hablar a tiempo sobre cáncer cérvico uterino y de mama, o violencia intrafamiliar.

Y también aprendió a hablar con los varones: “A la gente no le gusta hablar de lo que tiene que ver con su vida íntima, pero tienes que hacerlo”, dice Carmela Vásquez. Sabe que aunque cada vez viajan más las mujeres, muchos hombres emigran solos dos temporadas al año. Por eso es necesario hablar sobre la protección que les brinda el condón. Y “cuando les hablo de vasectomía, se ríen”, pero ella persiste. Su triunfo: dos hombres ya se operaron.

Ahora ha sembrado la semilla del conocimiento en otras cuatro mujeres que ha capacitado como promotoras de salud. Entre sus discípulas está Basilisa Sánchez, una joven de cara dulce y con 16 años de edad. Ella es la encargada de

uno de los cuatro sectores en que se dividió a la población. Basi, como Carmela, concluyó su primaria y no pudo seguir estudiando; tuvo que hacerse cargo de sus hermanos.

Aprende de Carmela lo que a ella le tomó 15 años: no todo es una jeringa y un montón de palabras. El secreto, reveló Carmela, es la constancia y aferrarse al deseo de ser alguien más.

SORAYA: LA NECEDAD DE VIVIR¹

Podría haber sido sobrecargo, como soñaba desde que pasaba frío y miedo junto con su hermana Marcia, obligadas por su madre a dormir bajo la escalera húmeda del edificio donde vivían hace 20 años, en el rumbo de San Cosme, en la Ciudad de México. Y todo, porque tenía que recibir en el departamento a sus “tíos”.

Soraya y Marcia encontraron pronto el camino de la escalera a la calle, y de la calle a la casona abandonada de Sadi Carnot en donde vivieron con otros niños callejeros. Hasta esa construcción desvencijada, durante años llegaba su madre a visitarlas para compartir con ellas lo que aprendió también de joven: a “monearse” con una estopa empapada en aguarrás o Resistol 5000. Era el inicio de los años 90.

“Para que una niña deje el espacio doméstico, por difícil que éste sea, necesita haber pasado por situaciones extremas e irresolubles. La vida de la calle es mucho más dura para una niña que para un niño”, lamenta Nery López, educador de calle en la Fundación Pro Niños, IAP, etnólogo, compadre de Soraya y testigo de su vida sin asideros, sin límites, sin superyó, que llevó a la mitad de la descendencia de esos mismos padres a optar por las banquetas.

Sus amigos, hoy adultos indigentes, recuerdan que Soraya tendría unos 13 años cuando llegó a aquella casa. Los que quedan, deambulan lejos de los radares de la sociedad por el Monumento a la Madre, debajo del puente gris que atraviesa hacia el Centro Comercial Galerías, donde todavía, con cierta facilidad,

¹ Su nombre real, así como el de algunos otros personajes han sido cambiados para proteger su identidad y memoria.

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en el cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa,
tomar la eternidad como a destajo

el día del mercado sobre ruedas hallan quien les regale un taco de carnitas o cajas de huevo o una Mirinda.

Se ubican allí, donde en el cruce de dos avenidas y el Circuito Interior, a cada luz roja, aparecen miles de parabrisas para ser lavados con la ayuda de una botella llena de jabón y un jalador. A cambio reciben unas monedas, que pueden sumar hasta 200 pesos en un día de suerte.

La adolescencia de Soraya pasó entre el *ská* y la música de banda, cuidando a otros niños y siendo cuidada por Marcia y los hermanos Gustavo y Marcos. Pocos viven para contarlo, porque la mayoría murió en riñas, atropellados, por el abuso de las drogas o el Sida.

“¿Qué hay, amigo, al otro lado del silencio?”

Cuando conoció a Soraya y a su mamá, Raúl, *El Duende*, era un niño guapo, de ojos claros y cabello castaño, de clase media de la colonia San Rafael. A cambio de unos pesos, la señora debía dejar a Raulito, sano y salvo, en la primaria. Suena increíble que años después su misma cuidadora le ofreciera su primera estopa para inhalar. Era la tónica de lo que Soraya vivía al lado de su madre.

Como todos los niños de la calle, primero dejó de ir a dormir una noche, y un día *El Duende* ya no regresó a su casa. Prefirió la casona. Soraya, dice, “era bien *chido*, bien buena onda, era más grande que yo y siempre me cuidaba”, y en su guitarra negra, vieja pero cuidada, tocaba *Al Otro Lado del Silencio* de Los Ángeles del Infierno, porque le gustaba a su amiga, esa que un día decidió abandonar la vida de la calle.

Su hermana Marcia “era más *cábula*”, dicen quienes las conocieron entonces: Daniel, el del ojo supurante; la “Mana”, desdentada y de pañoleta atada a la cabeza; los hermanos Martín y Samuel, novios de las hermanas en distintos momentos, originarios de Mérida y habitantes del puente; y hasta los educadores de calle en Pro Niños y los de Casa Alianza.

Soraya era maternal. Era tibia. Hugo, cabello hirsuto y bigote escaso, poblador de la calle desde los diez años de edad, siempre halló refugio en ella: “Acompañaba mi soledad”.

Daba confianza acercarse a la joven de ojos andaluces, de labios delineados y comisuras alzadas. La ternura que prodigaba a los más pequeños con los que

vivía entre cartones y perros flacos, les permitía sobrevivir al hambre, el suelo duro, la “eriza” por falta de “activo” o PVC.

Las hermanas, a veces rivales y casi siempre cómplices, vivieron juntas la muerte de la madre. Un día el padre ausente y siempre guapo, reapareció con un trabajo estable en la Comisión de Luz y Fuerza del Centro y la novedad de que en adelante tendrían una vida feliz, con otra mamá, bajo un techo compartido por los abuelos. Fue un fracaso. Las idílicas escenas familiares se trizaban con la violenta figura paterna y sus cambiantes parejas, que mudaban de rostro y trato cada tantos días.

Samuel, *El Abuelo*, de 27 años de edad, al que se le conoce no sólo por ser uno de los mayores del grupo, sino por su larga barba, ausencia de dientes y constante temblor, es capaz de salir de su sueño de inhalantes y medicamentos psiquiátricos para recordar el día que conoció a la que todavía llama su “esposa”.

Estaba “viendo televisiones en Revolución con una banda. Me tocó así, el hombro y me dijo: ‘Yo me quiero ir contigo’. Pero yo ando en la calle, le contesté. ‘No importa, me quiero ir contigo’”.

Te acordarás de mí

Samuel anduvo con Soraya, pero también con Marcia. Su hermano Martín fue novio de Marcia, pero también de Soraya. Samuel dejó en Soraya un niño que ya tiene ocho años. Y Martín dejó en las hermanas un virus, el de la Inmunodeficiencia Adquirida.

Soraya, quien se alegraba con las cosas más pequeñas de la vida, dio a luz un niño sano en 1996. Se fue con Samuel a vivir a El Levantón, un albergue de la Fundación Pro Niños. Luego, Samuel regresó a deambular en la zona comercial de Galerías. Soraya ya no lo siguió, optó por cambiar su vida, decidió que su pequeño hijo Axel no podía vivir en la calle y lo dejó en manos de sus abuelos, su padre y la madrastra en turno.

En 1997 ingresó al programa Luna de Casa Alianza, que en ese entonces contaba con un albergue para menores con Sida. “Sabía que tenía que cuidarse y estar alerta a la enfermedad. Se preocupaba por tomar el medicamento y tomar terapia. Pero era tan frágil al mismo tiempo, que el inconsciente hacía su tarea”, cuenta Laura Castellanos, primero su educadora de calle y, más adelante, su madre adoptiva.

Sin la fuerza para poder acompañarla en el camino que Soraya había elegido, Marcia intentó regresar a vivir con su padre, pero un día se rindió e hizo lo que casi todos los habitantes de la calle con VIH: rechazó la ayuda familiar, la institucional y volvió para morir en una banqueta. Era el año 2000. Soraya nunca se repuso de ese dolor, el cual le sirvió para vislumbrar otro camino. Se convirtió en su Rubicón.

Soraya vivió en el albergue Luna casi tres años más, probando nuevos cócteles antirretrovirales, entrando y saliendo del Instituto de Nutrición Salvador Zubirán o del hospital de la organización Ser Humano A.C. “Lo que siempre la puso muy enferma fue su estado emocional. Si se peleaba con su familia, sucedía algo con su hijo o sus parejas, se dejaba caer”, recuerda Saúl Rodríguez Salazar, trabajador social de Casa Alianza.

Pese a todo, “a diferencia de otros chavos de la calle, le costaba menos trabajo que siguiera su tratamiento y saliera adelante”.

Policía, policía... llévese a Genaro, quien me robó el corazón

Entonces, allí en Casa Alianza, conoció a Genaro. Soraya se maquillaba, estudiaba la secundaria abierta y tenía una beca otorgada por Ópticas Devlyn para capacitarse en la fabricación de lentes. Visitaba a Axel en casa de su padre, a ese hijo para quien nunca pudo ser una madre como cualquier otra. La calle y su estigma fueron siempre un obstáculo insalvable para su maternidad real.

Y pese a ello, en su diario, registraba su necesidad por vivir: “Pienso en mi pareja y en mí y en mi hijo, pero con esta enfermedad me desespero y no sé qué hacer, si dejarme morir o luchar por mi vida y mandar todo al diablo. Lo pensaré chido”.

Luego Genaro se fue. Salió de Casa Alianza para regresar al lado de sus padres, con la firme convicción de rearmar su vida, hacerse un hombre de bien, por Soraya. Pero un par de meses más tarde, Genaro se suicidó. Entonces Soraya dejó de tomar los antirretrovirales y regresó al hospital.

Una tras otra las tragedias se sucedieron: uno de los hermanos de Soraya, también habitante de la calle, fue asesinado en un lío de drogas. Sobre él escribió en su cuaderno: “Se va a encontrar con mi hermano Marcos, Marcia, Miguel, mi mamá y mi abuelita y les va a dar muchos saludos y abrazos... Cuando me llegue el momento de estar con ustedes, pero que no sea pronto, que tarde mucho tiempo para estar a su lado para poder ver a mi hijo grande”.

“Había una forma en que los sueños que iba construyendo se rompían”, lamenta Laura. Un buen día se cerró el albergue de Casa Alianza y Laura la invitó a vivir a su pequeña casa en Culhuacán, al sur de la ciudad, donde solamente habitaban ella y su hijo adolescente.

Soraya presentó todas las enfermedades posibles alrededor del síndrome que padecía: virus del papiloma humano, tuberculosis ganglionar y una bacteria poco conocida que ataca al sistema nervioso central. Aunque Casa Alianza garantizaba el tratamiento en la Clínica Condesa, los gastos de la cuidadora y de los estudios corrían a cargo de Laura.

Soraya hacía ver a Laura que se sentía una pecadora y no solamente una persona con una vida de perro. Se acercó a la religión e hizo la primera comunión. Aun cuando su deterioro avanzaba, en julio del 2003 organizó el bautizo del pequeño Axel. Nery fue el padrino. Improvisaron un altar en la casa de Culhuacán, comieron tamales y se tomaron fotos. Fue su gran evento, por lo menos en su condición, porque para entonces ella apenas si podía sostener su espectral figura junto a su niño.

Fue en ese verano cuando el padre de Soraya golpeó a Axel, al hijo que ella había sacado de la calle para protegerlo de la violencia urbana. Fue tan notoria la golpiza, que el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) intervino y se lo quitó. Hoy Axel habita en medio de los bosques en Valle de Bravo, en una institución de asistencia católica donde estará hasta la edad en que sus calificaciones e ímpetu por seguir una carrera le permitan optar por una beca para continuar sus estudios en Italia, donde la propia organización lo enviaría.

Pero Soraya se fue quedando sola. Alguna vez la visitaron sus amigos de Galerías. Y Samuel. Y su padre. Conforme su cuerpo enfermo se parecía cada vez menos a la Soraya coqueta, maquillada, que gustaba de tomarse fotos en la Casa Alianza, la de los ojos andaluces perdió la línea de los labios y se fue secando como capullo sin mariposa.

No me olvides, por favor. Recuérdame muerta

Una mañana de septiembre de 2003 los velatorios del ISSSTE en la colonia San Rafael se llenaron de malolientes, desdentados, “chemos”, vagos y jazmines, todo lo que ella planeó para su funeral. Todos ellos recuerdan con tristeza ese día, apelaban a un dios, en el que todavía creen, para que cuide de Soraya.

Soraya falleció dos días antes de que Laura regresara de un viaje de trabajo a Oaxaca. La esperó hasta que su cuerpo la traicionó. Incluso los médicos reconocieron que había aguantado más allá de lo imposible.

Laura rememora: “Era una injusticia con ella misma no dejarse ir porque su cuerpo no daba para más. Era terrible, porque ninguna enfermedad la mató. Se fue apagando como si tuviera fusibles. Ya no podía mover el lado izquierdo, apenas podía abrir los ojos, hablar, sin dejar que la muerte llegara. Vivió una mezcla inmensa entre el miedo a morirse y el deseo de vivir, de experimentar otras cosas. Tenía tan fuerte la voluntad de vivir... Nunca he visto algo así en tantos años de trabajo con niños de la calle”.



MARTINA RODRÍGUEZ: RECOGE LO QUE SE SIEMBRA

Como ella, ahora hay otras mujeres que no se dejan. Saben gestionar y se defienden. Por entre las altas varas que apuntan al cielo potosino, se las ve trabajar arduamente en los campos cañeros, sus tierras, de las que viven. La mayoría son esposas de ejidatarios; otras, dueñas por herencia, y las menos, por derecho propio, como Martina.

En medio de un mundo donde el hombre es el que manda, Martina se creció al castigo y volvió para darle cauce a su futuro. Abandonada muy joven y con tres hijos, sacó la casta, rompió tradiciones y hoy es no sólo Comisaria Ejidal del ejido Emiliano Zapata (desde hace año y medio), sino una de las dos únicas autoridades femeninas que conforman el grupo de 57 comisarios en la Huasteca Potosina.

Consciente del esfuerzo que realizó para demostrar que una mujer puede manejar sus propias tierras, Martina Rodríguez Martell cosecha caña y gestiona lo mismo créditos para la siembra, que apoyos para introducir mejoras en su comunidad o los beneficios de los programas federales para poblaciones marginadas.

Pero el tiempo en el campo, como las buenas cosechas, se multiplica. Por eso también promueve entre sus vecinas proyectos productivos, así como cursos y talleres sobre autoestima, planificación familiar y violencia intrafamiliar. La organización de la comunidad ha sido tan eficiente, que en Emiliano Zapata, la venta de alcohol está prohibida.

Quince años tenía Martina

Esta rolliza, alegre y platicadora mujer de Santa Rosa, municipio de Tanlajas, tiene hoy 47 años. Su cara redonda y morena está enmarcada por su pelo cas-

taño cortito, que apenas le cubre las orejas. Hija de campesinos, a la tierna edad de 13 años, Martina no pudo librarse de la tradición de un matrimonio precoz. Ernesto Martínez, un joven campesino de 18 años, del vecino ejido de Emiliano Zapata, le empezó a hacer la ronda. “Mi mamá y papá me cuidaban mucho, no permitían que habláramos en la calle. Teníamos que vernos en la casa, delante de ellos”. Pero a los 15 años sucumbió, “por la Iglesia y por lo civil”.

Se fueron a vivir a Emiliano Zapata. Ernesto tenía un solar de 12 metros cuadrados y tres hectáreas de tierra. Allí vio lo mismo morir a su primer hijo, crecer a los tres siguientes, que desmoronarse su futuro. “Nuestra relación duró poco más de diez años; tuve cuatro hijos. Cuando cumplía los 25 años, de repente, él se fue, no supimos adónde”. Martina se quedó sola y se sintió desamparada, por lo cual regresó a vivir con sus padres. Un año duró en la casa materna. “Ya no me hallé, no era igual, pues ya tenía mi propia familia.” Le molestaba que la miraran menos, que la “pobretearan” por ser “una dejada”.

Supo entonces que Ernesto se había ido a Reynosa con otra mujer. Se desentendió de los hijos y cuando quiso regresar, seis años después, Martina lo rechazó. Nunca se sintió culpable por el abandono, sus padres no le reclamaron; aunque se casó muy joven, sabía las responsabilidades a las que se enfrentaba tanto en el matrimonio, como las consecuencias en caso de quedarse sola.

Romper con la tradición

En 1985, tras vivir un año con sus padres en Tanlajas, Martina volvió al ejido de Emiliano Zapata decidida a hacerse cargo del patrimonio familiar. El marido que la había abandonado no habitaba el ejido ni se ocupaba de sembrar. Decidida, un día se presentó ante la asamblea ejidal argumentando su necesidad de darle de comer a sus hijos y tener un lugar para vivir.

Fueron varias las reuniones a las que asistió para convencer a los ejidatarios de que le dieran la titularidad de la tierra. Ellos esgrimieron una y mil veces que no tenían la culpa de que el marido la hubiera dejado. Un buen día la escuchó un funcionario de la Secretaría de la Reforma Agraria. Ante la junta intercedió por ella: “Denle una oportunidad a la señora. Se ha quedado sola y desamparada. Échenle la mano”.

Desde entonces, Martina es ejidataria, igual que los demás y se hizo cargo del cultivo de caña y empezó a participar en favor de la comunidad. Su expe-

riencia rompe con la forma tradicional en que las mujeres tienen acceso a la tierra en México. Pese a que desde 1971 las mujeres tienen, por ley, derechos y representación en las estructuras ejidales, en la práctica sólo es posible acceder a éstas al enviudar, mediante herencia.

Pero no todo estaba dado con la titularidad de la tierra. Ejercer el derecho le significó desde el primer día, como a cualquier ejidatario del país, buscar los recursos para sembrar, cuidarse de los intermediarios, pedir al cielo la protección de la cosecha e ir hombro con hombro con el resto de los varones para salir adelante con la familia. Desde entonces contrata personas para que limpien la parcela y supervisen los trabajos agrícolas.

Cosecha tras cosecha

Consciente de su condición de mujer y ejidataria, Martina no sólo atendió su casa, sus hijos y su tierra, sino que se dio a la tarea de promover que las mujeres tuvieran mayor participación en los programas que se ofrecen a la comunidad. Así, se enteró, convenció a ejidatarios y realizó todos los trámites necesarios para que el ejido de Emiliano Zapata ingresara al Fondo Regional Tamuín, que atiende a ejidos marginados con recursos financieros para la siembra de caña de azúcar y la cría de ganado menor de engorda.

Cuando llegó al ejido “no teníamos energía eléctrica, así que junto con otras compañeras fuimos a gestionar, primero ante las autoridades municipales, ya que ellos aportan una parte, y luego la otra la tramitamos ante el Fondo Regional”.

Desde la contraloría del Fondo, creado hace 12 años por 54 ejidos de la región, revisa la cartera vencida de sus miembros, pues ella es la contralora de esa institución, además de ser la única mujer nombrada en asamblea para representar a su ejido ante este organismo.

Fueron 20 años de hacer trabajo con sus vecinas, de buscar créditos para el campo, de promover los beneficios de Oportunidades que apoya a las familias necesitadas con becas de educación y salud; pero también de aprovechar la experiencia adquirida cuando fue integrante del subcomité del sistema estatal para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) en 1987. Durante ocho años acudió a talleres y promovió cursos en favor de la autoestima, para atender la salud femenina y combatir la violencia intrafamiliar.

Mujeres en transformación

Una de las mayores satisfacciones de Martina es haber sido parte de la transformación de las mujeres en Emiliano Zapata. “En la región, la mujer no tiene derecho a opinar. Los maridos son los que mandan. En cambio aquí, ahora, las compañeras saben pensar, se defienden, ningún marido les pega. Hay una ley que puede castigarlos”.

Una vez al mes las 40 mujeres del ejido se reúnen para discutir sus problemas, organizar el trabajo colectivo y juntar fondos para la Caja Solidaria de la comunidad. Ellas fueron las primeras en organizarse para prohibir la venta de licor. Lograron un acuerdo en este sentido una vez que fueron informadas por las propias pláticas del DIF estatal, y conscientes de las altas tasas de alcoholismo entre la juventud.

“Las compañeras ya reaccionaron. Ya saben pensar por sí mismas. No dejan que otras personas vengan y les metan ideas en la cabeza, ni siquiera de la familia. Saben pedir, gestionar, van a las comisiones. Es lo más importante, para mí, que una persona piense por sí misma”, reitera.

La participación, determinante

Pero la manera de ser de Martina, su empuje, confianza en sí misma y perseverancia, así como los diversos cargos en la comunidad, no fue lo único que le permitió librar los obstáculos para ser nombrada Comisaria Ejidal de Emiliano Zapata. Allí otras mujeres también son dueñas de su tierra y apoyaron firmemente su elección, a pesar de que la asamblea está integrada principalmente por hombres.

Como lo marca la Ley Agraria vigente, desde hace año y medio Martina se encarga de operar los acuerdos de la asamblea y la gestión de los bienes del ejido, junto con el secretario y el tesorero. Entre sus tareas le corresponde recorrer la región dos o tres días a la semana. A cambio recibe un apoyo económico de 250 pesos por día para comida, hospedaje y pasajes.

Martina está ahora inmersa en la búsqueda de alternativas de subsistencia de su comunidad, además de nuevos créditos para la próxima siembra. Quiere impulsar otras fuentes de trabajo; por lo pronto, en próximas fechas, entrará en funcionamiento una panadería, que ya tiene horno y local, y que estará a cargo de las esposas de los ejidatarios, la mayoría de ellas dedicada a labores del hogar.

Pero sus preocupaciones son diversas. Está buscando que el Ingenio Plan de Ayala eleve la oferta de 300 pesos la tonelada para la zafra del ejido Zapata; pero sobre todo que compren toda la producción, evitando con ello que los ejidatarios salgan a buscar complementos para su ingreso. Por ahora, ha conseguido que el ingenio les extienda los contratos, de tal forma que desde este momento tienen asegurada la venta de su producto, aunque en la última zafra, la de este 2004, sólo contrató una y media hectáreas de las tres que tiene cada ejidatario; por la falta de otros clientes, el resto del producto podría perderse.

Al ser nombrada Comisaria Ejidal de Emiliano Zapata, en 2003, Martina Rodríguez cubría todos los requisitos que, según el artículo 38 de la Ley Agraria, se requieren: ser ejidatario, haber trabajado en el ejido durante los últimos seis meses, estar en pleno goce de sus derechos, no haber sido sentenciado por delito intencional que amerite pena privativa de libertad y trabajar en el ejido mientras dure su encargo.

“Hoy me siento más presionada porque como Comisaria tengo que llevar un control de la existencia de insumos o de lo que falta para la siembra o cultivo de la caña. Además, desde que asumí el cargo, tramito créditos ante instituciones financieras para la mayoría de los ejidatarios”.

El Servicio Financiero Rural, programa de ahorro y crédito individual, que funciona como cooperativa propiedad de los socios, llegó hace dos años al ejido Emiliano Zapata. Encontró el interés de Martina y el impulso de 15 mujeres que pronto se inscribieron. Ha sido buena promotora del programa y no pierde ocasión de animar a la gente para que participe. Es una mujer previsor.

Aunque no es de Emiliano Zapata, Ramona Hernández, de 24 años, sabe de Martina por los comentarios que ha escuchado: “Llegué aquí apenas hace poco cuando me casé. He oído lo otras personas opinan de la señora otras personas. Que ha ayudado mucho al ejido y que fue de las que promovió que se hiciera el Centro de Salud. Se lleva bien con la gente, con las personas, platica con todas. Nos invita a participar”.

Abrir caminos y defender apoyos

Ignacio Chávez Pérez es ejidatario con una sola hectárea, tiene 55 años, fue uno de los que impulsó la elección de Martina para comisaria ejidal: “Los ejidatarios la elegimos porque hemos visto que trabaja bien. Esperamos que así siga. Busca

contratos para nosotros para sembrar caña, para ganar unos pesos más. Tenemos contratos con los que apenas pa'sacar pa'í seguro y eso. Tenemos esperanza que *haiga* más contratos.

“No está sola. La apoyamos todos. Las mujeres en Emiliano Zapata participan mucho, hay necesidad; lo que los cañeros ganamos es poco. No alcanza. Su participación nos ha servido bastante. No somos viciosos y, yo creo, somos buenos maridos”, afirma don Ignacio.

Aurelia González, que la conoce desde 1985, dice que “las mujeres somos muy participativas, cumplimos con lo que marca el programa de Oportunidades, asistimos a las juntas. Queremos tener salud, tener limpias nuestras casas, que nuestros niños estén bien. Hay hombres que no quieren que sus esposas participen, como en todas las comunidades; aquí, sí nos dejan. Como dicen en las noticias del radio: ya no es tiempo que los maridos nos tengan en la cocina. Esos tiempos ya terminaron”.

A sus 19 años, Elvira Chávez, afirma que conoce a Martina “desde que yo era chiquita. La acompaño para buscar apoyos para la comunidad. Quiero ser como ella. Mi papá votó por ella para Comisaria. Él sabe que es buena persona, es derecha, que sí nos ayuda en las cosas que hacen falta aquí”.

Para Martina hay que romper la costumbre de “no moverse. La gente está acostumbrada a quedarse callada, a esperar a que Dios venga y le ponga las cosas. No es así. Hay que tocar puertas, abrir caminos para obtener beneficios. Eso es lo que he hecho durante todo este tiempo. Tenemos que aprender a defendernos, y a gestionar qué se debe hacer y cuándo”, dice convencida.

De esto dice que en épocas de elecciones muchos de los candidatos a ocupar cargos públicos vienen a decir que se “les eche la mano”, y que si no se les apoya, nos van a quitar los programas. De ellos son de quienes nos cuidamos. Sabemos que nadie puede quitar un apoyo gubernamental”.

Don Ignacio Chávez insiste: “La actividad de nuestras esposas no nos estorba para nada. Ya nos atrevimos a poner una mujer como Comisaria Ejidal. Sabemos que Martina no tiene vergüenza de hablar con los funcionarios, de hacer lo que debe en beneficio del ejido. Es aventada, le echa ganas. A lo mejor, quién quita y hasta la volvemos a elegir”.

MARÍA ISABEL SEGURA: AL MAL TIEMPO, BUENA CARA

“Todos los problemas tienen solución, menos la muerte”. Es el mantra que Chabelita se repite para dar pasos pequeños pero firmes en favor de las jefas de familia en su comunidad. Ella domina el reino de las cosas menudas como “madre educadora” en La Pimienta, una de las colonias más pobres de Ciudad Valles, en el oriente de San Luis Potosí.

Agua Buena, un pueblito de Tamasopo, la vio nacer un 21 de febrero, hace 44 años. En ese municipio enclavado en la Huasteca potosina, su padre era obrero del ingenio azucarero y ella ocupaba el segundo sitio entre siete hermanos. Tal vez porque el dinero era escaso y muchas las penurias, María Isabel decidió que “cuando tenga la mía, serán pocos hijos. Sólo de esta manera podrá alcanzar la comida”.

Pero en aquel tiempo, su capacidad de fantasía siempre acompañó los juegos infantiles con las tradicionales rondas huastecas para amenizar la tarde cuando tenía invitados imaginarios. Los deleitaba con opíparos platos llenos de frijoles con queso y sopa; o fabricaba ella misma sus pelotas de tela o baleros con latas de leche Clavel.

Sueños frustrados

Cuando los juguetes quedaron atrás, dedicó más tiempo al estudio. A pesar de que sus padres fueron siempre de la idea de que la escuela es para los hombres, porque las mujeres debían estar en su casa, cuidando a los hijos, Chabelita se había puesto la meta de cursar la carrera de Trabajo Social. Por eso le puso empeño a la secundaria. Quería lograr el permiso para estudiar esa disciplina que le permitiría estar cerca de la gente.



En 1975 sus sueños se vieron frustrados. Las difíciles condiciones económicas familiares no le permitieron nunca mudarse a San Luis Potosí, capital del estado, para estudiar el grado técnico en Trabajo Social. Sólo alcanzó a concluir un año de preparatoria.

Ese mismo año, en que se celebraba el Año Internacional de la Mujer, conoció a Noé. Era un joven de 21 años, obrero en el ingenio La Hincada. Entre el noviazgo y el matrimonio, sólo corrieron tres años. De 18 años ella y él de 23, argolla de por medio, la joven pareja se mudó al pueblo de Tambaca, a diez kilómetros de Agua Buena.

Con una vida por iniciar y un hogar por atender, Isabel hubo de trabajar desde el primer día de casada. Lo hizo vendiendo ropa y cosméticos en abonos. Subía y bajaba del autobús que la llevaba una y otra vez de Agua Buena a Tambaca, donde visitaba a las vecinas para vender y para cobrar. Así garantizó el sustento durante muchos años.

A los 20 años dio a luz a Mariana. Su pequeña se convirtió en su acompañante inseparable en las correrías entre Tambaca y Aguas Buenas. De esas travesías de la venta por abonos, con el sol auestas, ambas regresaban agotadas, sucias, malhumoradas. María Isabel entonces soñaba con un lugar donde esa hija suya pudiera jugar y aprender. Ansiaba un espacio feliz y confiable donde poderla dejar mientras buscaba el sustento, un sitio lleno de sonrisas, calidez y gente que la amara.

Al mal tiempo, buena cara

Mejorar la situación económica de la familia era prioridad para Chabelita. Por eso Ana Isabel no llegó hasta 1984. La alegría de la llegada de un nuevo miembro a la familia duró poco: Noé se accidentó en el ingenio. Reparaba una estructura de la construcción cuando se electrocutó, y Tambaca no era el sitio adecuado para tratarlo: desde entonces padece convulsiones, parecidas a la epilepsia.

Por ello se mudaron a Ciudad Valles, la población más cercana con servicios médicos especializados. La esperanza era hallarle una cura a los frecuentes ataques que le impidieron regresar a su trabajo. Noé halló un puesto como tablero laboró durante diez años, pero el salario apenas le permitía pagar los anticonvulsivos y otros medicamentos: para mantenerse bien debía ingerir ocho pastillas diarias.

Isabel la pasaba mal. Sumaba apenas 24 años, dos hijas pequeñas y un marido enfermo. Vivía en una casa prestada, en una colonia extremadamente pobre y en una ciudad donde no conocía a nadie. Apenas hallaba tiempo para vender *Tupperware* y no tenía con quién dejar a las niñas mientras ella buscaba clientes.

Un buen día, Noé llegó con el billete de una rifa. Un conocido rifaba, por cuestiones económicas, a su semental. La suerte estuvo de su lado y se lo ganaron. Con la venta del animal y el apoyo de su padre, Chabelita pudo comprar su casa en Ciudad Valles. Optó por La Pimienta, una colonia donde el precio de la vivienda era accesible a su presupuesto y estaba cercana a la ciudad. “Cuando llegué, hace 20 años, te daban ganas de llorar. No contábamos con drenaje, agua potable ni luz. No había calles ni trazos de ellas. ¿Transporte?, ¡ni pensar! Había que caminar una hora hasta el centro. Nuestra colonia era una de las más pobres de Ciudad Valles”.

El agua se surtía con pipas, pero el gasto mermaba los escasos ingresos familiares. En 1985, cuando pusieron la única toma de agua, poco importaba caminar el medio kilómetro que distaba de la zona de casas a la exclusiva fuente de alivio que podía mitigar la sed y otras necesidades básicas. Había que acarrear el agua en botes y la mayoría de las mujeres, recuerda Chabelita, “teníamos que hacerlo. Cada tercer día, por las tardes, nos concentrábamos en torno de la toma de agua, era el único oasis. Parecíamos hormigas”.

El sitio se convirtió pronto en un punto de reunión propicio para conversar con las vecinas y buscar soluciones ante la falta de servicios. Entre la jornada laboral, las hijas, y a pesar de la frágil condición de Noé, Chabelita se organizó con las demás para gestionar algunos servicios básicos. Aprovechó todas las visitas de candidatos a puestos de elección popular, entre otras acciones, pero lograr los cambios requería mayor participación, tiempo y el apoyo de un marido menos reticente.

María Isabel no quería conformarse con sus ventas de casa en casa. Decidió estudiar corte y confección en los talleres que ofrece el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Había que caminar media hora, tres veces por semana, pero era el sitio que además le ofrecía un espacio donde podrían cuidar a la pequeña Ana Isabel. De esos ayerés, Chabelita sólo recuerda que su experiencia no fue muy buena. Por eso aquilata la tranquilidad que se obtiene cuando hay un sitio seguro donde, además, se ofrezca calidad y calidez. En más de una ocasión Ana Isabel se quejó de malos tratos, pero María

Isabel nada podía hacer. La alternativa era dejar allí a la niña o eliminar toda posibilidad de estudiar el oficio.

En 1989, con casi 30 años, una hija de nueve y otra de cuatro, llegó Yéssica para terminar de formar una familia de cinco miembros. Las necesidades se incrementaron, los ingresos no ajustaban, y a pesar de las negativas de Noé, María Isabel se colocó como costurera en un taller donde se confeccionaban uniformes escolares. Corría el año de 1992. Las cifras salariales incluían muchos ceros pero la capacidad de adquisición era mínima.

La experiencia fallida de la guardería del IMSS y la falta de otras opciones públicas obligaron a Yéssica a pasar sus primeros años entre faldas plisadas, camisas blancas y suéteres verdes, cafés o azul marino. Mientras tanto, Mariana, la mayor, combinaba deberes escolares y domésticos con el cuidado de Ana Isabel.

Una colonia de mujeres solas

Hijo de familia de migrantes, avocados en Estados Unidos muchos años atrás, Noé escuchó el llamado de sus parientes sobre mejores tratamientos y curas. Así fue como, hace diez años, el marido de Chabelita viajó al norte, prácticamente para siempre. La comunicación y las promesas de reunirse se espaciaron hasta perder constancia, aunque Isabel se niega a pensar que todo se acabó. Sin Noé al lado, hubo más trabajo por hacer, pues dejó de aportar dinero. Pero también hubo más libertad. Cuando él se fue “pude trabajar más con la gente. Desde 1993 tenemos agua en la casa y a partir de 1997 contamos con 60 por ciento de la red de drenaje en toda la colonia”. Ésta ganó servicios, y María Isabel la confianza de las vecinas.

Chabelita no dejó de coser ni de hacer sus vendimias para garantizar los estudios de sus hijas. Las pesquisas por servicios logrados para La Pimienta mejoraron su apariencia, aunque persiste la pobreza y el abandono. La colonia está repleta de jefas de familia, ya sea porque los hombres emigraron para trabajar o porque se fueron sin más. Al igual que muchas de sus vecinas, ahora a Isabel se la veía por las mañanas esperar el autobús por más de media hora para ir al centro de la ciudad o caminar si se le agotaba la paciencia.

La confianza que las autoridades y las mujeres de la colonia ya habían depositado en Chabelita se demostró cuando en 1991 pidieron un préstamo al

gobierno para introducir agua potable. “Nos organizamos por la calle para pedir el préstamo y sacar la obra, en ese entonces, ocho millones. Pensando que la gente no nos respondía, su servidora firmó el pagaré, recuperamos el dinero y lo pagamos en 1993”.

Al siguiente trienio la nombraron presidenta del comité vecinal y continuó con la gestión del agua en 1997. “Quedamos a deber, pero no hubo problema en ese entonces: pagamos 58 millones, nos cobraban 76, pero el resto fue condonado”.

La realidad de un lugar alegre

María Isabel siempre tuvo presente las penurias que vivió con sus hijas ante la falta de un sitio donde dejarlas a buen resguardo mientras ella trabajaba. “La incertidumbre te recorre por todo el cuerpo. Te invade la sensación de que algo les puede ocurrir. Pero la necesidad de traer dinero te hace salir y dejarlos solos”. Fue tal vez por eso que no le importaron los diez años invertidos solicitando una guardería. La pidieron a distintas autoridades, en mítines, por carta...

A finales de noviembre de 2003, más de media centena de mujeres se presentaron a exámenes para convertirse en “madres educadoras”, como parte del programa federal Hábitat. Chabelita se convenció de que podía y de que le gustaba. Fue una de las dos seleccionadas para La Pimienta.

Mediante el programa Hábitat y la asociación Fundación y Protección lograron gestionar un aula, sencilla y luminosa, que se construyó completamente de tabiques en un terreno de 15 metros, contiguo a la casa de Chabelita.

Es el principio de la Casa de Atención Infantil (CAI) Número 2 que, con seis niños, abrió en abril de 2004 como parte del programa nacional de Madres Educadoras. Se trata de mujeres de la comunidad que, sin tener estudios oficiales, se capacitan para garantizar un buen cuidado a menores de entre 18 meses y cinco años 11 meses.

María Isabel Segura Flores, de mediana estatura, mirada atenta y hablar parsimonioso, suele usar una bata que hoy la identifica como maestra educadora. En ella guarda lápices, pedazos de papel, alguna bolita de estambre o algún pañuelo, indispensable cuando se trabaja con menores. Es obsesiva cuando habla de lo que le importa y siempre es sonriente.

“No importa por ahora que las madres no tengan dinero para pagar la cooperación de 150 pesos semanales. No le puedes exigir a una familia que den la

cuota si tiene cinco hijos. Aquí están dos de ellos. Si perciben 700 pesos quincenales, imagínese si nos dan la cooperación: se quedarían sin comer los otros”. La asociación que apoya el centro lo sabe y es flexible con estas aportaciones, pero las madres desconocen estas anuencias. Por eso no llevan a sus niños.

Preparación, valor y coraje

Tanto las hijas de María Isabel como las madres de la colonia conocen la filosofía de la educadora: ninguna mujer es menos. Para ella, la preparación, el valor y coraje han sido la guía para apoyar, sin descanso, a quien se lo pida.

Gisela Reyna, quien lleva a su niño de dos años cada mañana, opina que Chabelita es un ejemplo para muchas: “Si pudo sacar adelante a sus hijas, podrá hacerlo con nuestros hijos” que acuden a la Casa de Atención Infantil. Y la verdad es que, desde que Noé se fue, Isabel trabajó duro y hoy tiene sus recompensas: Mariana, la mayor, es licenciada en Ciencias de la Comunicación; Ana Isabel estudia en la Universidad Pedagógica, y Yéssica, tercero de secundaria.

“Para mí es una persona amorosa, trabajadora y luchadora —afirma una Mariana muy orgullosa—. Su propósito ha sido siempre ayudar a los demás, en particular a las madres solteras y trabajadoras, porque ha sido una de ellas y entiende perfectamente su situación. Nosotras, sus hijas, somos la mejor prueba de que no hay obstáculos en la vida”.

Historias de mujeres, historias de libertad

se terminó de imprimir en el mes de noviembre
de 2004. La edición consta de
1,000 ejemplares y estuvo al cuidado
de la Unidad de Comunicación Social de la Secretaría
de Desarrollo Social.

En su formación se utilizó el tipo CG Omega
en ocho, diez y doce puntos